3 1761 09545366 8

UNIV OF
TORONTO
LIBRARY

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/deomnireprosayve00guti

DE OMNI RE.

LS
G9847d

DE OMNI RE,

PROSA Y VERSO

DE

MIGUEL GUTIÉRREZ. Jiménez

31,886
18.2.35

BURGOS.—1889.

IMPRENTA DE AGAPITO DÍEZ Y COMPAÑÍA.

DE ONMI RE.

PRÓLOGO.

El presente libro es una «miscelánea» ó «silva de varia leccion,» como Zapata y Mexia rotularon, hace más de dos siglos, á sus colecciones de artículos inconexos, que tratan *De omni re*, lo mismo de los órganos de Móstoles, que de las viñas de Castell de-Ferro.

Esta miscelánea *De omni re*, que hoy se imprime, contiene varios trabajos en prosa y verso, originales unos y traducidos otros. Los trasladados á nuestra lengua son: una poesía latina, atribuida sin gran fundamento á Virgilio, (La taberna), y tres ó cuatro *serenas*, *albadas* y *serventesios*, de cultivadores del gay saber,—familia trova-

deresca mal conocida, aunque citada frecuentemente en España.—

Los versos originales son: unos de ritmo manzonesco, otros coplas manriqueñas, esto es, de escuelas distintas, italiana y castellana, separadas por el espacio de cinco siglos; algunos, elegías en romance corto, dividido en grupos de ocho versos, sin ajustarse en forma ni esencia al molde clásico y tradicional; ya estrofas de corte peregrino al antiquísimo monumento nacional llamado el Acueducto de Segovia; ya á temas humorísticos, que constituyen una revista ó crónica semanal, de las que publicaba en diarios madrileños un quídam ó *Cualquiera*, todavía aficionado á las luchas periodísticas...

Dos ó tres crónicas en prosa de aquel tiempo *feliz*, reaparecen en esta colección. Encargué á un amigo mio, residente en Burgos, la selección de esos olvidados trabajos, y... él ha resucitado algunos muertos, que dormian bien en el silencio de la tumba, (ó en el rincón

de su biblioteca.) Esto no es descargar sobre sus hombros la responsabilidad de esas humoradas que yo no rechazo. Ni rehuyo jamás, antes, gustoso acepto, la paternidad de los artículos que hacen revivir al dómine, último representante de los estudios clásicos, tan ensalzados en las naciones cultas; y sostienen la necesidad de ampliar el sentido de la Poética; y defienden de injustas acusaciones la *rima*,—cantada admirablemente por Carducci:

«Ave, o rima! Con bell' arte...»—poesía que he imitado, en el metro solamente, y no inserto en la presente Colección porque espera salir en mejor compañía. *De omni re*, en suma, es la capa del estudiante hecha de remiendos de telas y colores diferentes. Y nada más.

M. Gutierrez.

DESAPARICIÓN DEL VERSO.

POETAS Y PROSISTAS.

(Diálogo.)

PROSISTA.—Mala noticia, amigo mio. Vas á pasar un mal rato al oirla.

POETA.—Acaba, hombre. ¿Qué sucede? ¿Qué pasa? ¿Ha estallado el conflicto europeo? ¿Están ya los rusos en Constantinopla y los franceses en Berlin? ¿Ha encarecido la fresa de Aranjuez?

PRO.—Nada de eso: la noticia es para tí, poeta del alma, más grave que el cierre del haren ó la carestía de los pimientos. Se dice en el Ateneo—la primer sociedad científica de España—que ha desaparecido ó está muy próxima á desaparecer la forma poética.

PO.—Lo forma poética, ¿y cual es ella?

PRO.—Toma! El verso, ¿cual ha de ser?

Po.—Pues que lo digan así. Porque el verso no es la forma única de la poesia. Hay otra.

Pro.—¿Y cual es la otra?

Po.—La prosa. La noticia es rancia: la dió hace siglos un griego que sabía más que todos los ateneistas, con perdón sea dicho. Aristóteles, en su *Poética* que, incompleta y fragmentaria, ha sido el código literario de los pueblos cultos, dijo ya que el verso no es esencial á la poesía. Y esta verdad no ha sido expulsada de las Poéticas vulgares en España, aunque algunas han seguido la división inexacta de obras en prosa y obras en verso. Este es un adorno brillantísimo de la poesia, su forma más propia, su ropaje más galano; pero en la novela, v. g., escrita en prosa, resplandece la belleza poética con más puros y vivos colores que en un poema didascálico. *La Caza*, de Moratin, ¿es tan poética y hermosa como *El Quijote*?

Pro.—No lo niego. Se entiende por forma poética la versificación, la rima. Eso es lo que desaparece, lo que se vá. No hay duda. Estamos en el siglo de la prosa.

Po.—Castelar, en su discurso académico aplaudido por esos prosistas mismos que ahora riñen con la forma poética, ¡pase la incorrección!, demostró que fluye torrentes de poesía, y de gran poesía, el siglo nacido

entre las bellezas trágicas de la revolución; el siglo que, á la voz armoniosa de un romántico ingles, enamorado de Grecia, se levanta á redimir de la esclavitud y de la barbarie al pueblo de Homero y de Licurgo, de Demóstenes y de Platon; el siglo que, en este rincón de Europa, venció á pedradas y golpes al ejército vencedor del mundo...

Pro.—No te entusiasmes, hombre, ó voy á creer que te propones escribir en prosa una oda ó un himno, en comprobación de tu tésis aristotélica.

Po.—No es prosáico el siglo de la electricidad, del vapor, del teléfono, de la ciencia geológica, de los progresos históricos, del renacimiento de la musa popular y de las epopeyas primitivas.

Pro.—Prosa muy bella, pero nada más. Las fuentes de la poesia son abundosas, pero no corren por los verjeles de la rima, sinó por los prosáicos terrenos de la historia, de la física y de las matemáticas. ¿Quien negará que es sublime el espectáculo de las formaciones ó de las catástrofes geológicas? Esos días seculares del Génesis, en que los soles brotan del caos, y la vida florece en la primer aurora sobre la haz del planeta, ¿no son el gran poema de la ciencia? Los bosques americanos, las islas oceánicas, las ruinas de colosales ciudades, centros de

imperios asiáticos gigantescos como las epopeyas indias, ¿no forman y acaudalan el rio de las bellezas poéticas?

Po.—Indudablemente.

Pro.—Pero todo se escribe en prosa. ¿*El Cósmos* de G. Humboldt está en verso? Y es poético, estético y hermosísimo, ya describa en elegante prosa las hermosuras naturales, ya estudie el sentimiento de la naturaleza en el espíritu del hombre.

Po.—Lo sé: convengamos en que la poesía del siglo no ha encontrado aun su Homero que la cante.

Pro.—Ni lo encontrará.

Po.—Los profetas están en decadencia, hasta los que predicen ciclones y borrascas. No te vayas á equivocar y aparezca un Quintana, cantor egrégio de la libertad y del patriotismo; y un Leopardi, creador, con estrofas líricas, de la independencia y unidad de Italia; y un Goethe, sabio y artista, restaurador maravilloso del clasicismo helénico; y un Heine, vengador de su raza judia y despertador entre burlas y veras de la conciencia germana; y un Longfellow, pintor de la virginal hermosura del continente americano y vigoroso intérprete de la energía y del anhelo progresívo del Norte-América, y un Victor Hugo, soñador de las utopias socialistas y humanitarias del siglo

XIX. Me parece que para un siglo tan generoso y potente no bastaba un solo poeta, y Dios le dotó de muchos y grandes que condensasen en su múltiple fantasía las grandezas y hazañas del siglo entero.

Pro.—Ha habido esos poetas, pero ya pasaron á la historia. No hablemos de los muertos. El romanticismo, que desató entre castillos y selvas y nubes un coro de poetas visionarios, aves de paso que cruzaron fugaces, se ha hundido en la tumba con sus espectros, sultanas, huríes y dementes, y en su lugar háse levantado el naturalismo, que dice llanamente la verdad y la dice en prosa. El verso, la forma poética, ha sucumbido á manos del realismo.

Po.—Quiero repetirte los muy celebrados versos de una comedia:

«Los muertos que vos matais
gozan de buena salud.»

De robusta salud gozan los versificadores, que abundan y pululan hoy como los insectos en el verano. Buenos ó malos, malos ó pésimos, los versos invaden los abanicos, que han sucedido á los álbums, la plana cuarta de los periódicos que ya exhiben rimados sus anuncios, las cajillas de fósforos que ofrecen en redondillas cien cerillas por cinco céntimos, y otros lúgares antes reservados á la prosa.

PRO.—¡Vaya un triunfo!

PO.—Triunfo evidente. ¿Se quiere demostrar que el verso desaparece? Pues lee en *La Correspondencia de España* ó en *La Revista Cómica*:

«Una señora sola,
sola y amable,
desea un caballero,
solo y estable.»

Abre un abanico de moda:

«Un ramo de flores
que echan á tus pies
amistad é ingenio,
tu abanico es.»

Fíjate en el rótulo de esa tienda:

«El diamante americano,
Pedro Gimenez Lozano.»

PRO.—La popularidad de los versos arguye decadencia. Vulgarizarlos es matarlos. Ya sabiamos que el pueblo tiene su poesía, en romances, cantares y leyendas, recogidas hoy por los demólogos con supersticioso afan. Pero ¿esa poesía es demostracíón de la prosperidad del verso? No. La culta, la digna del nombre de poesía, es la comprobación de mi aserto. El arriero, para suavizar las asperezas del camino, suele cantar:

«Compañerito del alma,
cante Vd., vamos cantando,
que si Vd. no sabe coplas

yo se las irè apuntando.»

El compañerito, algo picado de que le llamen ignorante, contesta á seguida:

«Del polvo de la tierra
saco yo coplas:
no bien se acaba una,
ya tengo otra.»

Y como se enredan las cerezas, así van saliendo enredadas las coplas de los caminantes y bien demostrada la vena inagotable del pueblo. Pero el verso no florece por eso en donde debiera florecer.

Po.—¿En donde?

Pro.—En donde ha florecido siempre: en el teatro, en la lírica, en la épica, en la novela...

Po.—¿En la novela?

Pro.—La leyenda, especie de novela cultivada por Espronceda y Zorrilla, ha desaparecido. Hoy se escriben novelitas cortas ó cuentos. Que lo digan Alarcón, Trueba, Valera, Campillo, Munilla, la Pardo Bazan....

Po.—Etcétera. Muchos de esos, y otros cuentistas y novelistas, han escrito antes de la era novísima. La leyenda se ha eclipsado, pero brilla el *pequeño poema*. Son transformaciones ó evoluciones que deberíais estudiar vosotros, atentos á la última palabra de la ciencia y á la moda literaria que viene en el correo del Norte. El poema

ocupa el lugar de la leyenda. ¿Es modificación ó evolución de un mismo género poético? ¿Es especie nueva de la flora ó de la fauna? No me importa. Es verso y poesía. Luego no ha decaido la forma poética.

PRO.—¿Y en la lírica?

PO.—Menos aun. Vive Campoamor, que, por amor de alguna Dolores tal vez, inventó la especie humorística nominada *dolora:* vive Nuñez de Arce, que ya no dice como en días tempestuosos:

«Poetas, hasta tanto
que la borrasca pase,
colguemos nuestras arpas
de los llorosos sauces,»

sino que toca el arpa y la lira divinamente; viven otros líricos, que sin la fama de don Gaspar y don Ramon, escriben en versos admirables, dignos del siglo de oro.

PRO.—¿No podemos conocer sus nombres?

PO.—Manuel del Palacio, el autor de los mejores sonetos que hay en nuestra lengua, no es de la nueva pléyade: su fama grande en el género festivo le perjudica en lo sério que es donde más vale. Yo lo creo verdaderamente clásico, y de escuela granadina, no de escuela salmantina, (como dice Menéndez Pelayo.) Y al mismo D. Marcelino se le debe mencionar, por su admirable *Epístola á Horacio,* donde hay lirismo y

sabiduría, y más pasión y hermosura que en *La Galerna*, que tiene una introducción quizás larga é inoportuna, y en la *Elegía á la muerte de un amigo*, que, (sin el lunar citado y execrado por Valera,) rebosa de sentimiento puro y hondo. Ferrari, uno de los vallisoletanos ilustres que honran actualmente nuestra literatura, es versificador numeroso y elegante, describe bién y hace vibrar las cuerdas del sentimiento,—virtud rara á muy pocos concedida.—Es Grilo un lector famoso en los salones aristocráticos, pone en sus versos llenos y sonoros notas musicales, y pinta bien hasta llegar al color local en la *Chimenea campesina* y en las *Ermitas de Córdoba*, y al describir las veladas en las márgenes del Guadalquivir, estando

«el rio lleno de luna
y la ribera de gente.»

Velarde es sevillano ó gaditano, con rayos del sol andaluz en sus floridos versos y no necesita imitar á D. Gaspar Nuñez de Arce para construir gallardas estrofas y acabar menudísimas descripciones. Es más naturalista, ó mas colorista que Rueda, jóven laborioso y de esperanzas, malagueño hábil en hacer tablitas del *Copo*, de la vendimia y de la trilla de su país, con mas verdad y mas gracia y soltura escribiendo

en prosa que en verso, como se demuestra en la *Sinfonía del año*, ensayo infeliz de lirismo realista, sembrado de ridículas onomatopeyas, de insoportables vulgarismos, de todo género de faltas y equivocaciones. Vale mucho mas en renglones cortos, ya que hablamos de ingenios nacientes, el granadino Manuel del Paso, que tiene una facultad de asimilación asombrosa, robando, mas que imitando, el estilo afectadamente sencillo de Campoamor y el elegante y clásico de Ayala, y mas aun, cuando, apartado de remedos y de influencias se abandona en las *Nieblas del Sur* al impulso de sus propias y melancólicas inspiraciones. El valenciano Herreros, uno de los traductores de Enrique Heine, no ha revelado todavia la riqueza de su númen poético. Casi nadie conoce á Gil, un jóven empleado en ferrocarriles, que con su tomo de poesías *De quince á treinta*, (omitido criminalmente en la sección bibliográfica de la prensa periódica), se ha colocado de golpe en la fila primera de la sagrada legión. Querol, el gran lírico, se fué á Valencia, é hizo bien porque urge crear en provincias grupos ó escuelas poéticas que neutralicen ó venzan á la escuela central. Madrid ejerce, en la esfera política y en la literaria una supremacia ó hegemonía, que, á ser ateniense

ó ática, seria llevadera; pero es el imperio del capricho, de la moda, del mal gusto, porque, sin ciencia propia ni literatura original, importa del extranjero las novedades y extravagancias todas y las trasmite sin criterio ni selección, y las impone, con despótica voluntad, á las subyugadas y humildes capitales de provincia. Ya hablaremos despacio del execrado regionalismo. El gran lírico Querol escribe odas quintanescas, de más pureza y sobriedad, de mas jugo y sentimiento que las inmortales del patriarca. El que lo dude, que las lea. Si Madrid no le ha celebrado tanto como Querol se merece, yo no tengo que esperar órdenes periodísticas para entusiasmarme. Y su paisano Llorente, egrégio traductor de los grandes poetas modernos, demuestra en valenciano y en castellano ser un poeta muy notable. Del gallego Curros y del asturiano Menéndez hablaré al tratar de la poesía regional. Otros hay que omito, para no alargar la enumeración, pero de Baltasar Martinez Durán, llamado con poca exactitud el Becquer granadino, no puedo callar el nombre, para que lo lean los que tropiecen con él en revistas y periódicos ó en dos libros que, muerto el desgraciado autor de los *Nocturnos*, parece que se han hundido también en la fosa del olvido ¡Po-

bre amigo! Grilo puede hablar de él. Yo le he escrito unas cartas que ya forman un libro: ¡son cartas á un muerto! ¡Dios querrá darles vida! Pero si la imprenta tarda en prestarles su soplo vital, hace tiempo saben los admiradores de Baltasar que demostré, contra ignaros y necios, una verdad honrosa para él: que *hay dos poetas en uno.*

PRO.—No conozco á Duran.

PO.—Pero conocerás al trovador catalan...

PRO.—¿Balaguer?

PO.—Poeta académico, muy tolerable. No me refiero al trovador de Montserrat, sinó al cantor del *Canigó*, de la *Atlántida* y de los *Idilios Místicos.*

PRO.—¡Verdaguer!

PO.—Justo. Su elogio exige un libro tan voluminoso como el que en Francia han dedicado al análisis de su Atlántida, obra simultáneamente científica, lírica y épica. Los idilios místicos son encantadores, y conservan en sus rimas populares reminiscencias poéticas de los falsos evangelios. No se ha fijado en este hecho ni el gran poeta que del pueblo catalán ha recogido preciosas leyendas relativas á la infancia de Jesús, ni el docto historiador de los heterodoxos españoles, que no olvida testimonio ni huella de la antigua heterodoxia.

En la Atlántida de Verdaguer hay tantos elementos líricos como épicos y lo mismo acontece en *Canigó*, leyenda mas accesible que el poema y matizada de brillantes descripciones.

Pro.—No tiene el verso malos defensores, si lo son resueltos y firmes todos los que citas. Sin embargo, la prosa triunfa en el teatro y en la novela, que es la epopeya de nuestro siglo.

Po.—No veo el triunfo, ni siquiera la batalla. Hoy lo mismo que en los comienzos del arte dramático, la prosa y el verso moran tranquilamente en las mismas habitaciones. Hegel, con ser el maestro del idealismo, opinaba que la prosa debe preferirse en la novela y en la comedia de costumbres, opinión del filósofo que sin duda fundó en la historia literaria más que en especulaciones metafísicas, porque el sainete se escribió en prosa, (con nombre de coloquio, pasó ó entremes.) en la época de Timoneda y Lope de Rueda, como en la de D. Ramón de la Cruz, y en la novísima de Vegas y Búrgos. Y ahora y entonces, el verso alternó con la prosa en la comedia y sus especies. En prosa están los pasos intitulados: *Las aceitunas*, el *Convidado*, y *Cornudo* y *Contento;* en prosa la comedia *Los engaños*, y la traducción del *Anfitrión*, de Plauto,

hecha elegantemente por Villalobos en 1515; y en verso la comedia *Tinelaria*,—1517,—y la *Egloga* representada la última noche *de Carnal* ó Antruejo (1495), si bien conviene advertir, en pró de la teoría moderna, que esta égloga es un verdadero drama. ¿Para qué mas ejemplos? Viniendo á los modernos, la rima domina en las obras dramáticas y trágicas, mas idealistas que las cómicas, inclinadas de suyo al realismo prosáico de la vida. Tamayo escribió en prosa y verso su admirable *Drama Nuevo*, por el dualismo de acción que le informa; en prosa *No hay mal que por bien no venga*, retrato del escéptico moderno, y *Lo Positivo*, reflejo también de la sociedad actual; pero en verso trazó *La Bola de Nieve*, comedia; *Virginia*, tragedia, algunos dramas, como la *Rica Hembra*. Más, porque versificaba mejor, se inclina Ayala á la forma poética, que embellece *El tanto por ciento*, *Consuelo* y otras producciones de su ingenio clásico.

Pro.—Reconozco el hecho. Añade que Ventura de la Vega en *Jugar con fuego* (zarzuela), *D. Fernando de Antequera*, (drama), *La muerte de César*, (tragedia), y *El hombre de mundo*, (comedia), usó de su correcta versificación. Bretón de los Herreros, poeta cómico que ha dejado la clase media retratada en sus obras, no solo em-

pleó la asonancia, que parecia ya por tradición moratiniana adorno propio y exclusivo de la comedia, sinó que desplegó en ella todas sus facultades de versificador y el mayor número de combinaciones rítmicas.

Po.—De modo que hasta en las obras naturalmente prosáicas usan los autores insignes las joyas de la versificación.

Pro.—La verdad es innegable y lamentable también. Aun se sostiene la vana pompa del metro en las obras del año 1888; pero este siglo XIX, industrial y positivista, morirá en los robustos brazos del prosaismo, ya que nació en el seno del idealismo romántico. Síntomas numerosos lo presagían. En llana prosa hablan ya los personajes dramáticos de frac ó levita; en prosa comienzan á hablar todos en la escena, escepción hecha de los tipos arcáicos y fantásticos, y en prosa nos encantan los fieles carácteres de la novela contemporánea, que en España ha entrado en las vias del naturalismo, copiando fotográficamente las entidades, ideas, sentimientos y costumbres modernas. Se acabaron para siempre las *leyendas* caballerescas de moros y cristianos, en que se decian amores en rotundos endecasílabos las princesas cautivas y los apasionados caballeros; pasaron ya las *orientales* falsificadas, que hablaban de sil-

fos y hadas, de gnomos y otras hierbas, descritas en primorosas octavillas. Tuvieron fin las aventuras y temeridades de aquel idealismo medio-eval, que. como alcohol amílico venido de Alemania, se subió á la cabéza de los pensadores y artistas eminentes de Europa, y llegó á trastornar y enloquecer á la jóven América. Ha llegado la época del *verismo*, el día sin nubes ni celajes, el momento de la prosa. En el Ateneo se ha abierto una tumba: ¡la de la forma poética!

Po.—Yo escribiré en tercetos una elegia á su muerte, para qué le sobreviva la forma condenada por el siglo; pero no sería la última, porque dentro y fuera de España los poetas siguen poetizando en verso, tanto las veleidades eróticas del licenciado Torralba como las aspiraciones patrióticas de Francia. No muere el verso. Caen unas formas y otras se levantan. Multa renascentur.... El verso suelto, tan difícil y tan limpio, vá ganando crédito. Desde Moratin y Jovellanos, pasando por Martinez de la Rosa, ese verso clásico ha ido creciendo en autoridad, robustecida por eruditos y críticos mas que por poetas, hasta que apareció con desusado brío y soberbia majestad en el poema del fraile revolucionario. Fray Martin ha gustado, á pesar de su clá-

sica desnudez, á los pseudo-románticos que aun viven, y debe servir de estímulo y ejemplo á los versificadores, que tienen en esa forma elegante y severa un medio de conciliación, un lazo entre los amigos y los adversarios de la rima. En otras naciones, particularmente en Italia, se hacen versos sueltos esculturales, gracias á la positiva influencia del clasicismo verdadero, que ilumina todos los horizontes, menos el de España. El día que alumbre nuestro cielo, se consolidará el triunfo del verso suelto y también el del romance. La vaguedad de la asonancia, perceptible solo á oidos españoles, no tiene la soltura excesiva de la prosa ni la enfadosa pesadez del verso consonantado, razón por la cual los autores cómicos han creido el romance hermano de la conversación familiar y por ende oportunísimo en el diálogo de la comedia y del sainete.

Pro.—Eso es concederme la decadencia de la forma poética.

Po.—La forma poética, ó sea el verso, no decae: experimenta modificaciones y sufre los caprichos de la moda.

Pro.—Si sufre tan raros caprichos necesariamente pasará por vicisitudes y altibajos, como todas las cosas, y en una de esas caidas que son mortales está la versificación.

Po.—La voz de los hechos se alza contra tus augurios y la voz del raciocinio los desvanece. No morirá la poesía, reflejo de la belleza, mientras la belleza exista en Dios. en el Hombre, en el Cosmos, esto es, mientras haya un sér en el universo. ¿Hay una sola imaginación, un corazón solo, una alma sola en todo el mundo? Hay poesía. Recuerda el poema fantástico del célebre Lord: el fuego y la luz se apagan y extinguen en el planeta, envuelto de polo á polo en tinieblas densas y frias, que acaban con los últimos gérmenes de la vida: un hombre solo, con una tea encendida en la mano, rompe la oscuridad mortal que lo rodea. Aquel hacha humeante, con su luz medrosa, es la última esperanza, pero no la última poesía. Apágase en lo alto de la montaña al soplo del viento; el hombre queda sumergido en un occéano de heladas sombras y perpétuas nieblas; del cielo no baja un rayo de sol ni de luna, porque los astros se han oscurecido todos; la imaginación, perdida en los espacios negros y solitarios, vá á desaparecer también con el último hombre.... ¿Y acaso ha muerto la poesía? Entonces alcanza la sublimidad de lo infinito, reinando, al morir, sobre el inmenso coro de los mundos....

Pro.—Has hecho un poema trágico. Me

gusta, porque está en prosa, *quod erat demostrandum.*

Po.—Está en mala prosa, extraida de buenos versos. No pidamos imposibles. En nombre del naturalismo, no violemos las leyes de la naturaleza. Así como los minerales cristalizan en tipos geométricos determinados, asi los elementos poéticos cristalizan en determinadas formas métricas. El verso es algo más que la envoltura material de la idea. La rima es la escultura verbal del sentimiento. No gongorizo ni alambico la expresión: busco la mas propia; y el verso es la expresión artística propia y definitiva de la poesía.

Pro.—No lo entiendo. ¿Acaso la novela escrita en prosa no es poesía?

Po.—Lo es ciertamente, pero no es la forma cristalina y perfecta que, cuando se halla en un momento de inspiración, queda para siempre como ejemplar y dechado de hermosura eterna, culto y admiración de las futuras generaciones. La prosa es lo provisional en la esfera del arte, nunca lo definitivo. Un pensamiento hermoso aprisionado en la forma escultórica de la versificación, se repite con fruición y entusiasmo á través de los siglos.

Pro.—Pero la corriente del prosaismo....

Po.—Crece y sube, pero ya bajará como

la marea. Impetuosa y grande á fines del siglo pasado se dilató por las llanuras del apólogo, de la epístola y del poema didascálico, y ya nadie se acuerda de *La Música* de Iriarte. Hoy vá subiendo la ola, pero

«Dejémosla pasar, como á la fiera
corriente del gran Bétis cuando airado
dilata hasta los montes su ribera.»

El rio se encauzará en su lecho y no invadirán sus aguas términos ajenos, como en otros siglos: el verso será el cauce de la poesía y no del arte y de la ciencia. ¿Quién, poeta verdadero y verdadero crítico, piensa en versificar las Siete Partidas, los inventores de las cosas, los detalles técnicos de la pintura, el Ajedrez y la Síphilis?

Pro.—¿Y quién dice eso? Nosotros pedimos menos hojarasca y mas meollo al verso, y nos reimos del sonsonete rítmico, vacío de sentido y de ideas, que atormenta el oido sin llevar nada á la inteligencia.

Po.—Vosotros, incrédulos del arte, quereis negarle su fin propio, reduciéndole á la condición de dócil vehículo de la política, de la moral, de la termoquímica, de la sociología y de la tauromaquia. No concebis poesia que no sea docente y trascendental, sin ver que la belleza poética, como toda belleza artística, enseña y educa mas que to-

das esas obras líríco-prosáicas, aborto de la pedanteria y del mal gusto.

Pro.—Gracias por tales y tan finos elogios.

Po.—La cuestión será ociosa é interminable, segun veo, y quiero darle remate con las palabras de un gran maestro, del docto literato é ilustre catedrático Dr. Milá y Fontanals en su *Estética*:

—«La forma ritmíca (dice) suele y aun debe por punto general distinguir exteriormente las obras poéticas de las demàs composiciones verbales. Si bien en ciertos géneros mixtos ó secundarios, se usa y aun se prefiere la forma prosáica, y si bien esta puede avenirse con verdaderas dotes poéticas, no hay duda que la poesía reclama la versificación: *forma artística,* que la distingue de los demás empleos de la palabra, que produce por sí misma mágicos efectos, que la dispone para el canto ó recuerda el antiguo maridaje de las dos artes, estimula y levanta el ingenio, justifica las libertades del lenguaje poético, é imprime una fuerza proverbial á la expresión de las ideas.»

Porque, Zorrilla lo cantó, la poesía tiene en el verso

«la góndola de nácar en que boga,
y las alas del cisne con que vuela.»

Madrid,—1888.—

EL ACUEDUCTO DE SEGOVIA.

POESIA.

¿No escuchas los rumores
alegres del *Clamores*,
que, en busca del *Eresma*, corre y salta
al pie de la ciudad?
En espumas deshecho,
vá por angosto lecho
con gárrula afluencia murmurando
leyendas de otra edad.
Tal vez murmura y sabe
quién esa mole grave
en altas piedras y grandiosos arcos
audaz amontonó,
y con potente brio
lanzó en su cima un rio,
y entre elevadas márgenes de piedra
su furia encadenó.
Quizás el buen Trajano
mostró el poder romano
intrépido elevando á las estrellas
la fábrica inmortal;
quizás el diablo mismo

alzó del negro abismo
esa mágica puente, gran alarde
de soberbia infernal.
Cual de una vena rota,
del Acueducto brota
el arroyo que aumenta *clamoroso*
del Eresma el caudal;
y parece que medra
el gigante de piedra
al derramarse por abiertos poros
magnífico raudal.
Serpiente dilatada,
la interminable arcada
avanza, gira, ondula y se retuerce
por toda la ciudad:
y entre los firmes lazos
de sus marmóreos brazos
estrecha fiel al pueblo que venera
su eterna majestad.
¡Qué múltiples corrientes
de razas y de gentes,
como en un promotorio, se estrellaron
en la roca fatal!
¡Qué revueltas historias
de infamias y de glorias
escribieron los siglos en el polvo
de su marcha triunfal!
Del Bóreas larga prole,
al pie de la ancha mole,
cayó y pasó como fugaz nevada

de una tarde glacial:
fé nueva y viejas sañas
llevando en sus entrañas,
entre el barro sangriento de sus huellas
sembró gérmen vital.
Inmobles los pilares
mil furias populares
han sentido encresparse borrascosas
y rugir y pasar,
como en inmóvil roca
salta bramando y choca,
deshaciéndose en frágiles espumas,
la ola hirviente del mar.
El génio de la guerra,
que subyugó la tierra,
oyendo en las Pirámides el eco
de cien siglos y cien,
medroso vió y adusto
ese titan robusto
que el vuelo contemplaba de las águilas
con sereno desden.
No vió la inmensa puente
con la faz sonriente
con que la vió hace siglos, coronada
por dos coronas ya,
la augusta niña hermosa
que unió, reina y esposa,
el áureo cetro de su España entera,
y el de un mundo quizá.
Si la luz ó la niebla

baña la arcada, ó puebla
los huecos de fantásticas visiones
que adquieren forma y ser,
parece el monumento
hablar al sentimiento
con la voz de los símbolos, que expresa
amargura ó placer.
Cuando la mole opaca
esbelta se destaca
del cielo azul en que radiante brilla
la luz crepuscular,
la enorme pesadumbre,
tinta en celeste lumbre,
lira semeja de gigantes cuerdas,
que vá un dios á pulsar.
Y en los errantes coros
de pájaros canoros,
que sobre el puente vuelan con el ritmo
de perenne canción,
vibra el cantar ufano
del genio soberano
que pregona del Arte victorioso
la eterna inspiración.

SEGOVIA.—1887.

EL ÚLTIMO DÓMINE.

(FANTASÍA Y VERDAD.)

I.

Quiero reproducir la figura del maestro de latinidad, tan duro como sabio, tan pobre de frases como rico de ideas, tan despreciador de lo moderno como admirador de lo antiguo. *Laudator temporis acti.*

Sin incurrir en el defecto de los viejos, sin creer que

«cualquiera tiempo pasado
fué mejor,»

creo, con todo el mundo, que al desaparecer el dómine, el despreciado dómine, en la oscuridad del sepulcro, se ha llevado con él la sabia interpretación del mundo latino.

Hoy sale el alumno de los establecimientos oficiales de enseñanza con la nota de sobresaliente y el conocimiento superficial de veinte escogidos trozos de Fedro, de Ciceron y de Julio César. Apenas los entiende, ni ménos penetra en los arcanos de la lengua y de la literatura. Pasado un mes del

exámen, no se acuerda de los párrafos que aprendió de memoria, para salir del paso. Mas adelante, al seguir la carrera de la jurisprudencia ó de la política, se rie de la lengua de los *sacristanes,* y si llega á las Cortes, presenta una enmienda á la ley de Instrucción Pública, para que se arranque del plan de estudios ese mísero resto de la edad media, y no se atormente más el cerebro de los niños con el torcedor de los pretéritos y supinos y el hipérbaton, los incrementos y otras zarandajas. Quiere colocarnos á la altura de las naciones cultas, y el defensor de la ilustración ignora que en la república francesa hay nada menos que *seis* cursos de latinidad y *cuatro* de *griego.* **Hoc sunt imitandi...**

Cuando, por causas muy diversas, que no es oportuno enumerar, los estudios clásicos en España están desprestigiados y amenazados de muerte, audaz y temerario es resucitar *al dómine,* ente ridículo y odioso para esta brillante generación de catedráticos, oradores, literatos y filósofos en una pieza.

Pero cada uno tiene sus gustos, y el mio es despertar con los conjuros de la imaginación los típicos seres que duermen entre las hojas empolvadas de los libros viejos.

No he de pintarlo con los colores encendidos de la fantasía. Cierro los ojos de la

carne, para ver con los del espíritu aquel viejo preceptor que, en lóbrego, frio y húmedo caserón malamente trasformado en colegio, rasgó ante mi alma los velos de la sábia antigüedad, no con vagas generalidades y periodos oratorios, sino con palabras claras y lisas y sobre el libro abierto de los autores clásicos.

Fué aquel el último dómine, porque ya en su tiempo estaba de moda el anti-clasicismo, y Horacio con sus odas, Cicerón con sus oraciones, Marcial con sus epígramas y Ovidio con sus elegias, se arrinconaban en los estantes de las bibliotecas, huyendo del huracan que soplaba del Oriente y de la Edad Media. La tempestad del romanticismo pasó en España como nube de verano, y, en virtud de criterio más amplio y generoso, hoy se encomian, aunque no se lean, la Iliada y el Mahabarata, la Eneida y los Nibelungos, las comedias de Plauto con sus arcaismos y las estrofas bárbaras del *Dies irae*.

Débil es la brisa, pero ya vá hinchando la vela del verdadero clasicismo. Otras naciones se gozan en restaurar las puras y armoniosas líneas de las grandes obras clásicas. Monos imitadores, no tardaremos en poner á los modelos latinos en el altar, y hasta bajaremos, como Cadalso, á la sepul-

tura de nuestro ídolo. desenterrando los huesos de las Doce Tablas y las cenizas de los Arbales y de los Salios. Pero mientras llega el nuevo renacimiento, sírvanos de consuelo la imaginaria reconstrucción de los antiguos humanistas, que, sí bien degenerados, se veían representados á los comienzos de este siglo por los *dómines* ó preceptores de latinidad y humanidades.

El que yo recuerdo, llamándole el *ultimo*, era un *fósil* arrojado á la superficie de la tierra por un movimiento geológico. Ya murió y ha vuelto al polvo. No importa: vamos á despertarlo con el conjuro mágico de la fantasía, para que viva en los campos de la historia.

II.

La noche, que nos envuelve, debe ser tiempo oportuno para estas evocaciones. Digamos con Horacio:

«*Nox erat et coelo fulgebat luna sereno*» porque, en estas horas de misterios nigrománticos, hasta los astros obedecen al imperio de la oda. Lo canta Virgilio:

«*Carmina vel coelo possunt deducere lunam*» ¿y ha de ser el amador de los versos latinos más rebelde á su influjo que las estrellas?

«*Quae sidera excantata voce Tessala lunamque coelo deripit*» (Hor.)

Me sirve de canción mágica la edición de *Quinti Horatii Flacci poemata, scholiis... á* **Joanne Bond... ..Lugduni...** Un Horacio, el favorito de los grandes humanistas, un Horacio completo, con sus *Carmina*, *Epodos, Sermones y Epistolas.*

Pero ¡ah! el escoliasta es londonense, no es español, y en mi ejemplar se encuentra manuscrita á continuación de **Bond** esta advertencia: **Authore damnato**. ¡El comentador estaba condenado por la Inquisición! Acaso espante á mi *Dómine*, católico rancio como todos ellos, ese borrón de heterodoxia caido en la primer hoja del libro.

Pero no, no puede ser este el motivo del silencio sepulcral. Mi ejemplar está expurgado y limpio. A la vuelta de la hoja, encuentro de puño y letra de un Inquisidor (la misma letra del *authore damnato*) estas palabras y signos:

† *Ave M.ª*

Esta expurgado de orden del Sto. Officio, segun el expurgatorio de España. Granada, y Julio **5** *del* **728**.

†

Fr. Juan Calvo
Calif.or

El 7 del año está borroso. La edición es *Quinta* y de M.DC.LXXIX. Pero los preliminares firmados por I. B.—iniciales de **Joanne Bond**—y sin duda copiados de la edición *Prima*, llevan la fecha del **die Augusti septimo 1606.** En la epistola dedicatoria ILL. D. Henrico, *Magnae Britanniae Principi*, hay borrados ocho ó diez reglones, ya en la plana 5.ª, y en la 6.ª y última de la epístola dicha, otros tantos, que son los últimos. ¿Qué expecies heterodoxas dedica el gramático ingles al príncipe Enrique? La tinta negra del inquisidor granadino se ha espesado tanto sobre los renglones de la Epístola que borra algunas veces enteramente las palabras; pero otras se aclara de tal modo que permite la lectura y la inteligencia del texto. Vé el escoliasta británico en el príncipe Enrique la viva imágen de su padre: *Patris tui, Regis potentissimi et literatíssimi*, cuyo elogio sigue á estas palabras, interrumpiéndose el sentido precisamente en el punto en que comprendemos se empieza á elogiar al Rey; pero algo más que una simple alabanza, tal vez alguna frase anticatólica, laudatoria del monarca protestante, encierran los renglones ininteligibles, por cuanto los que siguen, inhábilmente borrados, dejan leer la conclusión del elogio,—que tiene por cierto, palabras

tomadas de Virgilio,—v. g. *O filium terque quaterque beatum, qui talis pater contingit, qui liberis suis egregium et conspicuum omnium virtutum exemplar abunde superque esse possit!...*

Con semejante libro, purgado por la severidad inquisitorial de toda mácula, bien se puede evocar al último representante de Antonio Lebrija, fundador de la filología española en sus ramas latina, griega y castellana.

Pero desconozco el procedimiento mágico. Dejado á un lado el *medium* espiritista y los untos de la brujería, usemos del poder imaginativo, de las reglas mnemotécnicas y de los primores literarios.

¿A quien se parecia mi viejo preceptor? Tenia rasgos de la fisonomia del Maestro, y esta fisonomía no se ha borrado todavía de la memoria de los curiosos, que hemos registrado las ediciones de Nebrija.

Aquí debe estar conservado el retrato del Maestro...

Aquí está...

Abrase el viejo libro de gramática, impreso en Antequera por un sobrino del gran Maestro cuyo título es:

Elegancias ro
mancadas por el maes
tro Antonio de Nebrixa mvy

necesarias para introduction de la lengua latina nuevamente corregidas y enmendadas.

Antiquvariae

In ædibus Aelii Antonii Nebrissensis. Anno dñi. M.D.LXXVI.

En este cuadro que ocupa el centro de la portada, vése la cabeza del anciano filólogo, pues la leyenda del óvalo donde se destaca, claramente dice *Ael. Antonius Nebrissensis.*

¡Venerable fisonomia la del Maestro! Húndense ya los grandes ojos en sus cóncavos, de entre los cuales surge vigorosamente la nariz, mientras caen sobre la frente mechones de cabellos rebeldes, y, abundantísimos á pesar de la edad, saltan sobre el cuello, escapándose de la amplia gorra negra que cubre la cabeza de Nebrija. La energía y la reflexión se pintan en el rostro largo y arrugado, más grave que adusto, del sabio fundador de la filología española. En las arrugas profundas se ven los surcos abiertos por el torrente de las

ideas que ha corrido impetuoso durante largos años de no interrumpida enseñanza.

¡Oh Maestro! Tú iluminaste los horizontes de la ciencia española en el gran momento histórico en que Isabel coronaba la unidad de la monarquía con la toma de Granada y Colón le traía á remolque de sus carabelas un nuevo mundo ¡Tú venciste el monstruo de la barbarie, y llamaste á nuestro suelo el coro de las musas y de las gracias!

Diffugere nives, redeunt jam gramina campis...

Huyeron á tu voz las tinieblas de la ignorancia y brotaron las rosas de la poesia...

Iam Cytherea choros ducit Venus....
Iunctaque nymphis Gratiæ decentes
alterno terram quatiunt pede.

Pero ya se extinguió la primavera de las letras clásicas. Reina el invierno. La cadena de tus discípulos se ha roto. Primero literatos, gramáticos luego, dómines al fin... ¡ya se hundió el último en el averno! Y no responde á mis dulces llamamientos y conjuros.

Iam te premet nox...

III.

No importa.

Aunque le cubre la noche eterna, puede

revivir un momento al calor de la fantasía, enamorada de la belleza antigüa.

Amor di prisci tempi...

El la amaba más que Arici.

No era, no, un retórico vulgar, admirador frio de tropos y onomatopeyas. Era el taumaturgo que sabía resucitar vigorosos á los genios de Atenas y Roma. ¡Quién tuviera su palabra ingenua y elocuente!

Con Virgilio en la mano, y con voz grave como el canto litúrgico, invocaba y evocaba á los dioses que rigen el triste imperio de las almas y las calladas sombras...

Ah! Imitemos ahora al sabio Maestro, repitiendo con el Mantuano:

¡Di, quibus imperium est animarum, umbræque silentes!...

. . . . . .

¡Oh ilusión extraña!

El retrato de Nebrija parece saltar del libro.

Unas líneas se desvanecen y otras se acentúan, como en los cuadros que forma la luz eléctrica, vá una figura asomando poco á poco y señalándose ántes que la inferior se borre completamente. Es una danza de lineamientos y contornos.

La frente del Maestro parece ya más alta que ancha; la cabeza se alarga y estrecha; las narices se afilan; como un relámpago de

ira centellean los negros ojos; las manos se agitan; en vez de la gorra negra, un solideo, de color indefinible, se agarra á sus cabellos blancos; y desde los hombros que se alzan demasiado, desciende una sotana parda y raida hasta los pies, escondidos en amplios zapatos de paño, que apagan el ruido de los pasos, como si en vez de un hombre anduviera un fantasma... Que él recorría y presidía un salón inmenso, donde se agrupaban en bancos y sillas viejas mas de cien escolares: aula tan oscura como grande, donde en dos lecciones diarias, de dos horas cada una, resonaba la voz tonante del intérprete de Ciceron y de Vírgilio.

Antes de abrirse el aula, los *decuriones* tomaban la lección de gramática á sus respectivas *decurias,* escribiendo en un cuaderno *ad hoc* las calificaciones, siempre justas y aun severas, porque el jefe de cada grupo era responsable de ellas ante el profesor que en los ejercicios de traducción preguntaba á los traductores la teoría gramatical tanto para razonar y fundamentar la versión del texto, cuanto para cotejar las notas de lección escritas por los decuriones. ¡Y ay del que hubiese mostrado lenidad en las calificaciones! Perdia la jefatura del grupo, descendia de la categoría de decurión á la de simple alumno, era además castigado

con doble lección, y objeto desde aquel infausto día de las sátiras juvenalescas del Dómine, ó se corregía y trasformaba en un estudiante ejemplar, ó tenía que huir del colegio á otra parte en medio de los exabruptos ciceronianos y de los ovidianos lamentos.

El Dómine no pronunciaba discursos. Traducia y traducia eternamente. Y acompañaba los ejercios de traducción, ya de noticias breves de mitología y de historia, ya de apotegmas y observaciones morales, ya de sendos tirones de orejas, si no se abrian completamente á las digresiones líricas de Horacio, á las frases arcáicas de Plauto, ó á las sales epigramáticas de Marcial.

¡Qué indignación la suya, cómico-trágica, al traducir los exámetros virgilianos, cuando el alumno se desviaba del sentido recto! Gritaba que el dulce poeta de las bucólicas se iba á levantar airado, con *una espada en la mano*, para castigar al sacrílego burlador de sus bellezas inmortales. Oyendo sus furiosas conminaciones, matizadas de textos latinos pronunciados con solemnidad, temblábamos como niños ante un espectro, y ya nos creíamos encerrados en el calabozo (pena la más dura del colegio), ya imaginábamos descender con Eneas á los antros infernales.

Resonaba en la silenciosa y oscura sala el verso de la Eneida.

Ibant obscuri sola sub nocte per umbras

y me figuraba yo caminar con el héroe del poema por las tristes soledades del infierno

Perque domos Ditis vacuas et inania regna

como si anduviera por los tortuosos senderos del bosque á la incierta claridad de la luna meláncolica

—*Quale per incertam Lunam sub luce maligna-est iter in silvis....*

y entraba en las fauces del Orco, y espantado veia las pálidas enfermedades, los crueles insomnios, la triste senectud, las vengadoras furias, el hambre, el odio, la guerra.... ¡Qué horrible pesadilla! ¡Qué emociones más dramáticas! Sentía con la imaginación, esperimentaba terror imaginario al ritmo de las épicas descripciones del infierno, más sombrias aun por el gesto duro y la voz ronca del Dómine, enamorado de todo lo grave, tétrico y pavoroso.

«La letra con sangre entra», era su lema, y el reflejo de su carácter. Ni las blanduras de Catulo y Tibulo le placían, ni traducía de Ovidio más que el adios á Roma, ni de Virgilio el *Formosus pastor*, ni penetraba con Dido y Eneas en la gruta, ni apostrofaba con Horacio á las viejas libidinosas. En cambio, gustaba del teatro académico

y declamatorio de Séneca, interpretaba la égloga á Polión como una canción profética del Mesías esperado, peleaba en las Galías con Julio César, lanzaba sobre Catilina un torrente de invectivas iracundas, recomendaba la perfecta serenidad del varon justo, y, más que en los goces campestres del *Beatus ille*, se recreaba en el *Himno Secular* y pedia á Apolo la conservación del imperio como si viviese en el reinado de Augusto.

Y vivía, efectivamente, en otro siglo distinto del actual aquel último representante de Nebrija. No era, ni podia ser, un Montano, ni un Brocense, ni un Mayans, pero sí algo semejante al doctor granadino Villen de Biedma, su compatricio y predecesor en el magisterio de humanidades. ¿Gusto? No era el suyo, verdaderamente clásico, pero su erudición latina y su entusiasmo suplian la falta de sentido estético. Sus eternos ejercicios de traducción enseñaban más que varios cursos de literatura. Bullian flotaban, hervian en la corriente rápida y caudalosa de sus versiones, las desinencias de los nombres, las irregularidades de los verbos, preceptos menudos de construcción y régimen, incrementos y medidas de los versos, acentos y ortografía, figuras retóricas, indicaciones biográficas de los escritores, proverbios, modismos y sentencias,

fábulas y ficciones de la mitologia, principios éticos, episodios de historia romana, alusiones á la historia patria, y hasta curiosidades y anécdotas de la vida intima del Maestro. A su voz, como á los ojos de Rodrigo Caro en Itálica, se alzaba la antigüedad latina de sus ruinas seculares, y el jóven escolar, en fugaz panorama,

«ante la dura faz de su maestro,
de largas vestimentas adornado,
absorto contemplaba sucederse
del mundo antigüo los prestigios todos:
quírites y plebeyos, senadores,
matronas de severo continente,
esclavas griegas de ligera estola,
sagaces y bellísimas libertas,
aroma y flor en lechos y triclinios,
en las ondas del Ádria, la tormenta,
en el cielo, de Júpiter la mano!...»

. . . . . .

Ya todo pasó. Aquellos estudios, aquel tiempo, aquel Dómine, pasaron, dejando vagas reminiscencias.

¡Eheu fugaces... labuntur anni!

Madrid—88—

EN LA VENTA.

(Traduccion de Virgilio)

Jóven, alegre, en medio
de su ahumada taberna,
la ventera siriaca,
ceñida la cabeza
con la griega mitrilla,
danza lasciva y ebria,
al compás de los crótalos
que bien rimados suenan,
mientras con los palillos
los codos se golpea.
¿No es mejor contemplarla
tendidos en el banco
de alegres bebedores,
que andar por esos campos
entre sudor y polvo
mustios y fatigados?
Aquí hay flautas y liras,
jarras, copas y vasos,
y frescos cenadores
que incitan al descanso,
de las umbrosas cañas
al delicioso amparo.

Hállase aquí una gruta,
del Ménalo bien digna,
dó lanza un caramillo
campestres armonías;
aquí, de pez untado,
alto barril se mira
buen chacolí vertiendo,
que al júbilo convida;
y cerca un arroyuelo
bulle y se precipita,
con sus murmullos roncos
y con sus claras linfas.
Aquí tejen guirnaldas
de amarillas y rojas
flores, y de violetas
mezcladas con las rosas;
y, en cestillos de mimbre,
azucenas que mojan
del Aquelóo las aguas
virginales; y sobran,
curados en encellas,
quesos de breves formas;
y pálidas ciruelas
que el otoño sazona.
Hay castañas y nueces,
y manzanas carmíneas,
moras se ven sangrientas,
las uvas se arraciman,
y en su tallo el cohombro
amarillo se inclina;

allí está Amor, y Baco,
allí Céres, la limpia;
Príapo, con su hoz de sauce,
mal la choza cobija,
que, por grande, no asusta
su atributo y su insignia.
Devoto de Cibéles,
ven, ven aquí: ya suda
cansado el borriquillo;
descanse de su rústica
faena, que es del amo
el gozo y la fortuna.
Hora es ya de la siesta,
y las cigarras turban
la soledad campestre
con su tenaz cantúria;
y en su guarida fresca
los lagartos se ocultan.
Ven, tiéndete á la larga,
que es grato, si te place,
refrescar en el búcaro
los labios que ya arden,
si copas no prefieres
de nítidos cristales.
De esta parra á la sombra
olvida tus afanes,
con rosas enguirnalda
la mustia sien, y dale
besos á esa mozuela
en el fresco semblante.

¡Perezca el hombre duro,
de fúnebre entrecejo!
¿Reservas las guirnaldas
para adornar los huesos?
No coronen la tumba
la flores que cogemos.
Ea: vinos y dados.
El mañana ¡que necio
pensar! Ya de la oreja
tirándonos, muy quedo
la muerte asi nos dice:
—Gozad, que yo voy presto!

Madrid.—1888.

RETÓRICOS Y POETAS.

DIALOGO.

POETA.—Convéncete, amigo mio: tu ciencia, si es ciencia, no aprovecha ni luce. La Retórica y Poética, que enseñas en el aula número 3 del Instituto, se parece, haciéndole favor, á la espada de Bernardo, que ni pincha ni corta.

RETÓRICO.—Eso es negar la utilidad y eficacia del arte, proclamando la autonomía del ingenio. Y Horacio ya dijo....

PO.—Lo sé de memoria: *Nec studium sine divite vena....* y un fabulista español, recordando al vate latino, advirtió que

«No dá lumbre el pedernal
sin auxilio de eslabón,
ni hay buena disposición
que luzca faltando el arte:
si obra cada cual aparte,
ambos inútiles son.»

RE.—Entonces, si admites la necesidad de unir el ingenio y el arte, ¿porqué te burlas de los retóricos?

Po.—No me burlo de nadie: hablo de la completa inutilidad de tu asignatura para hacer escritores. No conozco un poeta, y líricos escelentes me honran con su amistad, que no mire con soberano desprecio las reglas de tu arte. Todos ellos han formado á espaldas del aula número 3, de funesta memoria. Unos, muy pocos, no han ocupado los bancos del Instituto, y otros, los más, se sonrien al recuerdo de las vanas recetas para hacer comedias ó madrigales, que les enseñó el catedrático.

Re.—Pues yo me rio de sus sonrisas, porque si hoy escriben bien, escribirían mejor conociendo y practicando los sabios preceptos del arte literario. A Fr. Luis no le estorbó el profundo conocimiento de los clásicos.

Po.—Lo creo sin que lo jures. El Maestro León bebió los alientos al mismísimo Horacio, cuya celeste armonía y olímpica serenidad resplandecen en la *Profecía del Tajo*, en la oda á *Salinas* y en la *Noche Serena*. Herrera, el divino, hubiera sido más clásico, ó perfecto, si esta palabra te gusta, imitando á los líricos más sóbrios y puros de la antigüedad. Los conocía bien, pero su imaginación impetuosa, que se desborda en la canción á D. Juan de Austria, olvidaba los clásicos modelos, y corría como torrente fuera de cauce por su terreno propio, que

es el ámplio y magnífico de la Canción bíblica á la batalla de Lepanto. No discutamos lo indiscutible. Virgilio, Horacio, Miltón, Herrera, Goethe, Schiller, Heine.... los grandes poetas antiguos y modernos han sido eruditos, eruditísimos. La ciencia, en toda su amplitud, no es madre, pero sí hermana y amiga del arte.

Re.—*Sapere est et principium....*

Po.—Sin duda. La *Epístola á los Pisones*, código eterno del buen gusto, muestra asombrosa de un sentido comun estupendo, queda en el aula de Retórica como único principio y única fuente de ciencia. Sin esa estrella de luz inextinguible, hubieran caido las tinieblas de la noche sobre la Poética oficial, hoy reducida á la definición de tropos y tópicos, y al análisis, simplemente gramatical, de algún trozo de Virgilio ó de Cervantes.

Re.—Exageraciones tuyas. Ni el Arte Poética de Horacio se explica en la clase de Retórica, ni hace falta teniendo como tenemos, muchos y notables compendios de literatura preceptiva. Los profesores que proceden de la asignatura de latin....

Po.—Que son la mayoría....

Re.—Tal vez.... Esos obligan á sus alumnos á aprenderse de memoria la famosa *Epístola* y hay chicuelo listo que se mete

entre ceja y ceja los versos descriptivos del monstruo y hasta los referentes á la oportuna elección de asuntos.

Sumite materiam....

Po.—No es poco. .. 35 ó 40 versos abruman á cualquiera y le ilustran también, por que le dicen: «La unidad en las obras, y el »órden y método en la enseñanza, darán »provechosos resultados; pero no echeis »sobre los hombros más carga de la que »puedan soportar...» Me parece que Horacio sabe lo que se dice y conoce bien el paño.

Re.—*Purpureus.... pannus.*

Po.—Púrpura, ó lo que sea. Esos insignes latinistas, únicos que recuerdan á Horacio en el aula, son los que opinan, conformes sin duda con la Ley, que la Retórica es un corolario ó estrambote del Latin.

Re.—¿Y porqué no hemos de creerlo si lo cree el legistador? Después de las dos clases de Latin y Castellano (¡Latin y gracias!) viene la de Poética. El número 3, por consiguiente, no es más que ampliación ó perfección de Latin, como se llamó á cierta asignatura en el plan de Catalina, y encaja, perfectamente, en su molde la Epístola de Horacio.

Po.—Si yo no lo censuro! ¡Ojalá no la dieran en dósis microscópicas! Censuro, francamente, la parvedad de la alimentación

literaria, y lo que es más grave. la adulteración de la sustancia alimenticia.

Re.—Parva la alimentación! ¿Y á un niño de 11 ó 12 años se le puede dar otra más fuerte y nutritiva? Le basta y sobra con la definición de las figuras retóricas y la rebusca y aplicación de esas formas de la dicción y del pensamiento en una Colección de Autores Selectos. Lo demás son libros de caballerías.

Po.—De modo que la Estética....

Re.—Es una aventura filosófica en que no deben entrar los niños.

Po —Entonces, ¿para qué estudian Psicología, Lógica y Ética? ¡Aventuras de la ciencia primera, autorizadas también por la Ley!

Re.—Justo. Ó suprimir esa rama suelta de la Metafísica, ó decretar el estudio de la Antropología, ó elementos de filosofía, que tengan conexión orgánica y sistemático desarrollo.

Po.—Discurres bien, pero con tu misma lógica demandaría yo la creación de una asignatura intitulada «Elementos de Literatura.» Así no adolecerían de insustanciales ó inútiles los manuales de Retórica que ahora se estilan en los centros de enseñanza. ¡Estética! Ni por el forro. Y si alguno se mete en esas honduras, ó confunde la naturaleza de lo sublime y de lo bello, sin decir

jota de lo gracioso y de lo ridículo, ó identifica el bien y la belleza, como un platónico redivivo, dejando siempre estas nociones estéticas fuera del cuerpo de la obra didáctica, sin recibir ni prestarle sávia alguna, á modo de cola ó apéndice superpuesto. De modo que, despues de Kant y Hegel y Richter y Cousin y otros cien estéticos, la belleza se expulsa del recinto de un arte bella, y tan bella como la poesía!

Re.—Lamentación propia de un coplero, impropia de un preceptista. Las reglas de mi arte se dan hace veinte siglos y pico sin mezcla de vanos idealismos. Surgen de la observación y de la experiencia, y el *apriorismo* las sutiliza, las quiebra y las disipa en los aires. Fundo los preceptos en la obra, como Aristóteles, no fuera de la obra poética.

Po.—Pues es método ilógico é incompleto. La razón trabaja sobre los datos empíricos, no se forman y ordenan ellos por sí solos, sin la razón. La Estética debe prestar á la Poética sus hondos cimientos, sus bases fundamentales; la Historia, las piedras ó mármoles labrados, las obras artísticas del ingenio humano. Son dos procedimientos que se completan, dos elementos que se funden, dos corrientes que en un mismo lago mezclan sus aguas. El estético, ya ve-

mos cuan lejos anda; el histórico se representa por la seca enumeración de nombres de prosistas y poetas célebres.

Re.—No somos profesores de historia literaria. Basta con decir: Esquilo, modelo en la tragedia; Terencio, en la comedia; Quevedo, en la sátira; Horacio, en la oda; Teócrito, en el idilio; Garcilasso, en la égloga; Ramon de la Cruz, en el sainete; Marcial, en el epigrama; Campoamor, en la dolora...

Po.—Palabras vanas que cargan la memoria y enseñan á adorar supersticiosamente cuatro nombres huecos, porque huecos están para el que los pronuncia enfáticamente, sin añadir noticia ni observación de ninguna especie. Una reseña crítico-histórica por sucinta que sea, y la lectura constante y *analizadora* de los grandes escritores, debe reemplazar á la fria y vana repetición de los nombres ilustres. Y al analizar las bellezas literarias, elévese alguna vez la mirada del Retórico por encima de las menudencias técnicas, procurando encender en los pechos juveniles, dispuestos á la emoción estética, el amor á la Belleza y al Arte, y el entusiasmo por los gloriosos artistas de la pátria y de la humanidad.

Re.—Entonces, necesitariamos todos ser poetas y sentir esa veneración por Homero y Virgilio, por Calderón y Tirso, por Juvenal

y Quevedo, por Mariana y Hurtado de Mendoza, que solo alcanzamos *reflexivamente*.

Po.—El catedrático de Poética, en mi opinión, es algo más que un eco repetidor de juicios ajenos y vulgaridades literarias. En esfera menos amplia, es el profesor de Literatura general y española, que trata con escolares de edad y de inteligencia casi infantiles. Y á la imaginación fresca de los niños se habla con la sinceridad y vehemencia del sentimiento y del juicio propio,—directo y no reflejo;—con el dardo epigramático de Marcial; con la épica narración de la aventura de los carneros en Cervantes; con las elegías jeremiacas que lloran la desolación de la ciudad y del templo; con las escenas dramáticas de la *Vida es Sueño* y de la *Estrella de Sevilla;* con las frescas serranillas del marqués de Santillana; las amorosas letrillas de Góngora empapadas en la miel de romero; las satíricas de Quevedo, que viven en la memoria del pueblo, como también sus *Sueños* y sus romances jocosos; las liras de Fr. Luis de Leon, en que se siente la armonía pitagórica de las celestes esferas; los mágicos sonidos de *La Campana* de Schiller, en la traducción parafrástica de Hartzembusch, más poética aunque menos fiel que otra publicada por un fraile español há pocos años; la oda de

Manzoni, el *Cinco de Mayo*, en la muerte de Napoleón, que corre interpretada por seis ú ocho traductores, (el mismo Hartzembusch, Cañete, etc.); la *Pentecoste*, del gran poeta italiano, que, con los demás *himnos sacros*, anda ya en rima castellana; no olvidando su novela histórica, *Los Novios*, que Gallego trajo á nuestro Parnaso; el poema *Don Juan*, de Lord Byron, enlazado con una tradición literaria muy española, que recorre el mundo, ya en formas épicas y dramáticas, ya envuelta en las galas de la ópera; los modelos de alta comedia, de comedia urbana, correcta y elegante, drama de nuestros días, que á Ayala debe su ser ó su perfección, y á otro dramaturgo,—el primero de los nuestros,—que aun vive entre el polvo de libros y códices, y que no debo citar, porque, al reves de los tratadistas de Poética que mencionan á Echegaray, opino que los vivos no pertenecen todavía al archivo de la serena, imparcial y verdadera Historia crítica; y, en suma otros varios insignes líricos, dramáticos, épicos, novelistas y aun didascálicos, que la gloria ha consagrado estampando en sus obras el sello de la inmortalidad.

Re.—¿Y qué sacarían los estudiantes de la fatigosa lectura de tantos prosistas y poetas, nacionales y extranjeros, que recomiendas á los maestros de Poética? ¿Es posible for-

mar juicio de obras tan diversas y contrarias?

Po.—Las colecciones de autores selectos tienen más de los que cito; pero adolecen de rutina y de estrechez de criterio artístico. Ya que mal ó bien se estudia latin, formen parte de la antología poética, destinada al aula, los escritores latinos eminentes, en variedad de obras literarias; y, como el francés es obligatorio en la segunda enseñanza, no estará demás que la lengua de Racine esté representada por una docena de selectas composiciones; no se olviden los grandes autores italianos, alemanes é ingleses en traducciones magistrales; y ocupe el primero y más amplio lugar la literatura patria, en sus variadas manifestaciones, desde el cantar popular hasta la tragedia clásica, y desde el andaluz Herrera hasta el americano Andrés Bello.

Re.—Eso es bonito, pero inútil.

Po.—Los escolares sacarían, de ese lujo que abominas, afición ó amor á las bellas letras, formando en principio su buen gusto, ese sentido estético, bautizado por los españoles de antaño y olvidado por los de hogaño, y especialmente por los literatos y críticos oficiales.

Re.—Gracias por la lisonja. ¿Y es el Retórico el crítico oficial de tal especie?

Po.—Exactamente. Yo tengo la vanidad de creer que el último poeta es más crítico que el primero de los retóricos, ya porque su cultura estética no es inferior á la del maestro de literatura menuda, ya porque como artista vé por fuera y por dentro la obra; pero, aun concediendo al poeta esa autoridad se vé constantemente olvidada ó desconocida en la vida social. ¿Hay un certámen poético en capitales ó poblaciones del segundo ó tercer órden? ¿Cual es el juez primero del tribunal literario? El profesor de Retórica. Y asi sale ello. Resultan lsureados los disparates y ensalzados los desatinos.

Re.—No es justo atribuir á un solo voto la incierta rectitud de un tribunal colegiado. El alcalde y el presidente del Casino principal de la ciudad, el cacique que prepondera en aquel entónces y el propietario ó labrador mas rico, tienen derecho á formar parte, y en realidad la forman, del tribunal calificador de las obras poéticas admitidas al certámen. Entiende el uno de alcaldadas ó barrabasadas; entiende el otro de la ruleta ó del monte; sabe el tercero hacer y deshacer diputados á Cortes, esas hechuras y víctimas ilustres del caciquismo; y no deja de saber el cuarto la sazón de los albaricoques y el precio de las alcachofas: pero

¿donde está su ilustración, donde su competencia literaria? Y así sale ello: premian al hijo del concejal que dedicó unos piés quebrados á la sobrina del alcalde, y al primo del alcalde que celebró en redondillas los ojos de la hija del concejal. Y todo se queda en casa y la literatura en la calle.

Po.—Verdad triste, confirmada por el ejemplo de poetas numerosos laureados en los certámenes, que, (á escepción de los *juegos florales* de Cataluña,) son egrégios dechados de mal gusto, demostración irrecusable del compadrazgo reinante en todas las esferas, hasta en las sucursales del Parnaso. Pero en los jurados de provincias suele escucharse como un oráculo la voz del Retórico, que tiene motivos para saber cómo se hace un poema, aunque en su vida haya hecho mas que una *silva* á su novia.

Re.—En ninguna parte soy yo un oráculo. Me contento con repetir los consejos de mi arte y no pretendo hacer poetas, ni censurarlos.

Po.—Tu modestia es proverbial y general en la clase. Plausible es el Retórico no poeta que dice á sus alumnos:—«Así dicen que se hace una oda; así la hicieron los grandes líricos; pero no creais en la virtualidad positiva de las reglas que os explico, porque no soy cocinero responsable de las recetas

para hacer guisotes que aquí os ofrezco: yo no he guisado nunca.»

Re.—Claro está: las reglas deben ser negativas.

Po.—¿Cómo?

Re.—Indicando los errores y tropiezos en que han caido los príncipes de las letras, para que otros no tropiecen en el mismo sitio.

Po.—Por regla general, los preceptos retóricos son positivos y tiránicos. Ordenan y mandan como reyes absolutos. Dicen ¡mal! ó ¡bien! porque sí, y no admiten protestas, ni rebeliones. Y la gran revolución de la filosofía del arte (Estética) y el ruidoso motin contra los galo-clásicos (el romanticismo), han derribado y pulverizado la ley de las unidades dramáticas, el veto puesto á la unión de lo cómico y de lo trágico, las vallas que hacían cotos cerrados de los géneros poéticos, la imitación servil y obligatoria de los antiguos, las ficciones bucólicas de las églogas y novelas pastoriles, las interminables silvas y las canciones petrarquescas, los catálogos de figuras retóricas que llenaban volúmenes enteros, y otras reglamentaciones retóricas que ahogaban el ingenio, encadenaban la imaginación, y convertían la belleza literaria en un juego de palabras y de inepcias. Al calor de la nueva aurora,

surgen de la oscuridad las epopeyas primitivas; se levanta vigoroso el romancero popular; la leyenda se envuelve en el manto de las tradiciones locales; nace con tal brio la novela histórica que anima y dá calor al cuerpo rígido de la historia; el drama sintetiza las luchas de la humanidad y los conflictos de la vida moderna; la crítica adquiere bases sólidas y definitivas, y la literatura se dilata por inmensos horizontes.

Re.—¿Y la Retórica y Poética?

Po.—Es un tradicionalista que, fiel á sus creencias, permanece quieto en medio de la revolución.

Madrid —1888.

ALBADA.

En una enramada
de vergel sombrío,
estrecha la amada
á su trovador;
más ¡ay! que el vijía
de vecina torre
ya anuncia que el día
difunde su albor.
—¡*Ay Dios, viene el alba*!
¡*Qué pronto llegó*!—
Al cielo pluguiera
(la hermosa decía)
que nunca viniera
la aurora ni el sol;
feliz me vería
por siempre en tus brazos;
más oye, el vijía
ya el alba anunció.
—¡*Ay Dios, viene el alba*!
¡*Qué pronto llegó*!—
Mi amigo querido,
corramos al bosque,
y el beso, perdido
cual vago rumor,
simule del ave

un eco del trino,
del trino suave,
que expresa el amor.
—¡*Ay Dios, viene el alba*!
¡*Qué pronto llegó*!—
Un soplo ya siento
de allí, embalsamado,
y aspiro en mi aliento
su aliento y ardor:
su amante suspiro,
sus ayes escucho,
que en rápido giro
de allí me envió.
—¡*Ay Dios, viene el alba*!
¡*Qué pronto llegó*!—
Así, ante la llama
del astro del día,
repite la dama
con lánguida voz,
la jóven hermosa
de mil perseguida,
más siempre amorosa
y fiel á su amor.
—¡*Ay Dios, vino el alba*!
¡*Qué pronto llegó*!—

SERENA.

(DE GIRALDO RIQUIER.)

A un fiel amante su dama
le dió amorosa una cita,
hora y día señalando
para el encuentro feliz,
y al acercarse la noche
del premio de sus afanes,
iba el galan caminando
y se lamentaba así:
—¡*Qué lento el día camina*
aumentando mi pesar!
¡*Cuál la noche me asesina*
con tanto y tanto esperar!
Tan impaciente se hallaba
el gentil enamorado,
tan ansioso por la dicha
de su penas galardón,
que temía se acabase
con el día su existencia,
y entre flébiles suspiros
repetia con dolor:
¡*Qué lento el día camina*.....
Cuantos al pasar miraban

su semblante oscurecido
por melancólica nube,
comprendian su pasión,
y él, impaciente mirando
al sol que claro brillaba,
suspiraba amargamente
repitiendo su canción:
¡*Qué lento el día camina*.....
Pena, tormento producen
los astros con su influencia
en el cuitado que busca
la amiga del corazón.
Por eso el desventurado,
lejos de la que adoraba,
en aquel eterno dia
suspiraba con temor:
—¡*Qué lento el dia camina,*
alargando mi pesar!
¡*Y la noche me asesina*
con tanto y tanto esperar!

Madrid.—1888.

CRÓNICA SEMANAL.

Toros benéficos.—Un plato filosófico.—Un discurso de Calderón á los literatos del Ayuntamiento.—Dos Isabeles.—Pagar el dia 28.—París-Múrcia y Múrcia-París.—Falta de armonía.—El azote de Dios.—Meteorología.

El *Gordito*, matando con gran fortuna los toros *benéficos*, fué un argumento *ad hominem* lanzado á la cara de los *frascuelistas*. El pueblo de Madrid versátil como todo pueblo, abandonó aquella tarde su entusiasmo *antigordístico*, aplaudiendo al viejo matador, que por motivos filantrópicos, tuvo el valor de presentarse ante un público hostil á sus merecimientos.

El *Gordo* se vió laureado como otras veces Lagartijo y Frascuelo. Los toros, como benéficos, se limitaron á matar caballos. El público, al cual pertenecian muchos socios *protectores de animales*, aplaudió con frenesí á unos y á otros (brutos y racionales.)

Más vale así.

¡El Gordo, Frascuelo y Lagartijo!

Hé aquí los representantes de tres escuelas tauromáquicas. Son Alarcón, Calderón y

Lope al frente de sus respectivas cuadrillas.

No es comparación absurda. La Plaza de Toros es un teatro.

En él se ejecutan todo linaje de dramas, desde el cómico más llano hasta el trágico más sublime.

Un banderillero que clava sus pintorescas armas en la parte *post* de la bestia; un picador que cae á la arena como saco de garbanzos; un diestro que se enreda en los cuernos de la fiera y es lanzado á los aires como pelota de goma; un caballo que se arrastra moribundo, ó un torero que agoniza y muere á la vista de un pueblo que se divierte... esto es más cómico, dramático y melodrámatico que todas las obras representadas en Variedades, Apolo ó el Príncipe.

El Gordito es Alarcón; Frascuelo, Calderón; Lagartijo, Lope de Vega.

O de otro modo: Lagartijo es Blasco; Frascuelo, Echegaray; el Gordito, Sellés.

Uno, el estilo apaisado y fácil; otro, la forma romántica y caballeresca; el tercero, la tendencia doctrinal ó filosófica.

Ama el pueblo á Calderón, ó sea Echegaray; la clase media quiere á Lagartijo, entiéndase Blasco; y la aristocracia aprecia, pero sin amarlo, á Sellés, esto es, al Gordito.

Y los tres maestros del arte de Montes, separados de los maestros del arte de Es-

quilo, acaso se pudieran cambiar por un Echegaray (D. Miguel.)

Así como los tres génios de la escena actual apartados de los génios del circo, pudieran quizá trocarse por un Pepe-Hillo de veras.

—¿Por qué razón? Porque estamos en época de profunda decadencia tauromáquico-literaria, y, efectos del espejismo, los que nos parecen eminencias del saber y del matar, son, en las esferas del realismo, ó serían, en edad de gloria literario-taurina, humildes colinas ó montones de cascajo.

¡Qué horror!...

Para encontrar la razón metafísica de estas profundidades, que semejan elevaciones, debió levantarse en el Ateneo de Madrid el Sr. Moreno Nieto. Pero no se enteró de que los toros y los poetas necesitan de sus lucubraciones filosóficas, y para inaugurar las cátedras del curso que empieza, se ocupó de la cuestion magna, de la cuestión social, de eso grande, terrible, arcano y caótico que se llama *socialismo*.

¿Quién no es socialista?

Todo el mundo. ¿Quién no desea alguna vez la mujer de su prójimo? ¿Quién, si va á pié y por el arroyo, no mira al cómodo y

esbelto carruaje? ¿Quién no ha dícho con Garcilaso:

«...Flérida, para mi dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ageno?»

Esta filosofía, discutida por el Sr. Moreno Nieto, tuvo suspenso de la atropellada lectura de su discurso un auditorio por demás selecto.

¿Qué se sacó en limpio de tanta erudición?

—Que el filósofo teme y desea el triunfo de las falanges ultra-liberales; que el *yo* y el *no-yo* son dos cosas distintas y una sola cosa; que hay *católicos socialistas*, republicanos socialistas, socialistas de la taberna y socialistas de la cátedra; que la cuestión se arregla fácilmente con un mucho de liberalismo, un poquito de cooperación, algo de moralidad y nada de... sentido comun.

¡Qué lástima de metafísica aplicada á la cuestión gastronómica!

Porque la cuestión social se reduce á comer ó ayunar. Es la cuestión de subsistencias agrandada por el miedo.

El plato ofrecido por el Sr. M. Nieto pretendió agradar á todo el mundo; pero no gustó á nadie. Hubo aplausos para el ilustre cocinero, como hay aficionados de la olla podrida. Pero los pistos se sirven en la mesa del comedor, no en la mesa del Ateneo.

Un par de concejales del Excmo. Ayuntamiento de esta coronada villa pasaban por la plaza de Santa Ana una de estas noches, y, exaltados por el alcohol del entusiasmo que les producía el maravilloso plan de festejos reales, obra de su feliz inteligencia, se imaginaron ver la augusta sombra de Calderón (el poeta, no el torero,) que se levantaba sobre un pedestal, severamente fantástico, tosia fuerte, se volvía hácia ellos con ademanes de autor dramático, los miraba con algo de lástima y un poquito de ironia y les descargaba el siguiente discurso en seguidillas truncadas:

—Insignes literatos
del Municipio;
en lugar de una estátua
dadme un principio.
Mejor que piedra ó bronce
queremos cuartos;
que de glorias con hambre
ya estamos hartos.
Quitais á los festejos
sus coronistas...
¡tales de vuestro númen
son las conquistas!
Y 5.000 pesetas
dais á los toros:
¡oh témpora! ¡oh felices
tiempos de moros!

Ciertas afinidades
tienen los séres:
al decir con quien andas
dices quien eres.
Id, corred á las fiestas,
oh, caballeros,
en cornúpeto lazo
con los toreros.
Queden vates y pobres
en la indigencia,
y en olvido la triste
beneficencia.
Alzad á Lagartijo
bronces eternos,
á Frascuelo y á toda
gente de cuernos.
Y Torneros se vea
puesto en cuclillas,
con un par ó dos pares
de banderillas.
¡Recuerdo de sus altas
prendas y acciones,
dejado á las futuras
generaciones!

No dicen las crónicas qué replicaron los concejales al exabrupto calderoniano. Es posible que no entendieran la indirecta.

Esta semana se ha celebrado el día de dos augustas Isabeles.

Una, la Reina que fué de España; otra, la Princesa que tiene derecho eventual á ser Reina.

A la recepción que con tan fausto y doble motivo tuvo lugar en Palacio, asistieron los representantes de todos los partidos dinásticos.

El partido constitucional envió tres personas y algunos céntimos.

La fé política de ciertas fracciones no pasa de ser un número fraccionario.

Así no llegan nunca á ser enteros.

¿Y cómo han de serlo, dirá alguno, si son partidos?

Cierto: partidos por medio.

El hambre es como el rayo: si no mata, trunca.

La víspera de los festejos, el 28 del actual, cobrarán los empleados del Gobierno.

Es anticipar la paga para que puedan divertirse.

Como se dan ántes los cuartos, ántes se gastan. O como dice el refran, «pan para hoy, hambre para mañana.»

Sistema financiero español ó sistema gitano.

El Carnaval se llamará *París-Múrcia*.

Traducción: caridad y desgracia.

No es el órden cronológico de los hechos: primero ocurren las inundaciones, y vienen después los socorros. Pero es el órden lógico de las ideas y sentimientos: ántes que llore en la tierra el ángel de las tristezas, sonrie en los cielos el ángel de los amores.

Los murcianos, imitando á los franceses, publicarán el *Múrcia-París*.

Yo hubiera titulado este periódico: *¡Gracias!*

Blasco hace reir en la Comedia con sus juguetes.

Y basta de Blasco.

En el español se representa *El cuerpo y el alma*.

El cuerpo del drama es una forma brillante, y el alma es un pensamiento elevado.

El tercer acto ¿qué és? ¿los piés ó la cabeza?

Si es la cabeza, la de esta obra se desvanece; si los piés, flaquean.

De todas maneras, pasa en ella lo que en todos los hombres: falta la armonía: el cuerpo y el alma riñen.

Definiciones.

—El cuerpo es un tubo abierto por sus extremos: el alma es el líquido que por él circula. (Un materialista.)

—Es el cuerpo materia organizada y vivificada por el soplo divino. (Un espiritualista.)

—El alma es un perfume guardado en un vaso cerrado. Si éste se destapa, aquella se evapora. (Una dama.)

—El cuerpo es un traje que usa el alma durante algunos años. Cuando se gasta, lo deja y toma otro. (Un sastre... espiritista.)

—Espada es el alma que se mete en el cuerpo. Si una vez se desenvaina, ya no puede envainarse más. (Uno de caballería.)

—Un cohete es el cuerpo: el alma la pólvora. (Un pirotécnico.)

—El alma, galan de poca constancia, se enamora y se une al cuerpo. Vienen el cansancio, el olvido, lo abandona, y el cuerpo, pobre viejo, se muere de mal de ausencia. (Una niña.)

—Es el alma un ave de paso. Se detiene en el cuerpo, frágil nido, á cantar las aventuras de su viaje. Mira al cielo, que tiñe ya el crepúsculo de la tarde; se entristece, herida de nostálgia; descubre las primeras estrellas, y, á su luz indecisa, se arroja á los espacios... vuela por lo infinito, y no tarda en gozar de las claridades del alba. (Un poeta.)

Hay en el firmamento de las letras astros

de luz propia, y otros que lucen á expensas de los soles que les prestan su brillo.

Hay tambien meteoros que rápidamente pasan deslumbrando con sus claros y vanos resplandores.

El autor de *El esclavo de su culpa* es una estrella fugaz.

¿Quá será D. José Gomez de Cádiz, autor del drama *Azote de Dios*, estrenado con feliz éxito en el teatro de Apolo?

Deseamos que la ciencia lo declare «estrella fija.»

Y que se libre de las observaciones astronómicas de *El Liberal*.

Y de las discusiones metereológicas de *La Epoca*.

Y, sobre todo, de las iras de Morales. Esto, sobre todo.

Madrid.—1879.

OLLA PODRIDA.

El que no tiene estómago nada tiene.—(Axioma de *El Eco del Ministerio.)*

CORO DE ESTÓMAGOS MINISTERIALES.

Sólo gloria y venturas alcanza
el que vive en perpétuo festin.
¡Vivan siempre la mesa y la holganza!
Quien no tiene panza
nada tiene al fin.

UN MINISTRO.

Yo soy el ministro de los labradores
y no sé labrar;
yo soy el caudillo de los profesores,
y letras y ciencias me infunden horrores...
¿Pues qué sé? Cobrar.

LOS ESTUDIANTES SUSPENSOS.

A vos el apuesto, cumplido garzón,
saluda y aplaude la turba escolar:
las aulas y libros queremos dejar,
pues cargas pesadas é inútiles son.
Si nada tuvísteis del gran Salomon

y jóven lográsteis llegar al poder
¿qué valen los libros? ¿qué vale el saber?
¡Abajo la ciencia y arriba el turrón!

VOCES QUE SALEN DE UNA OLLA GRANDE.

El patriotismo se condensa en esto:
¡Dichosos en el mundo los que comen!
¿Reclama la fusión? Echadle el resto,
si queda en la sarten del presupuesto
algo que no se pierda en nuestro abdómen.

COALICIÓN DE GRITOS.

¡Plum! Comience el fandango.
¡Plim! empiece el belen.
Que suelten del mango
la enorme sarten.

—

Allá va el programa
de nuestra fusión.
—¿A dó se dirige?
—Vá sin dirección.

ÉL.

Yo soy el genio de las edades,
sabio político, sabio orador,
mi númen puebla las soledades,
mi voz domina las tempestades,
el trueno es eco de mi furor.
Que desde Cádiz
hasta Stambul

todos le temen
á Barba-Azul.

—

Soy erudito, soy estadista,
bajo profundo, tiple y tenor,
yo se la *historia*... (de la conquista
de dos alféreces y una modista)
y más que Grilo soy trovador.
Con paz y con órden
vivimos al fin.
¿Qué es eso?
—¡Es el ruido
de un nuevo motin!

EL TREN.

Ya se pierde en los montes oscuros,
ya por valles camina seguros,
ya se acerca, ya llega á París...
—¡Que se van, que se van diez mil duros!
—Que se vayan!... ¡Un grano de anís!

OTRO.

Como no soy manco,
me marcho, y me alegro,
que en otra nación
á costa del Banco
comeré el pan negro
de la emigración.

EL ECO DEL MINISTERIO.

¡Debilidades de la humana especie!
Estas debilidades

de *irregularidades*
as tacha el vulgo; pero quien aprecie
mi argumento profundo,
debe reconocer que más ó ménos
todos han de comer en este mundo,
ya de manjares propios ó de ajenos.
El que en prosa y en verso filosofa,
como yo, sobre el arte culinario,
comprende que objeciones de esa estofa,
del mísero valor de una alcachofa,
son fruto de un estómago ordinario.
¿Quién, estando repleto de gallina,
puede robar un pavo?
Sólo un hambriento asalta la cocina,
y el que, del vicio esclavo,
en la ruleta quiere
perder con la vergüenza los metales,
es porque no digiere
las máximas morales.
Yo, que estoy fresco y sano,
gozando de salud y de apetito,
me precío de moral y de cristiano.
y engordo como engorda el más bendito.
Y es tanta mí bondad y mansedumbre,
—consecuencia sin duda estomacales,—
que amo y protejo la vulgar legumbre,
y la gran muchedumbre
de brutos animales.
Este axioma recordar conviene:
«el que no tiene panza, nada tiene.»

ESPECTROS.

Pálidas sombras, débiles fantasmas,
trémulos y delgados como alambre,
encarnación tristísima del hambre,
caminamos, del céfiro á merced.
Montados en escobas, cual las brujas,
vamos en alas rápidas del viento:
los mosquitos serán nuestro alimento
y calmará la lluvia nuestra sed.

—

El furioso huracan nos arrebata....
¡Felices si cayéramos lanzados
en las lozanas yerbas de los prados!
Allí acaso pudiéramos vivir.
Pero en España ¡horror de los horrores!
un ayuno tenaz nos desconsuela.
Es ser maestro mísero de escuela
morir de consunción... ¡triste morir!
Boguemos, boguemos.
La tierra dejemos
del hambre inmortal.
Corramos, volemos.
Del cuello apartemos
la soga fatal.
Pues somos espectros, venganza tomemos:
apénas la noche despliegue sus alas,
cercad de Fomento las fúnebres salas
de negras visiones, preñadas de horror.
Que allí los ministros contemplen en sueños
de maestros de escuela las formas extrañas

tocar sus cerebros, tocar sus entrañas,
comiendo sus carnes con santo furor!

. . . . . .

ECOS DE LA FERIA.

Todo se compra, todo se vende:
melocotones á medio real,
que nunca tienen un hueso sano,
porque está mala la Sanidad;
buenos turrones de varias clases,
y de la fábrica de Fuencarral;
garbanzos duros, duros y caros,
como la bola, no de billar,
del ministerio *que dá la hora:*
café de aroma ministerial;
y comestibles, finos y bastos,
de los que al *Eco* gusto le dan;
himno de Riego, de pastaflora,
dulce famoso muy rancio ya:
la partitura de un manifiesto,
música y letra de un radical;
cinco discursos de Don Pancracio,
que no es posible pedirles más,
pues variando rúbrica y fecha
siempre se pueden utilizar.
Todo se vende, todo se compra:
¡hasta la espada de un general!
Todo. Las botas de Ptolomeo
y las babuchas de Gengis-Kan;
cincuenta epístolas del buen Posada,

en hieroglíficos por descifrar:
las cuerdas flojas en que *La Pantza*,
célebre artista, de agilidad,
bailar solía con gran asombro
del reaccionario y el liberal;
cuatro monedas de Carlos quinto,
(más que el Tesoro suele guardar);
la gran protesta de los astures;
Música todo (cuento moral):
ricos melones para ministros,
pues son de un gusto particular;
y el *Trueno Gordo*, tragedia inédita,
que está en ensayo, con un final
de mucho ruido....
Tódo se vende,
todo se compra. ¿Quién no dará
tres perros chícos por tantas cosas?
Niñas, mujeres á medio real:
son de una pasta blanda y flexible:
todas se venden, casi se dan.
Comprad, muchachos. ¡*Una morena*!
Cuadro precioso, barato está.
«*Tres diputados cenando en Fornos.*»
Lienzo magnífico. «*La Autoridad*
y la ruleta» bello poema,
que vale mucho, costando más...
Todo se compra, todo se vende.
Vamos, comprad.

Madrid.—1880.

LA PRIMER RETÓRICA CASTELLANA

De mis apuntaciones, ya caudalosas, para escribir la historia de la literatura preceptiva en España, quiero entresacar las referentes al primer libro de Retórica que se publicó en lengua de Castilla.

El Renacimiento había resucitado la lengua y literatura de la antigua Roma, y era moda hablar en latin como hoy salpicar de galicismos el lenguaje. Las damas y los caballeros repetían exámetros de Virgilio y cláusulas de Ciceron; y, predicando al pueblo, que maldito si entendía las frases de Marón ó de Tulio, los oradores se olvidaban del

. . . . . «roman paladino
en el que suele el pueblo fablar á su vecino.»

Condenando este abuso de *latinidad y humanidades,* decía el autor de la Retórica aludida:—La elocución será «pura castella»na sino fuese trayda nuevamente al uso de »otras lenguas: ni se aprueba aunque sea »latina. Hay algunos predicadores que pa»rece, ó quieren que parezca, ó á lo ménos »vanse tras el uso, que están llenos de latin

»hasta los ojos, tanto que no lo pueden en-
»cobrir y hablan una palabra en romance
»y tres en latin, y muchas veces una oración
»entera que podría decirse con más propias
»palabras en lengua comun.»

No es censurable, sino plausible, el conocimiento y difusión de la lengua magestuosa de la religión y de la civilización romana, que formó y educó, entre otras, á la raza española; pero el abuso pedantesco llegó al extremo de desterrar la lengua patria de los estudios, y pretender enseñar en latin la gramática latina.

Los frailes, como todos los maestros y escolares del siglo XVI, miraban con desden el romance vulgar en que se expresaban; pero la experiencia diariamente les hacía comprender que España no era Roma, ni el siglo de Felipe II el de Augusto, aunque este pueblo latino hubiera conquistado un imperio tan colosal como el de los Césares. Un religioso de la Orden de San Jerónimo, que amaba el romance tanto como la lengua del Lacio, tropezó con la necesidad de explicar «humanidades» en castellano, y fué porque una «persona á quien él no podia »mandar»—si no obedecer—le pidió escribiese en nuestro idioma un tratado de Retórica, puesto que, necesitando estudiarla, desconocía el latin en que andaban escritos

los libros todos de esa materia. El religioso obedeció, como era su deber, pero desconfiando de su trabajo, arrojó el manuscrito al oscuro rincon donde guardaba sus apuntaciones. Un año durmió entre papeles viejos la Retórica, sin acordarse de ella el autor, hasta que revolviendo un dia sus apuntes y notas, apareció el arte oratoria romanceada, que, por la novedad del caso, fué atentamente leida y aplaudida felizmente. Los amigos del retórico creyeron su obra digna de correr en letras de molde, y, en efecto, se imprimió por un tipógrafo de Alcalá antes de mediar el siglo XVI, ocultando el autor su nombre, pero no su profesión religiosa.

Es curioso registrar la primer Retórica Castellana, siquiera por esa razón filológica. Es un modesto compendio de las reglas de bien decir, útil en verdad á los escolares de entonces; pero no aventaja ni compite con los libros análogos, de Nebrija ó de Vives—*Organum rhetoricum,—De arte dicendi,—De conscribendis epistolis,—De causis corruptarum artium*—y otras similares que precedieron á la obra del jeronimiano, ni tampoco con las muchas y excelentes que le siguieron en todo el siglo décimo sexto, honradas con los nombres de Arias Montano, Furió, Llull, Fox Morcillo, Matamoros etc. etc.

Portada del libro:

Rhetorica en lengua | Castellana en la cual se pone muy en | breue lo necessario para saber | bien hablar y escreuir: y | conoscer quien ha | bla y escriue | bien.

Una manera para poner por exercicio | las reglas de la Rhetorica.

Un tratado de los auisos en que con | siste la breuedad y abundancia.

Otro tratado de la forma q̄ se deue te | ner en leer los autores: y sacar dellos | lo mejor *pa* poder se dello aprouechar | quādo fuere menester todo en lengua | Castellana: cōpuesto por un frayle de sant Hieronymo.

Con privilegio imperial. | M.D.XLI

El final ó colofón dice asi.

Deo gracias: Fué impressa esta presente obra y nueua inventciō de Rhetorica en romāce á loor y alabança de nrō señor Jesu-Christo y de su gloriosissima madre en la muy noble villa y florentíssima vniuersidad d Alcalá de Henares en casa de Joā de Brocaría ocho dias del mes de Febrero: del año M.D.XLI.

Una epístola que dirige el impresor Juan de Brocan al Muy alto y muy poderoso príncipe y señor nuestro Don Felipe de Austria, justifica la necesidad de la Retòrica castellana.

Muchos libros (dice) salen á luz, d

licía y gobernación, de buenas costumbres, de vanidades sobredoradas, de historias de reyes y vidas de santos, y también de malos ejemplos y tratos deshonestos, hijos unos de vana soberbia y torpe malicía, y otros de mundano orgullo y de sana intención. Sin la abundancia de escritores, que van los más por el sendero recto, se hubiera desgraciadamente extinguido la viva luz de las ciencias, que, desde los atenienses y romanos, y por entre el agua y el fuego de guerras, herejías y persecuciones, ha llegado resplandeciente hasta nosotros. Y en medio de tal riqueza y variedad de libros, parece oportuno y conveniente haya una «Retórica en romance, cuyo argumento no menos es necesario que nuevo para nuestra lengua castellana, la que siendo tan polida, tan limada en sus vocablos y abundantísima dellos, bien es que allende la experiencia, la cual no pueden todos alcanzar, tengamos documentos, reglas y algunos avisos para saber disponer los vocablos, aprovecharnos de muchos colores y secretas maneras de hablar, y al fin saber colocar cada cosa en su lugar.» Porque no basta que en griego, y aun mas en latin, existan muchas retóricas: bueno es que las haya tambien en lengua castellana, lengua no menos abundante que las otras

en las maneras de hablar, «y por eso satisfaciendo una verdadera necesidad, un Reverendo Padre Jerónimo «recopiló de Tra»pezuncio, Hermógenes y otros retores grie»gos, de Tulio, Quintiliano, y otros moder»nos autores latinos, este volúmen y *Arte* »*de Retórica* y lo aplicó á la lengua castella»na, para que en ella sepamos bien hablar »y conozcamos quien habla y escribe bien.»

Así dice el editor, conforme con el autor sobre todo en sus apreciaciones y alabanzas á la lengua que ya se honraba con las bellezas literarias de Hernando del Pulgar, de Juan de Mena, de D. Enrique de Villena, de la «comedia de Calixto y Melibea,» de Torres Navarro y otros que se citan en la Retórica.

Un ilustrado humanista, *Ioannes Petreivs toletanus,* celebra en buenos versos latinos la obra patriótica que abre al pueblo caminos antes franqueados solamente á los poseedores del latin ó del griego. Donoso es, por cierto, encomiar en idioma latino un triunfo del castellano; pero sin fijarnos en la contradicción del hijo ilustre de Toledo, recogeremos sus elogios al modesto religioso, que, «con elegancia, propiedad y concisión,» enseña los elementos del arte de bien decir. Algunos hombres creian «que esas antiguas dísciplinas (fábulas, historias, comedias.....)

se encerraban únicamente en el recinto de las dos lenguas sabias.» El fraile jeronimiano es el «único que se atreve á romper los hierros de la cárcel, y á llamar al vulgo al trato íntimo con estas artes nobles...., y, mostrándole sendas nuevas, tan pronto ha llegado á la cima, que los que vienen detras en su seguimiento tendrán muy poco que añadir á su obra.»

Sin creer en la perfección de la primer Retórica Castellana, es innegable su utilidad ya á los que se dedican á pleitos y litigios, aunque, (lo confiesa el autor), la actual «manera de procesar sea diversa de la antigua;» ya á los «que amonestan al pueblo con sermones y predicaciones;» ya tambien á los que trazan y escriben «libros de buena doctrina» pero sin estilo ni método; y ya, finalmente, á los que envian «cartas mensajeras,» y en el «hablar familiar» desean hacerlo clara y correctamente; porque es insuficiente, para llegar á ciertos fines, «el buen natural y la retórica que cada uno de suyo tiene,» y, sin duda alguna, «no hay natural, por bueno que sea, que no pueda ser mejor ayudándole con el arte y diligencia....» Los grandes oradores Demóstenes y Ciceron, con ser hombres de muy claro entendimiento, «se quemaron las cejas deprendiendo hasta la menor particularidad»

de su arte y en sus libros demuestran que la conocian, San Jerónimo, San Agustin y San Juan Crisóstomo.

¿Quién es el *desconocido* autor de la primer *Retórica Castellana*?

En su carta-dedicatoria, el editor complutense asegura que el virtuoso escritor, movido por la caridad (ó misericordia de enseñar al que no sabe), y no excitado por la insanable locura de escribir por escribir, promete, si esta Retórica halla buena acogida, ocuparse mas adelante «en cosas de mas alto tomo y provechosas á la cristiana república.»

¿Cumplió esta especie de promesa el retórico jeronimiano?

Publicó, efectivamente, otras obras, y de todas ellas, sin excluir la Retórica, se saca el nombre del autor, *Fr. Miguel de Salinas*, que (segun el historiador de las Ideas Estéticas) dió á la imprenta un libro *Apologético de la buena y doc'a pronunciación*, que el Brocense, con evidente severidad, llama «fétida y ridícula defensa de la pronunciación bárbara y gótica.»

Para acabar de medir los alcances de la primer Retórica castellana no es impertinente formar un índice de sus reglas, la primera de las cuales, recomendada por todos los preceptistas, antiguos y modernos,

es «usar de las reglas del arte con tal disimulo que no se conozca el arte, como si todo saliera del natural.» Para conseguirlo, importa mucho «poner por ejercicio hablando ó escribiendo lo que deprendiere.»

RESÚMEN-INDICE de la obra.

Definición de la Retórica. Fin ú objeto del retórico.

Géneros de causas.

Partes en que el arte retórico se divide.

De la invención.

Exordio.

Narración.

Circunstancias de la persona.

Id. de lugar, tiempo, etc.

Manera de dar cuenta de la cualidad y particularidades de la persona.

Pintura del lugar.

Idem del tiempo.

Narración de cualquier cosa en general.

División.

Estados.

Estado conjetural.

Estado legítimo.

Estado jurisdiccional.

Razón, firmamento y judicación.

Género demostrativo.

Género deliberativo.

Exhortación.

Consolación.

Petición.
Género judicial.
Confirmación.
Confutación.
Conclusión (epílogo).
Amplificación.
Afectos.
Disposición ú orden.
Elocución.
Figuras (retóricas).
Memoria. (Recomienda, para la «artificial» el arte de Pedro de Ravenas.)
Pronunciación.
Suma de la Retórica.
Una forma para poner por ejercicio las reglas de esta Retórica.
Tratado de dilatar la materia con palabras y sentencias y otras cosas cuando fuere necesario. Tiene dos partes: una de la abundancia de las palabras y otra de la abundancia de las cosas.
Forma que se debe tener en sacar los ejemplos y sentencias de los autores que se leen, de manera que se apliquen á todos los propósitos que pueden hacer y se pongan por órden que de suyo se ofrezcan cuando fueren menester.—

Tal es el *índice-resúmen* de este libro, que el buen fraile, como se ve, ha querido hacer práctico y útil á los oradores.

La historia de la elocuencia sagrada en España (rama de la literatura que espera cultivadores) recogerá de la Retórica de Salinas un dato curioso sobre el *thema* puesto al frente de los sermones. Merece consignarse, para cerrar este pesado artículo:

—...«Agora, en este tiempo, (escribe el fraile) no es sermón el que no tiene una salutación—que dicen comunmente—en que se detienen poco menos que en todo lo demas; y tiense por costumbre hacer principio del sermón por una autoridad de la Sagrada Escritura que se dice el *thema*: lo cual, aunque los doctores antiguos usaron algunas veces, no ordinario como agora; porque pensaban la cualidad de lo que habían de tratar y sí al propósito de la materia tenían una autoridad de la Sagrada Escritura, ponianla por thema, como es, queriendo persuadir á misericordia, tomarían por thema lo del Evangelio. «*Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso: Misericordia quiero, y no sacrificio*» *etc.*, y procuraban de apropiar lo que decían al mismo propósito, y era facil de hacer, y aun habiendo esto muchas veces, dejaban el thema; en este tiempo no: siempre ha de haber thema, y parece gran cosa á algunos si viene de allá muy lejos, fuera del propósito, que, ó le dejan sin aplicarle y declararle, ó

por aplicarle primero á la salutación, y despues á la otra parte del sermón, á diversos propósitos, le vuelven de mil colores á él y á otras autoridades de la Sagrada Escritura, traidas por fuerza y como arrastrando, hasta que á ellos les parece que cuadran; ó que los que oyen piensan que cuadran, y muchas veces no en muy buen sentido, aunque todo se pueda sofrir, no creyendo que han hecho poco.»

Consta, pues, la fecha en que llegó á generalizarse en España el uso y aun el abuso de los temas, bíblicos casi siempre, que hoy colocan imprescindiblemente los oradores sagrados al frente de sus discursos. (1)

Guadalajara—1883-84.

---

(1) El ejemplar que yo he registrado comprende en un solo volúmen la Retórica de Salinas y el *Demócrates* de Sepúlveda:

✠ Dialogo | llamado Democrates côpue | sto por el doctor Juan de sepulueda: capellâ y co | ronista de su C ‖ C. M. del empa | dor: agora nue / uamente in | presso... M.D.XLI—(Esta obra de la «conveniencia de la disciplina militar con la religión cristiana» está vertida del latin al castellano por Antonio Barba, srio, del cardenal Francisco de Quiñones.)

SOLEDAD

(ELEGIA).

Orilla de los grandes
rios de Babilonia,
colgadas de los sauces
las arpas silenciosas,
lloraba el israelita
las plácidas memorias
de la lejana patria
cuanto lejana hermosa.
Así en la triste orilla
del régio Manzanares,
la lira melancólica
del ignorado vate,
que evoca en su destierro
los granadinos cármenes,
en vez de dulces cantos,
despide tiernos ayes.
Parece que voy solo
cuando á mis solas ando
por las umbrosas calles
de bosque solitario;
pero doquier me siguen
amigos bíen amados
los vívidos recuerdos
de mis primeros años.

En arenosa playa
la mar serena duerme,
barquillas pescadoras
con ritmo igual se mecen,
sobre un monton de rocas
casas blancas se tienden,
y de un castillo viejo
la sombra las proteje.
No léjos, una hermana
de la morisca aldea
descansa en la pendiente
de la anchurosa cuesta:
nopales amarillos,
irguiéndose, la cercan,
y apenas le dan sombra
las bíblicas higueras.
Sierra de eternas nieves
corona el horizonte;
la curva de una rambla
por entre peñas corre,
y forman á sus lados
encajes y festones,
zarzas de moras negras
y almendros de albas flores.
En la colina roja
se tiende el campo-santo,
dó ni florecen hierbas,
ni se levanta un árbol,
y oculta negra losa
despojos adorados....

Otros ¡ay! tan queridos
guardan Genil y Dauro.
Al lúgubre recuerdo,
tan bello como triste,
otros ménos amargos
despiertan y reviven;
como al caer la piedra.
que las aguas divide,
se agitan en el lago
los adormidos cisnes.
¡Oh sueños juveniles,
que acaricié en la Alhambra,
al rayo de la luna
y al beso de las auras;
sueños de amor, cubristeis
la frente de esperanzas:
sueños de amor, pasásteis
como los sueños pasan!
Que cita allí se dieron
dos razas enemigas,
mezclando tras la lucha
su sangre y sus caricias,
y mujeres, á un tiempo
cristianas y muslímicas,
quedaron para eterno
recuerdo de la cita.
Las grietas de los muros,
los huecos de las torres,
tal vez dormidas notas
guardan de mis canciones:

si para despertarlas
esperan que yo torne,
¡que callen para siempre
sus apagados sones!
Que del hogar cerrado
ceniza fué la lumbre;
de la heredada viña
perdióse el fruto dulce;
de amor, familia y patria
se alejaron los númenes,
y en sus altares rotos
velan fantasmas lúgubres.
Sin norte en mi camino,
sin luz entre la niebla,
ya la ilusión perdida,
ya la esperanza muerta,
viajero extraviado
en medio de la sierra,
al borde de un abismo
me siento en una piedra.
Tal vez haya un lucero
para alumbrar mi noche;
pero hasta mí no llegan
sus vanos resplandores:
él brilla indiferente
en medio de los soles,
y en soledad oscura
se está muriendo un hombre!

Madrid—Abril—1882.

SERVENTESIO.

«El serventesio es una obra que se asemeja al verso y á la canción en dos cosas, la una con respecto á la medida de las coplas y la otra con respecto al canto. Por lo que toca á la medida, es preciso entender que puede tener la medida sola, sin las rimas ó con las rimas de las mismas palabras ó de otras palabras que tengan rimas iguales. Debe tratar el serventesio de vituperio ó de sátira en general para castigar á los necios y á los malvados. Si se quiere, puede tratarse en él cualquier hecho de guerra.» (*Leyes de Amor.*)

Los trovadores desempeñaban, en las estrofas del iracundo serventesio, la misión que los escritores modernos en las columnas del diario político. Censuraban con fiera acritud y plena libertad los personajes é instituciones mas augustas, influyendo en los acontecimientos, como se nota en la terrible lucha de los albigenses.

El trovador mantuano Sordel, deplorando amargamente la muerte de Blacás. su protector y amigo querido, finge distribuir, en

un serventesio, el generoso corazón del muerto entre los príncipes de su tiempo, que sin corazón vivian. Y estos barones y reyes que apellida ferozmente innobles y cobardes, eran San Luis, rey de Francia, Federido II, Emperador de Alemania, Enrique III, rey de Inglaterra, Jaime I el conquistador, rey de Aragón, Fernando III el Santo, rey de Castilla, el rey de Navarra y los condes de Tolosa y de Provenza. ¡No era corto de genio el amigo de Blacás! La audacia de Sordel tuvo imitadores en Beltrán de Allamanon, que distribuyó el maltratado corazón entre ocho damas linajudas, y en Pedro Bremon de Noves, que repartió el cuerpo entre varios pueblos á guisa de sagradas reliquias de un mártir.

¿Y este género de vehementes y atrevidas sátiras pertenece á la poesía lírica, ó á la didáctica como el apólogo y el poema didascálico? Es lírica, sin duda. Existe una sátira apasionada, que encendida y penetrada por el fuego del sentimiento personal del autor, sube del frio terreno de la didáctica á las tropicales regiones del lirismo. En estas regiones tempestuosas se caldea, por regla general, el áspero serventesio que, henchido de fiera indignación ó trnasido de pena y amargura, se levanta estallando en un canto de guerra, ó desmaya y cae en triste elegía.

Desde el primer trovador hasta el último, la raza de los poetas lírico-satíricos no se extingue: nace y muere con el genio de la Provenza. El conde Poitiers, acaso el más antiguo de los cantores provenzales; Pedro Cardinal, Juvenal de la Edad-media, que atacó con energía á los malos barones y á los malos clérigos; Pons de Capducil, que tomó la cruz y predicó en sus himnos la cruzada; Ramon de Miraval, que excita á D. Pedro de Aragon á no abandonar el campo del honor y de la guerra; Beltran de Born, el castellano de Autefort, blandiendo la lanza y la pluma con igual coraje; Astorg de Aurilac, enemigo furioso de las cruzadas; Sicar de Marjevols, Aymerich de Peguilhá, Guillermo Figuera y otros ciento escriben *sirventes* apasionados y fogosos, que tienen resonancia en la vida social, religiosa y política.

En coplas de arte mayor, vamos á traducir aquí un serventesio del famoso Cardinal, notable por el desenfado con que trata un dogma católico:

Nuevo serventesio yo quiero trovar
para que, en el día del último juicio,
lo escuche, en disculpa del humano vicio,
Aquel que del lodo nos quiso formar.
Si por pecadillos me vá á castigar,
mandándome al seno de la diablería,

le diré:—«Evitadme tan vil compañía,
perdón, Dios clemente, bueno es perdonar.
Yo nací en un siglo de ruines y bajos,
y pasé trabajos largos y violentos,
¿y es lógico y justo sigan mis tormentos?
Justo es que se acaben aquí mis trabajos.
Al oir los ángeles tales desparpajos,
acaso se admiren de franqueza tanta,
pero á la Justicia, que en Dios les encanta,
iré yo derecho sin buscar atajos.
Ni cálculo tiene, ni amor, ni clemencia
quien pierde las almas que puede salvar;
que á todos el cielo nos debe alcanzar,
en vez de expulsarnos con dura sentencia.
Las llaves de Pedro, su fé, su indulgencia,
decid, de qué sirven? De nada, por cierto:
igual es que tenga cerrado ó abierto
el átrio que guarda con rara paciencia.
Que á nadie se cierren las puertas del cielo.
No es Corte cumplida, ni plena victoria,
en tanto que algunos están en la gloria
que giman los otros en fúnebre duelo.
Tacaño es el príncipe, mezquino su anhelo,
si tiene un inmenso, brillante palacio,
que á todos bien puede coger en su espacio,
y cierra las puertas con rígido celo.
Que Dios al demonio coja y desherede,
y verá cual suben, libres y amorosas,
á las altas cumbres las almas dichosas,
sin que ni una sola por los valles ruede.

Amnistía á todos concedernos puede.
Si le sobran premios ¿á qué dar castigos?
Libradnos, Dios santo, de los enemigos,
y hollada en el polvo la injusticia quede.
Yo en vos deposito toda mi esperanza?
Señor, pues sois árbitro de mi oscura suerte,
y espero que dulce llegará mi muerte,
con la fè en la eterna bienaventuranza.
Si vuestro divino perdón no me alcanza,
volvedme á la nada de dó fuí sacado:
sin haber nacido no hubiera pecado,
que al mal y al desórden la vida nos lanza.
He sufrido tanto desde niño tierno,
y gocé tan poco, siendo mozo y hombre,
que atroz injusticia será que os asombre
prolongar mis penas allá en el infierno.
Libradme, oh María, del cruel averno,
que siempre oye el Hijo la voz de su Madre;
y los hijos todos y todos los padres
con San Juan disfruten del amor eterno.

Sabor herético, diría un teólogo calificador, que tienen las frases humorísticas del famoso Cardinal, que fué durante su vida un látigo fustigador de los malos hombres y de las malas obras; pero el maestro del serventesio moral, como Beltran de Born lo fué del político, al dejar su canonicato por el laud del trovador, no parece abandonó también las creencias religiosas, sinó que se lanzó desatinado en pos del amor y de la

verdad. El satiriza rudamente á los sacerdotes perversos:

«*Los clercs se fan pastor*
et son aucissedor...»

pero invoca igualmente á la Vírgen María, «vida verdadera, verdadera fé, virtud, gracia, amor.....»

«*Vera vérgene Maria...*»

Y si decimos que huele á dulce herejía el serventesio traducido de Cardinal, heréticos deben ser los versos de Campoamor á Leon XIII con motivo de su jubileo sacerdotal, y fueron incluidos, sin embargo, en el álbum que los escritores católicos de Madrid enviaron al *Pontífice poeta*. A uno y otro dedica el autor de las humoradas esta intencionada semi-herejía:

«A ser papa, yo, en nombre del Eterno,
á todo pecador absolvería:
luego, como poeta, entonaría
un himno á la clausura del infierno.»

En el siglo XIV, según el historiador de los heterodoxos españoles, había cándidos que buenamente creían en la augusta filiación y santa misión de Gonzalo de Cuenca. Este celestial Gonzalez era hijo del Eterno Padre, y, en el día tremendo del juicio final, rogaría por los pecadores y condenados, y todos sin escepción quedarían salvos y libres del infierno y de los demonios. Ya vé el

bondadoso D. Ramon que los *gonzalistas* se le adelantaron en el camino del perdón y de la ternura universal.

El serventesio de los trovadores, como dicen *Las leyes de amor*, (Poética de aquellos provenzales) es la canción satírica de la Provenza. Tiene un defecto radical: que desciende al personalismo, sin elevarse casi nunca á la región serena de las ideas y de las creencias religiosas y políticas. Es *barón* y *varón* más recto, no el más ajustado á las prescripciones de la moral, sinó el protector más generoso de los poetas, que hacen de sus cantos un *modus vivendi* y un *ars amandi.*

Aunque escrita con alguna exageración, la *Sátira Provenzal* de Coll y Vehi demuestra esa verdad. Si el serventesio es himno guerrero y artículo político, más veces es solicitud de honores y empleos. Lo que Ramón de Miraval decía al juglar Bayona:

«Pobre estás y mal vestido,
más yo te haré un serventesio,
que te valdrá, si lo cantas,
ricos trajes y dinero.»

Madrid.—1888.

BRINDIS

Á LOS POETAS CORDOBESES.

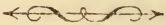
Desceñidas ya las ropas,
y abrasando la cabeza
sacro ardor,
alzad las hirvientes copas,
y brindad por la belleza
y el amor.
Pobre y errante avecilla,
envidio de vuestras galas
el encanto,
del Bétis cruzo la orilla,
plego un instante las alas,
bebo y canto.
Brindemos, hermanos mios,
poetas y trovadores
de esta tierra,
por sus campos, por sus rios,
por sus auras, por sus flores,
por su Sierra.
Por las gracias ínfinitas

de las árabes bellezas,
bautizadas,
que, al rezar en las mezquitas,
de Aláh sienten las grandezas
eclipsadas.
Por esos bravos que, fieles
á la sangre de los moros,
la hermosura
rigen de nobles corceles,
y domeñan de los toros
la bravura.
Por el calor de los vinos,
dó posan átomos rojos
las campiñas:
que. ardientes y purpurinos,
fuego roban á los ojos
de las niñas.
El Montilla diz entraña
de los huertos andaluces
el olor,
el hierro de la montaña,
del mediodia las luces
y el calor.
Y del diáfano Montilla
es el encendido mosto
placentero,
aunque late en él y brilla
todo el calor del Agosto
prisionero.
Entre líquidos rubíes

de las copas cristalinas,
sueño vago
adivina las huríes,
como pálidas ondinas
en un lago.
Y de mágicos espejos
fantásticas imposturas
no son esas;
que yo he visto á sus reflejos
la faz de las hermosuras
cordobesas.
Ví en las ondas intranquilas
asomar de dos centellas
el claror,
y aun dudo si las pupilas
eran pupilas ó estrellas
del amor.
Del vino entre los sonrojos,
dos ojos negros..., sin calma
miré inciertos...,
¡rayos, tal vez, de esos ojos
que llevamos en el alma
siempre abiertos!
El viento mece en las frondas,
á la vez, pájaros, nidos,
y canciones,
y así agítanse en las ondas
cantos y sueños perdidos...
¡ilusiones!
Si el vino, que es dios, me inspira,

y el amor,númen divino,
si los dos
pulsan acordes mi lira,
cantando el amor y el vino
canto á Dios.
Brindemos, hermanos mios,
poetas y trovadores
de este suelo,
por sus campos, por sus rios,
por sus niñas, por sus flores,
por su cielo.
Desceñidas ya las ropas,
y abrasando la cabeza
sacro ardor,
brindemos, llenas las copas,
por el arte, la belleza,
y el amor.

Córdoba—Julio—86.



La Musa Gallega.

Galicia, hermosa tierra, salió ya de su apatia y colabora en el progreso general. No lleva al hombro la cuba llena de agua para calmar la sed de Madrid: ha encontrado la fuente en su propia casa.

En muy pocos años, su lengua ha adquirido extraordinario desarrollo. Su literatura ostenta ya el primor de las flores y la madurez de los frutos. Es una escuela regional que sigue en importancia á la de Cataluña.

Lo evidencia la calidad y el número de su producción científica y de su obra poética. Victor Lopez Seoane há dado á conocer la historia natural de Galicia, (1861-84), publicando preciosos estudios de la «fauna gallega» en general, de la «fauna mastológica», y de los «reptiles y anfibios» del suelo gallego, despues de ofrecernos, bajo los auspicios de la Real Academia de Ciencias, el «Catálogo de las aves de Andalucía.»

La historia, propiamente dicha, de los gallegos, («semejantes,—dice Murguía—á los antiguos celtas, duros como el hacha de

bronce de que se servían, iguales al fiero germano con quien mezclaron su sangre,») es una historia interesante, casi labrada ya por las manos de Barreiro, Saralegui, Vazquez, Vicetto, Murguía y otros escritores. Acomete Barreiro la investigación de los brujos y astrólogos perseguidos por la Inquisición en Galicia; L. Saralegui se remonta á las nubes de la época céltica; A. Vazquez entretiene sus ocios determinando curiosas efemérides; Platas y Alvarez de la Braña se fijan en la estadística y geografía de las cuatro provincias; Vicetto se atreve á escribir un prolijo ensayo de historia regional; y Manuel Murguía, con rasgos de imaginación que ocupan á veces el lugar del juicio, vá trazando la historia general de Galicia, excelente á pesar de todo.

Los tipos, las costumbres, las leyendas del país, encuentran pintores que las dibujen fiel y delicadamente. La célebre novelista Emilia Pardo Bazan, en algunas de sus novelas (*El Cisne de Vilamorta*) copia seres reales y vivos de su hermoso país, como hace Pereda en casi todas las suyas, admirables por la creación y verdad de todos sus caracteres. Otras veces, la insigne escritora se asocia á otros artistas, y confecciona y aliña la «Menestra de tipos populares de Galicia.» Murguía publica las

«Semblanzas galicianas,» y Segade y Ogea cuentos varios, que el segundo apellida «*célticos*.»

Es la tendencia local á restaurar el tipo galáico, aunque sea hundiéndose en el abismo de la arqueología. De esas profundidades se levanta el «*idioma gallego*», como le llama Antonio de *la Iglesia*, penetrando en su oscura antigüedad y marcando sus épocas y vicisitudes. Nada menos que al siglo VI de J. C. dilata los términos del idioma galiciano, colocando á modo de jalones en el camino de la historia, apólogos, cuentos, refranes, *adiviños*, cántigas, romances y otros documentos literarios, tales como versos de Alvarez de Villasandino (s. XIV); obras de Alfonso el Sabio (s. XIII); el fuero de La Coruña (-1157-1188-); el foro del monasterio de Arnoya (-1016-) un epitafio románico de la villa de Noya (-966-); el romance del Figueiral (s. VIII) el tratado de las costumbres ibéricas (s. VII); y los Cánones y Capítulos Eclesiásticos de San Martin Dumiense (s. VI).

Y la pluma de La Iglesia no es la única que ha tratado del idioma hablado hoy «por quince millones de habitantes diseminados por todo el globo.» *Galicia*, revista de aquel reino, editó en 1863 el «Diccionario gallego-castellano» de Francisco Javier Rodriguez.

Un año despues, Francisco Mirás imprimió su «Gramática» y «Vocabulario.» De 1868 es la «Gramática gallega» de Juan Saco de Arce. De la misma fecha «El habla gallega» de Juan Cuveiro Piñol, que estudia el origen y vicisitudes de su lengua patria; dando á luz, en 1876, un diccionario; y otro no menos curioso, en 1885, Marcial Valladares; movimiento filológico que demuestra la creciente prosperidad del gallego, que es cada día más apreciado, y será conocido y estimado de todos los españoles el día que se multipliquen las colecciones selectas de sus autores ilustres. Ya en 1882, Portela Pérez hizo la «Colección de poesias gallegas d' alguns autores.» López Corton restaurando en La Coruña los juegos florales, (1861), dió el primer ejemplo en su «Mosáico poético de nuestros vates gallegos contemporáneos.» Y ahora mismo (Agosto, 1888) continúa en Vigo el gusto por los certámenes, que, desgraciadamente, produce menguados frutos.

Con y sin el estímulo de estas contiendas intelectuales, la musa regional de Galicia, ya popular, ya culta, quiere acreditar la especie de T. Braga acerca de haberse elaborado allí «la tradición lírica propagada »á los demás paises de España, como ya »notó en el siglo XV el marques de San»tillana...»

El pueblo recita ó canta todavía romances de *Don Aleixo,* de *Doncela que vai á guerra,* y de *Os Nadales:*

«Caminando vai a Vírgen Maria
San José levaba en sua compañía.»

La lira gallega modula dulcísimas cantigas, que llaman *alalás*, *muiñeiras*, *aninovo*, *mayos*, *cantar de pandeiro* etc , etc.

Pérez Ballesteros en su *Cancionero*, nos brinda preciosos cantares. De Lugo:

«¡Ai! has-de cantar, mininha solteira,
¡ay! has-de cantar ala n'a ribeira.»

La *ruada* se entona al son del *pandeiro*, y al compas de las *alegres conchas* de Ossian, dice Murguía, y es la continuación admirable de la *triada céltica*, metro por excelencia gallego, segun Costa, uno de los *celtistas* más ilustrados.

«O pandeiro toca ben,
a ferreñas fanlle o son;
vivan os que amores ten.»

Terceto que aparece en conjuros, adivinanzas y otras formas tradicionales del pueblo, y que se conserva en la *soleá* gitana.

El *ataruxo*, grito que se suelta en medio de las cantigas, resuena en las cañadas y cerros, repetido por los campesinos al emprender de noche algun viaje. ¿Es el *renchilido* de Asturias?

¡Y qué dulcemente melancólico es el canto

de la nostalgia! La *morrinha* de los gallegos ausentes de su querida patria, se manifiesta en estrofas líricas de ternura y suavidad inimitables:

«¡Airiños, airiños, aires!
¡airiños da miña terra!
¡airiños, airiños, aires!
¡airiños, leváme á ela!

La poesía galáica, subiendo del pueblo á las clases más elevadas y cultas, ha adquirido carácter literario ya indiscutible. Los *Precursores*, los *Escritores gallegos*, y la *Historia de la literatura gallega*, entre otras obras de esta índole, lo evidencian. Ya en 1840-43, emite vivos resplandores la pléyade literaria de Santiago.—*Faraldo*, de Betanzos, brillaba entre los astros menores, y, sin embargo, era buen poeta este hombre político, que unía, como Lamartine, en su ardiente corazón sentimientos religiosos y aspiraciones revolucionarias. *Aurelio Aguirre* es más querido de las musas que lo fué de las bellas cordobesas *The gentlement Aben-Humeya* (firma del enamorado Faraldo en Andalucía) Aurelio hijo de Agustin Dios y de una señora vascongada, fué liberal como su padre, apodado *Dios-No* por la exaltación de sus ideas; pero, aunque en la revolución del 54 fué predicando de taller en taller libertad y democracia, no aban-

donó las creencias católicas de su madre. Ni republicano ni hereje quiere ser en su enérgica poesía «*A mis calumniadores.*» Sus compañeros de Universidad, en 1857, le obligaron entusiasmados á imprimir atropelladamente sus *Ensayos Poéticos.* Pero el estudiante del último año de derecho, el artista veleidoso, unas veces pintor, otras comediante, siempre poeta, amó y cantó «*A una huerfana,*» que conoció en Vigo, y estos amores fueron la causa ocasional de su temprana muerte. Despues de visitar á su novia, en el estío de la publicación de sus rimas, se encaminó á la playa de San Amaro. Se bañó y encontró su tumba en el Occéano. Aunque de 25 años sucumbió el poeta, formó escuela poética el *aguirrismo. Eduardo Pondal* es otro bardo de Galicia, ó, con más propiedad, es *el bardo,* que pulsa la *rotta* de los cantores celtas en la áspera tierra de Bergantiños, en la soledad del campo, donde la marea confunde las olas del mar y las del rio, al ronco murmurar de las aguas y á los rumores del pinar de Tella. Si por *Queixumes d'os pinos* es célebre Pondal, su popularidad como bardo gallego data de *La campana de Anllons,* que vibra con el adios melancólico del *bergantiñan* á los seres inanimados de su tierra. Dicen que está escribiendo con el título de *Eoas*

el poema del descubrimiento de América. ¡Ojalá tenga mas acierto que tuvo en su Colon el poeta de las doloras! *Benito Vicetto*, hijo de un contrabandista italiano, y de una gallega tan dura como su esposo, fué altivo, agreste, dado á las emociones fuertes, como sus padres. De esto y de su vida errabunda y solitaria, nacen sus caracteres distintivos. De ahí su *Caballero de la cruz verde*, novela romántica, y su *Victor Basben*, autobiografia en que la imaginación novelesca se sobrepone á la verdad histórica, y, sobre todos sus libros, *Los hidalgos de Monforte*, novela histórica, desordenada, de duros contrastes, de interesante acción y de acentuado *galleguismo*. Sobre las figuras sombrías creadas por el apasionado novelista, víctima de una mujer sin corazón, flota una visión luminosa, ideal, que robó al cielo azul y claro de Andalucía: es *Ildara*. ¡Ildara! En oposición á la torpe dama que amargó y nubló muchas páginas de su vida, imaginó un ángel para iluminar las páginas de sus libros. Vicetto no fué nunca amigo, sino rival del ilustre *Murguía*, otro de los creadores de la literatura gallega, prosista castellano que escribe poesías lamartinianas en prosa, literato docto que tuvo la dicha de enamorar y enlazarse santamente con la más simpática y genial de las poetisas gallegas. Tal fué *Rosalia*

Castro, que es una de las musas regionales conocida fuera de su país. Sus «*Cantares gallegos*» (1863), que tuvieron en Cataluña extraordinaria resonancia, engendraron al fin y al cabo en Galicia una falange de poetas. Un excelente escritor, Pastor Diaz, iba á escribir el prólogo de los Cantares, pero la muerte no le permitió consignar en él su amor á las literaturas regionales. Así como al frente de las poesías de Zorrilla escribió la defensa apologética del romanticismo, asi al frente de los versos de Rosalia deseaba estampar el elogio de las escuelas poéticas hijas del espíritu local. Canalejas no veía en la poetisa de los cantares gallegos sinó una esperanza de la lírica española; Pastor Diaz descubría la aurora de un sol nuevo en los cielos del arte. En los cantares está la poesía del pueblo; en *Follas Novas* hay más, algo de la melancolia heiniana, el tono agri-dulce, el modo elegiaco-satírico, el humor del vate franco-aleman. *En las orillas del Sar*, (cantado también por Rosalia) debe existir el vapor, la niebla, la bruma de las orillas del Rin.

Más, muchos más poetas describen hoy en gallego ó en castellano las cosas de su tierra; pero, en la imposibllidad de enumerarlos todos, quiero cerrar estos párrafos con el nombre de *Curros*. En mi humilde

opinión, Galicia no le tiene más grande. ¿Qué importan sus inclinaciones heterodoxas? Es gran artista, y buen gallego, cantando el *hogaño* y renegando del *antaño* con demasiado fervor. El lenguaje gallego brilla libre de prosaismos y barbarismos en las cántigas de Rosalia Castro; en las de Curros Enriquez se enriquece con frases y giros de Portugal, tesoros que son de la familia y no se roba al utilizarlos. En 1880 se publicaron los *Aires d'a miña terra:* en 7 ú 8 años se han agotado tres ediciones,=rara avis en España donde los versos, aun los mejores, no tienen más salida que las bibliotecas surtidas por el ministerio de Fomento.

Esta escepción hace el elogio de la literatura gallega, donde, además de los mencionados, pero sin la inspiración de Curros, lírico de los mas altos de España, se aprecian otros poetas: *O. Muruais,* el de las «Semblanzas;» *Jesus Muruais,* el de los cuadros de costumbres alegres y humorísticos; *Teodoro Vesteiro,* autor de lindos *versos; Francisco Mirás,* con su poema «Creación y Redención;» *A. Fernández Morales*, que hizo ensayos poéticos en dialecto berciano; *Benito Losada*, el de los festivos «*Soaces d'un vélho*»; *F. María de la Iglesia*, que vió en La Coruña, año de 1882, representar el primer drama escrito en gallego «*A fonte d'o xura-*

mento,» y otros que, como alguno de los citados, ya no pertenecen á este mundo.

Dígase ahora si el renacimiento de la musa gallega es ó no fenómeno extraordinario. Que no merece el desden de los vates cortesanos, está fuera de duda. Sí será fugaz ó duradero tan extraño florecimiento, ya es más discutible. Y, en fin, que detras de ese regionalismo literario asoma el rostro un separatismo político, digno de las burlas ó de las iras de los poetas castizos, tampoco merece discutirse. Murguía sueña con una Galicia autónoma, *sui juris*, que, ni falseando violentamente los hechos históricos, ha existido nunca, ni existirá en los siglos futuros, como no se descomponga en *taifas* semi-salvajes la España actual. No caminamos á la pulverización político-social, sino á la descentralización económico-administrativa. Prosperen y florezcan los pueblos y tendran arte y literatura propias. La musa gallega ¿qué significa? Que Galicia, merced á las corrientes de la civilización, despues de cubrir las necesidades materiales, se dedica á los goces de la inteligencia.

La poesía es la flor de la cultura.

Córdoba—87-88.

MI SIGLO.

HIMNO.

Resuene ya mí cántico
al siglo en que he nacido:
mi voz no es la del pájaro,
que oculto vé su nido
de ruinas melancólicas
en lóbrego rincón.
Amo los campos fértiles,
los caudalosos rios,
y no los bosques tétricos,
do agrestes y sombríos
asilo dan los árboles
al tigre y al león.
Otros de oscuras épocas
canten el rudo imperio:
las catedrales góticas,
el sacro monasterio,
y el monje que las crónicas
deletreando está:
del tajo en ágria cúspide
surge feudal castillo,
y allá en la vega escúchase,

no el blando caramillo,
sinó de trompas bélicas
furioso resonar!...
Las olas de los bárbaros
ya mansas se tendieron,
y de sus fieros ímpetus
los pueblos resurgieron,
cual islas de madréporas
del seno de la mar.
Vegetación espléndida
sobre las islas crece:
sus flores besa el céfiro,
y el sol, que resplandece
en cielo azul, sus ósculos
purísimos les dá.
¡Oh, bellas metamórfosis
de la gentil poesia!
Verdades sois, no fábulas,
que Ovidio os soñaría
de edad futura símbolos,
signos de su esplendor.
En el peñón del Cáucaso
no gime Prometeo:
el fuego que á los númenes
robó, ya es su trofeo,
y anima el grande espíritu
de un siglo redentor.
Salió el feroz Encélado
de su caverna ardiente:
ciñó armadura férrea,

al cielo irguió la frente,
y le mostró su cólera
con estridente voz.
Mas el titan indómito
doblégase á la ciencia:
silba, ruge frenético,
se agita de impaciencia,
y devorando obstáculos
despéñase veloz.
Vedlo! Corcel flamígero
cruza, arrojando espumas,
las simas y los túneles,
las sombras y las brumas,
y de las sierras ásperas
se precipita al mar.
De nueva forma vístese,
y al piélago se lanza:
crugen sus recios músculos,
y, á su brutal pujanza,
se irrita el padre Occéano
para abatirse más.
Las piedras hoy trasfórmanse,
no en hombres, en ciudades:
límpia de mónstruos Hércules
las bravas soledades,
y arrullan blandas tórtolas
donde silbó el reptil.
Junto á los templos místicos
que incienso vago azula,
surgen las negras fábricas

donde el vapor ondula,
y del taller y el órgano
se unen los ecos mil.
Rompió Mercurio alígero
su inútil caduceo;
que al palpitar América,
escucha el europeo
por medio del Atlántico
un mundo palpitar.
Por nervios mil eléctricos
rayo fugaz serpea,
y, en alas del relámpago,
van la triunfal idea,
de ardiente amor el ósculo
y el lloro maternal.
En vano Atrópos rígida
corta el vital aliento:
dormido en caja ebúrnea,
nuestro postrer acento
espera en ecos póstumos
feliz resurrección.
No entera al negro túmulo
desciende ya la vida:
cual á conjuro mágico
latiendo estremecida,
de entre cenizas áridas
saldrá la humana voz.
A la región etérea
el sabio vuela, y sube
por cima de las águilas

á la encendida nube,
do truenos y relámpagos
forja la tempestad.
Y baja á las recónditas
cavernas, y sorprende
al misterioso Espíritu,
que con su soplo enciende
inextinguibles lámparas
de resplandor vital.
Que de la vída el hálito
respira en el acento
con que el agudo cínife
rasga fugaz el viento,
y en el girar armónico
del globo sideral.
Y seres hay sin número,
bajo la ley divina,
en los sutiles átomos
de gota cristalina,
y en los hirvientes piélagos
del cerco terrenal.
La tierra sus recónditas
entrañas seculares
abre, y sus pliegues últimos
las olas de los mares:
de las espumas cándidas
Vénus sale otra vez.
Y los primeros gérmenes
de tierras y de cielos,
de la materia cósmica

desgarran ya los velos,
mostrando los orígenes
del ser y del no ser.
Ladrillos son las páginas
de asiáticos imperios:
rompen los hieroglíficos
sus claves y misterios,
y salen voces mágicas
del seno de Babel.
Los patriarcas bíblicos
retornan á sus tiendas;
sumergen á Pentápolis
olas de fuego horrendas;
y entre diluvios plácida
vá el arca de Noé.
Ya el Africa no es virgen
que, en soñolienta calma,
las horas pasa inútiles
del brazo de una palma,
soñando, ociosa náyade,
lagos de leche y miel.
Que ante el Colón británico,
de amor y ciencia lleno,
mostró la virgen líbica
su no tocado seno,
y es ya amorosa cónyuge
y madre tierna y fiel.
Honda erupción volcánica
logró fundir al cabo
el cetro de los déspotas,

los grillos del esclavo,
temblando las Pirámides
al ruido del volcan.
Del Vaticano al Gólgota,
y desde el Tajo al Neva,
tempestuosa ráfaga
canto de gloria lleva:
es la canción unísona
que dice *¡Libertad!*
Canción de voces múltiples
al siglo que yo canto!
¡Cantad, siervos y mártires,
cantad el himno santo,
que el himno de las víctimas
es grato siempre á Dios!
Y á Dios en notas célicas
se alce magestuoso,
no el grito de la cólera,
sinó el cantar hermoso,
que vuela con los ímpetus
de libertad y amor.

Madrid.—1886-87.

NOCHE-BUENA

Virtudes de bohemios.—Gusanos que tejen ilusiones.—Faccios primitivos.—Melodías extrañas—El tronco de encina.—Recuerdos melancólicos.—El potaje.—Felicidad del gallego.—Trovadores sin arpa.—Ricos y felices.—Versos dedicados á Alarcon.—Luchas secretas.—Alegraos.

Los que, alejados del hogar paterno, veis acercarse la Noche-Buena en el gabinete frio, estrecho y oscuro de la *casa de huéspedes*, tened paciencia, que de ménos nos hizo Dios, y la resignación y longanimidad son virtudes creadas exprofeso para los *bohemios* que arrastramos la vida pecaminosa por las encrucijadas de la Córte.

Paciencia y barajar. Ya se han levantado los montones de frutas escarchadas, los puestos de turrones y peladillas, las tiendas de peros, roscos, mazapanes y otras *ilusiones* tentadoras del estómago. ¡*Ilusiones*!...

Sí, á la verdad, porque no se han inventado esos caprichos de la dulcería para los míseros y vagamundos idealistas que soñamos con el néctar de los dioses, ó con las

lágrimas del alba, á falta del pavo trufado ó del jamón de Trevélez.

Salgamos de nuestro capullo, gusanos que tejemos en la soledad la áurea red de esperanzas irrealizables; salgamos á respirar el aire fresco, glacial de Diciembre, aunque se hielen nuestros sueños, encendidos como la grana, y nuestro pecho desabrigado como un carámbano.

¡A la calle! Vamos á soñar en medio de la plaza de Santa Cruz ó de la Carrera de San Jerónimo, ya que tenemos la no envidiable fortuna de soñar despiertos en esta Babel donde, mas que en otra parte, *la vida es un sueño....* de locos.

No hagamos caso del ruido de sonajas y tambores que nos acomete y asedia. No es serenata ofrecida á la olímpica majestad de un político soberbio por los admiradores de su talla *bismarckiana*. Es, sencillamente, alegre cencerrada de chicuelos alborotadores, que se acuerdan de los pastores de Belen, Faccios primitivos que no conocieron más que el rabel y la zampoña, y el balar de las ovejas y el bramar de los torrentes.

Algo mejor resonaría esta noche en los oidos del alma la orquesta jubilosa de zagales y pastorcillas en el seno de los valles, que las árias del Teatro Real, coreadas por los silbidos de la muchedumbre.

El aire del campo tiene melodías estrañas que no producen jamás el agudo violín, el severo violón ó el dulce violoncello. La flauta de cañas sonando en las gargantas del campo es delicada como susurro del aire en las hierbas ó tierna como suspiro de vírgen enamorada.

Esta, gentil y hermosa, baja con su rojo corpiño de la colina vestida de blanco. No es que la nieve ha coronado las lomas: es que los almendros en flor blanquean como estrellas de hielo en los alrededores de la aldea.

¡La aldea! Su campanario se destaca, vigilante centinela, sobre las casas apiñadas. Puntos luminosos interrumpen las sombras de la noche.

«Por la vecina calle
pasa la multitud, canta, vocea,
y hasta que ronco estalle,
el esquilón voltea
de júbilo en la torre de la aldea.»

La Noche-Buena es un festival que ni el de París. Se cena fuerte y se bebe mas fuerte aún. Se tiende en la anchurosa chimenea un enorme tronco de encina: llamas azules rodean el pedazo de árbol desde el crepúsculo vespertino hasta la hora en que anuncia el gallo el crepúsculo de la mañana.

Al amor de la lumbre se reune la familia

entera: el abuelo preside la fiesta del hogar, en cuyo seno hierve un enjambre de nietezuelos juguetones, que prueban golosos de todos los platos antes de estar en sazón los garbanzos con bacalao y las natillas con canela. La conversación es animada, pero con un tinte de dulce melancolía. La bruma de los recuerdos embellece el cuadro, empañando ligeramente sus claridades.

Se acuerdan del hijo que yace en el cementerio al pié de un sauce llorón, junto á la tumba del hermano querido; hay una palabra de compasión para el antiguo vecino, hoy marinero, que pasa la Noche-Buena en las temerosas soledades del mar; se bendice la memoria del cura de la aldea, fundador de una obra pia, que da cena suculenta y gratuita á los pobres de la parroquia; se habla de la carrera del estudiante, y se discute, en torno de la mesa, si ha de ser médico ó sacerdote, porque entre los pobres aldeanos no hay mas doctores que dos: los del cuerpo y los del alma; se disputa, en fin, si es lícito en dias de abstinencia de carne mezclar huevos con mariscos ó turrón con ensalada de ápio.

¡Felices aquellos que gozan, en la tranquilidad de sus costumbres patriarcales, de los amorosos recuerdos y sabrosos lacticinios de la Noche Buena! Si la comida es rústica;

si no está aderezada con los picantes galicismos de la cocina moderna; si el *menú* es el obligado potaje y el arroz con leche imprescindible, en cambio hay sentimientos de verdadero amor que sazonan el banquete comunicándole un sabor que no aciertan á darle las fondas y *restaurant* de la coronada villa.

Allí se come con extraordinario apetito; allí se bebe con delicia incomparable; allí se asiste á la misa del gallo con fé entusiasta y sincera; aquí... pasea el desterrado del hogar su famélico aburrimiento y su incurable nostalgia.

Aquí solamente es venturoso el gallego que se embriaga con vino peleón y se acuerda, entre sorbo y sorbo, de su choza y su *vaquiña*. Feliz en el fondo de su tugurio ó de la taberna, no se acuerda de las rimas que forja el poeta para achicar sus estrecheces y amenizar sus soledades. No le importan un pito las cábalas de un ministro, las *declaraciones* de las minorías, las cencerradas de la noche del festival, las discusiones político-científicas del Ateneo, ni las orgías ni bailes aristocráticos. ¿Qué valen esas cosas para quien no las conoce, y si las conoce las desdeña, por inaccesibles á su ambición ó á su gusto repugnantes?

Alegráos, poetas sin nombre, trovadores

sin arpa, que el ruido de las calles incita á entusiasmarse. Pájaros errantes, cantad con la voz enronquecida por el frio del Guadarrama. Olvidáos del hogar remoto, del potaje con bacalao, del tronco flameante, de los cuentos del abuelo, del estrépito de las zambombas y de la misa del gallo... ¡Alegráos! aunque nos llamen poetas, esto es, *pobres*; porque si no tenemos amigos ni Mecenas, somos mas ricos que Manzanedo, y mas felices que los duques de Santoña.

Si no fundamos hospitales para niños,—á fuerza de suscriciones y rifas—podemos erigir monumentos literarios para las generaciones futuras. Si no tenemos palacios construidos segun las reglas más acabadas del *mal gusto,* tenemos alcázares de luz en la fantasía, embellecidos y rematados por el númen arquitectónico de la estética. Conque, fuera modestia, ¡oh génios sin camisa, que temblais de frio en la Puerta del Sol!, venid y proclamad á la faz de los serenos y guindillas que sois más poetas que Ariosto, más ricos que Rostchild, más Tenorios que D. Juan y más felices que Abderraman III. Ese turron es vuestro; vuestro es el porvenir; vuestra la gloria... ¡Alegráos! teneis en perspectiva una cartera de ministro, ó..... una cama segura en el hospital de Jesús Nazareno (hospital de incurables.)

El que no se consuela es porque no quiere. Los tesoros de la fantasía suplen los tesoros de oro y plata que nos faltan. El hogar futuro, llameando, cercado de regocijada familia, se vislumbra desde la esquina de nuestra calle, desde la escarcha del arroyo, desde la fria soledad de nuestra alcoba... No es la luz vacilante del gás pésimo que nos ofrecen los empañados faroles: es la llama de aquella chimenea que Alarcón descubria en su Noche-Buena.

Al insigne escritor dedicaba un amigo mio, poeta casi inedito, en una de sus más sentidas poesías estos versos:

¿Quién, léjos del hogar, calma su pena
si nuevo hogar no labra con sus manos?
Cuando la Noche-Buena
de sus misterios llena
los lares accitanos,
¡qué donosa poesía,
qué arranques de feliz melancolía!
Mira el poeta, en soledad oscura,
allá lejos, muy léjos,
de vaga luz que trémula fulgura
los pálidos reflejos;
y el tiempo vuela, y en creciente llama
aquella luz, que oscila,
corre y corre y acércase y derrama
más vivo resplandor, y al fin tranquila,
süave y amorosa,

sobre el tronco se posa
que hirió del leñador el golpe duro,
para alumbrar de Enero las veladas,
¡y del poeta en el hogar futuro
aparece entre rojas llamaradas!...

. . . . . .

Pocas esperanzas de labrarse con sus manos ese hogar debía tener el poeta cuando, en la misma composición, describe así las angustias del escritor sin protección en esta ciudad de los dolores ignorados y de las esperanzas fallidas.

¿Quién, en el incruento
agitado palenque de la idea,
do sus rayos fulmina el pensamiento,
sabe el afan, las ánsias, el tormento
del que, en su loca aspiración, pelea,
y con latir violento
se lanza presuroso
en pos de un ideal, y enamorado
quizás de un sueño azul y luminoso,
próximo siempre y nunca realizado?
¡Cuántas almas en flor sobre la arena
por el simoun heridas! ¡Cuánta sávia
el espíritu vierte!... ya la pena
de crudo desengaño; ya la rabia
contra falsa amistad que nos vendia;
ya la esperanza plácida, riente
cual lisonjero albor de hermoso dia;
ya la muerte sombría

golpeándonos la frente
de dó caen ilusiones á pedazos,
¡y abriéndonos la tierra dulcemente
sus maternales brazos!...

. . . . . .

¡Qué tristezas! Olvidémoslas. Risas, luz, colores, perfumes, armonías, amores... esa es la Noche-Buena. El que nace trae la vida á la humanidad; no trae la muerte.

¡Alegráos!... ¡Alegrémonos!...

Madrid.—1879.

LA COPA Y LA FLECHA.

Estaba el viejo Anacreonte sentado junto á una ventana abierta, que daba paso á los rayos del sol poniente y á la brisa cargada de aromas.

El anciano poeta de Theos, con una copa que miraba al trasluz, recreándose en los matices del licor purpurino, evocaba en aquel momento el cuadro entero de su existencia.

El risueño aspecto del campo vecino le recordaba su oda á la Primavera:

Agora que suave
nace la Primavera,
¿no ves como las ondas
del ancho mar, quietas,
aflojan los furores
y amigas se serenan?
¿No ves como ya nada
el ánade, y empieza
la grulla á visitarnos,
y el sol á barrer nieblas?
Los trabajos del hombre
ya lucen y ya medran,
la vega pare gramas,
la oliva flores echa,

las cepas se coronan
de pámpanos que engendran,
y de bullentes hojas
los campos y alamedas.

El poeta alzó la copa llena de vino, lo mezcló con agua á la usanza griega, y tomó un sorbo de aquel licor, prueba de su templanza.

Se ha dicho que el creador de las anacreónticas era borracho y lujurioso, porque cantó los goces de Baco y de Cupido; pero es una apreciación contradicha por la vida y obras del poeta jonio.

—«Yo—se lee en una de sus odas—he comido un pedazo de delgada torta, y he apurado una copa de vino; y tocando ahora delicadamente la amorosa pectis, celebro con cantos á mi querida y graciosa amiga.»

El aedo de Theos no se podía embriagar bebiendo de ese modo: echando en la copa «diez ciatos de agua y cinco de vino para honrar á Baco sin temor ni afrenta» (como se expresa en otra parte).

La querida y graciosa amiga del poeta fué la rubia Euripila; pero este amor no le impidió celebrar á las hermosas hetarias que tomaban parte en las fiestas de Baco. Alguna vez pagó la hermosa con desdenes los obsequios del cantor; pero recibió en castigo este aviso poético:—«Potranca tracia,

que, mirándome con ojos airados, huyes de mi cruelmente: ten entendido que puedo ajustarte bien el freno, y, sosteniendo las riendas, hacerte girar alrededor de los lindes de la carrera. Ahora paces en los prados y bricando libre jugueteas, porque no tienes un ginete experimentado que te dome.»

La rubia Euripila, cantada dulcemente por el poeta en el *bárbiton* (lira de su invención) le dió celos con Artemón, hombre por error de naturaleza y mujer en realidad. El poeta irritado nos pinta al galan afeminado elegantemente vestido, arrastrado en suntuosa litera, ceñida al cuello una cadena de oro, y velando su semblante con una sombrilla de marfil: rasgos satiricos que desdicen del tono suave de las anacreónticas.

Se ha supuesto que Anacreonte tuvo amores con Safo. Esto se funda en aquella odita á una joven de Lesbos que rechazaba al poeta porque era viejo, como si en «las guir»naldas no casaran los lirios blancos y las »encarnadas rosas.»

Deliciosamente poético sería unir con los lazos de Cupido á la volcánica poetisa de Lesbos y al enamorado poeta de Theos, los dos cantores eróticos más ideales de la antigua Grecia; pero la cronología nos enseña que la décima musa floreció en tiempo del padre de Creso, y en la época de Ciro y de

Policrates floreció Anacreonte, esto es, que hay medio siglo de diferencia.

Si á Safo no pudo conocer ni amar, ¿amó realmente á aquellos jóvenes celebrados en sus cantos, apuestos donceles que danzaban en la corte de Policrates, al són de música suave y entre guirnaldas de olorosas flores? No es facil borrarle la fea nota de sodomita, pues hizo objeto de sus cantos amorosos á Símalos, tañedor de flauta, á Cleóbulo, el de los ojos de vírgen, á Megistes, ceñido de agnocasto... Debilidades de la civilización pagana, deificadas por Cicerón en su *Naturaleza de los dioses* y por Platón en sus *Diálogos*.

Pero estas sombras de inmoralidad, que manchan también la vida de Tibulo, de Teocrito y de Virgilio, no atenuan el mérito de las odas suavísimas de Anacreonte, el cantor de la copa de Baco y de las flechas de Cupido.

A estos asuntos se reducen los de sus poesias, dulce y laxamente interpretados, pues cuanto hay de apacible, tierno, risueño y delicado, suena en la lira jónica: la misma lira, que si quiere cantar á Atridas ó á Cadmo, solo canta amores; el amor mojado, que, recogido por amable huesped en su hogar, y despues de haberse enjugado á su hospitalaria lumbre, se vuelve y hiere con

un dardo á su generoso protector; la abeja, cuya punzada no es menos aguda que las flechas del hijo de Venus; la cigarra que se baña en una gota de rocío...

Cigarra, feliz eres
sobre las tiernas ramas,
bebiendo de rocío
una gotilla escasa.
Desde allí, como reina,
sonoramente cantas:
cuanto miras es tuyo
por selvas y campañas.

Y la palomilla, que se posa y duerme sobre las cuerdas de la lira anacreóntica; y las canciones de sobremesa, entonadas en los festines de los griegos opulentos; y el himno vendimial, donde la gracia toma colores demasiado fuertes.

El poeta que llegó á tan avanzada edad, que por ella suele llamársele el anciano de Theos, (longevidad que habla mucho en favor de su sobriedad y templanza), en esa tarde primaveral, que lo presenta entregado á sus recuerdos, despues de mirar las nubecillas rosadas del crepúsculo, bajó la vista hasta la copa herida por los últimos rayos del sol. El vino formaba ondas de púrpura, y entre ellas bogaban ligeros granos de uva, como si los dones de Baco quisieran estar representados bajo todas sus formas.

Sonreía el anciano, y sus labios parecían deletrear confusamente sus versos dionisiacos:

Bebe la tierra fértil,
y á la tierra las plantas,
las aguas á los vientos,
los soles á las aguas,
á los soles las lunas
y las estrellas claras,
pues, ¿por qué la bebida
me vedais, camaradas?

Ya tomaba de nuevo el poeta la copa del dios, cuando una paloma, revoloteando desde un árbol, le trajo á la memoria aquel diálogo precioso:

—Amada palomilla,
¿de dónde, di, ó adónde
vienes con tanta priesa,
vas con tantos olores?
—Pues á ti, qué te importa?
Sabrás que Anacreonte,
me envía á su Batilo,
señor de todo el orbe,
que, como por un himno
me emancipó Dione,
nombróme por su paje
y él por tal recibióme.
Suyas son estas cartas,
suyos estos renglones,
por lo cual me promete

libertad cuando torne;
pero yo no la quiero,
ni quiero que me ahorre,
porque ¿de que me sirve
andar cruzando montes,
comer podridas vacas,
ni posarme en los robles?
A mí, pues, me permite
el mismo Anacreonte
comer de sus viandas,
beber de sus licores;
y cuando bien brindada
doy saltos voladores,
le cubro con mis alas,
y él dulce las acoge:
su cítara es mi cama,
sus cuerdas mis colchones,
donde suavemente
duermo toda la noche....
Mi historia es esta, amigo,
pero queda á los dioses,
que me has hecho parlera
más que graja del bosque.

Huyó la paloma volando y los ojos soñolientos del aedo la siguieron por los aires, quedando luego adormecidos en extática quietud. Se encontraba el poeta jonio en ese momento de ambicioso anhelar, en que el inspirado del Numen, el amante y amado

de la Poesía, sueña con la inmortalidad en la Historia.

Sus odas tenían celebridad y resonancia en toda la Grecia. Llamadas estaban á resonar en pueblos y siglos innumerables.

Teócrito, en sus idilios *La muerte de Adonis*, y *El amor y la abeja;* Mosco, en el *Amor fugitivo;* Meleagro, en varias odas, son digna muestra del espíritu anacreóntico. La graciosa y leve métrica del teyo sirve para cantar, en boca de Sofronio, la *Anunciación de la madre de Dios*. La bacante se ha disfrazado de vírgen. Fócio, un emperador, cierra en el siglo IX la reseña de las letras bizantinas y de las imitaciones anacreónticas.

Muere, en brazos de Roma, que le robó vida y cultura, la gran nación helena: pasan los siglos; nace el XIX, y con él renace y se levanta aquel pueblo semi-enterrado por la barbarie turca, y con los primeros vagidos del griego moderno, en la lira del macedon Atanasio Christopoulos, resuena el cadencioso *bárbiton* del risueño Anacreonte. El cantor de *El amor y la abeja* merece bien de la patria.

En Roma, Horacio sigue las huellas báquico-eróticas en las odas á *Leuconoe*, la *Novilla*, á *Su Paje* y otras; pero la originalidad del lírico de Venusia no se eclipsa en esos ligeros cantos. Ofrece Catulo en sus

versos á Lesbia algunos rasgos anacreónticos. Los idilios de Ausonio, siglo IV, son eco baladí de las odas teyas.

En la edad media, la musa sóbria de los banquetes griegos se enlaza violentamente, y es mucho decir, con los cantos goliardescos, descartados de sus espinas satíricas, con los cantos orgiásticos de los estudiantes:

«Yo quisiera morir en la taberna:
Dios preste al ébrio la salud eterna...»

Brilla tras largas sombras la aurora del Renacimiento. Enrique Esteban descubre en Italia,—1547,—dos códices que publicó en París,—1554.—Son poesías atribuidas á Anacreonte, Safo y Alceo. El entusiasmo literario, excitado entonces por motivos análogos, llegó á la exaltación.

Traducen á Anacreonte, Enrique Esteban y Andreas, imitándole Escaligero, Faubman y Barthio. Bernardo Tasso, padre del épico, introduce en Italia el metro anacreóntico. Lo modifica Chiabrera de Savona. En el siglo XVIII, Paolo Rolli anacreontiza en *Si beviam*. Gerardo de Rossi, en sus odas á manera de cuadros, y Jacobo Bitorelli, en sus anacreónticas á Dori, pasan por buenos poetas; mas nada valen ante el gran Leopardi, lírico, satírico, amargo como las heces pesimistas, que en los albores de nuestro siglo publicó dos bellas odas á *El amor* y á

La luna, que supuso encontradas en un códice: admirable supercheria, que engañó á los doctos, evidenciando que el alma del cantor de Italia tenía la flexibilidad necesaria para beber en la copa y herirse con las flechas de Anacreonte.

En este certámen, los franceses presentan á Belleau, traductor del teyo; á Ronsard, imitador; á La Fontaine, superior á entrambos; á Chaulieu, meestro quizás de Voltaire en poesías ligeras; á Voltaire mismo, en su oda *Si quereis que yo ame aun...*, y á Beranger, que en su canto á la independencia griega, evoca la sombra de Anacreonte, que excita á sus compatriotas á luchar denodados por la independencia de la patria.

Moore es el anacreóntico inglés más sobresaliente. El lírico Cowley supo enriquecer la lengua inglesa con gracias y primores anacreónticos, que derramó eu sus amenas canciones. ¿Y no cabe aquí el himno del poema *Don Juan*, de lord Byron, traducido por el traductor genial de los clásicos

«*Cícladas islas, islas de la Grecia*»...?

Muchas veces ha interpretado Alemania los versos del poeta jonio, cabiéndole gran parte de gloria al ilustrado Hagerdom. Gleim ha merecido el título de Anacreonte aleman.

España no ha andado á la zaga de otros pueblos en traductores, comentadores é

imitadores del maestro griego. Desde el conde de Haro, Fernandez de Velasco, hasta Martinez de la Rosa, fecundo en juguetes líricos, ¡qué nube de anacreónticos y de anacreónticas! ¡Cuántas odas á la paloma, el céfiro, la abeja, el beso, el panal. la rosa, la copa de Baco y las flechas de Cupido! Villegas, en sus

... *delicias*,
á los veinte limadas,
á los catorce escritas...

Quevedo, en una paráfrasis anterior á las odas del poeta de Nájera; los hermanos Canga-Argüelles, y Conde, orientalista, traductores; Trillo Figueroa, en la *Copa* y en la *Rosa*; D. Gregorio de Angulo y Pellicer de Salas, anacreónticos citados por Lope de Vega; Cadahalso en sus versos,

«Vuelve, mi dulce lira,
vuelve á tu estilo humilde,
y deja á los Homeros
cantar á los Aquiles....»

Iglesias de las Casas, que en su *Lira de Medellin* convierte al melífluo Anacreonte en un epigramático Marcial; Gaspar Bono y Serrano, de nuestro siglo, que en vez del vino ha cantado el *soconusco*, en lo cual le precedió un fraile albacetense, encomiador en prosa rimada de sus *Pejas* ó jícaras, siendo el de Aragón y el de Albacete imitadores,

tal vez, de Bogiero, que en el XVIII dedicó canciones al té; Melendez Valdés, el empalagoso cantor de Batilo; Moratin, en su graciosa barquerilla

«En la olorosa,
áspera Alcarria,
antes que el Tajo
reciba al Arlas,
corriendo lentas
sus verdes aguas,
junto á un remanso
hay una barca.»

Estos poetas son ecos prolongados de la lira jonia á través de los siglos.

¿Y quién omite la ridícula *anacreontemania* de nuestros abuelos?

Llegó á la inverosímil, á lo absurdo. Se cantaron el daño de las cotillas, el lujo del peinado, y el perjuicio de los coches en el empedrado de las vías públicas. El prosáico conde de Noroña dedicó sus versos á una *mosca*. Gracias que Arjona después, Reinoso, Lista, Nicasio Gallego, y Martinez de la Rosa, arrancaron de la lira griega más puras armonías.

¿Y quién podía decir á Anacreonte, cuando soñaba con la inmortalidad, que su musa había de tener ese coro inmortal de poetas?

Aunque sean verdaderamente vates ó profetas los alumnos de Apolo, no era posible

que adivinase un porvenir de gloria, superior acaso á los merecimientos de sus fáciles poesías. Las liras se templaron al compás de su lira; el lápiz de Girodet reprodujo las escenas de sus odas; Mehul las puso en música; Bathyle hizo de Anacreonte una ópera cómica.... Todas las bellas artes se han unido para coronar al poeta de Theos.

Este, el viejo Anacreonte, en la tarde melancólica que le recordaba por extraña manera los accidentes de su vida y de su musa, sacudió su cabeza, salió de su poético arrobamiento, y alzó la copa henchida del espíritu divino de Baco.

Tenía sed. Un fuego lento consumía los humores de su gastado organismo. Era como el resplandor último de la llamarada del genio.

Con mano cada vez más trémula, llevó la copa á sus labios y la apuró con ansia. Al acabar de rodar las últimas gotas, un rudo golpe de tos estremeció al anciano. Le siguió otro, y otro despues. Parecía que en su garganta había una mano de hierro. El aire no podía entrar... El poeta se asfixiaba con un grano de uva.

Asi fué. Hizo un movimiento convulsivo y quedó su cabeza inerte. La copa estaba rota á sus pies. Yacía en un rincón la lira... ¡Anacreonte había muerto!

Madrid—1882

DEL BABLE.

El *bable,* dialecto asturiano, de más oscura y prolija antigüedad que el gallego, se estudia actualmente y se cultiva con ardor; pero ya Jovellanos, gloria no solo de Astúrias, sino de España entera, entre sus pensamientos nobles y patrióticos acarició el de fundar en Oviedo una academia consagrada á la historia y filología del principado, reuniendo con tal objeto el sabio astur varios poemas, cantares, romances, proverbios y modismos *bables*. Así Jovellanos, enalteciendo la *fabla* de su región, se anticipaba á la crítica moderna, que por boca de Durán miraba en Astúrias la «cuna del lenguaje y de la poesia nacional.»

En la Bibloteca de Rivadeneyra, obras de Jovellanos, halla el curioso un «Apuntamiento sobre el dialecto de Astúrias,» preludio de más largos y sazonados estudios que han hecho los filólogos astures. ¿Por qué conserva inédito la Diputación provincial de Oviedo el manuscrito del gijones señor Junquera y Huergo, interesante MS. de gramática y diccionario bables? Y si le parece

incompleto el léxicon y la teoría, ¿por qué no lo amplia y enriquece con el «Vocabulario» de Caveda y Solares, y sus «Modismos, etimologías, adagios y canciones»? Porque es lástima que sigan inéditos, sin provecho para nadie, esos MS., y otros como el de Carlos Gonzalez de Posada sobre etimologías, (uno de los más antiguos), y el precioso de D. José Arias de Miranda, (uno de los más recientes) sobre diccionario y gramática. En «La Revista de España» y en «La Revista de Astúrias,» ha publicado el señor Miranda estudios filológicos, llegando á analizar separadamente una de las variedades, el bable del Oriente de Astúrias. Los señores D. Julio de Somoza, en sus «Cosiquines», y D. Fermin Canella y Secades, en sus «Estudios», han contribuido al esclarecimiento del bable. Laverde Ruiz insertó, en revistas asturo-galáicas, dos trabajos: el «Dialecto asturiano», y «Apuntes lexicográficos sobre una rama del dialecto asturiano.» Y no contento con la importancia regional de su dialecto, el Sr. Rato de Argüelles se dirigió á la Academia de la Lengua pidiéndole en bable no omitiera en el Diccionario los giros y modismos peculiares de Astúrias.

Indudablemente, la española no tiene obligación de llevar á su gran léxicon el rico y diverso vocabulario de los dialectos penin-

sulares; pero, en el diccionario especial de arcaismos y en la gramática histórica castellana, (objeto propio de su instituto), no sé cómo podría hacer un artículo sin tropezar con las fablas regionales, de las cuales es el principal y más útil para el idioma de Castilla el asturiano ó bable, segun opina el docto milanés Sr. Ascoli.

El desden de los sabios madrileños, académicos ó *sueltos*, y la guerra de los Arces al regionalismo literario, (que tiene la culpa de todo, hasta de la subida del alcohol), no impide el desarrollo de las letras regionales. Las indicaciones bibliográficas sobre el estudio del bable, más analizado ya que el castellano, evidencian esta verdad, que se pone de relieve si añadimos la crónica de los poetas asturianos.

La colección ó antología de Caveda, (á impulsos quizás del movimiento romántico,) dá á conocer muchos y antiguos cultivadores del bable. blando y mimoso como una caricia de esposos enamorados. El más célebre de esos poetas es Antonio Gonzalez Reguera (Anton de Marireguera), natural de Logrezana, poeta del siglo XVII, que en bable y con tono festivo desarrolla asuntos de la literatura clásica, siendo igualmente autor de un entremes, ó juguete cómico, y de un romance á Santa Eulalia.

No era el siglo de los cultistas muy á propósito para literaturas regionales, ni nacionales, ni populares, fijos como estaban los ojos entonces en la cultura greco-latina, unico y exclusivo modelo del arte; y sorprende la singular excepción de Mariregueva, que, no obstante su carácter asturiano, sufre las influencias del tiempo, contando en bable, y en lugar de consejas de la montaña, los fabulosos amores de Dido y Eneas.

Ya en el siglo XVIII, crece la mies. Un hijo de Oviedo, Francisco Bernardo de Quirós, escribe en bable su linda composición poética «El caballo.» Bruno Fernandez cantó las «Glorias de Astúrias,» diálogo, la «Felicitación en los dias de....,» y «La enfermedad.» Juan Gonzalez Villar y Fuertes, natural de Luanco, es autor del poema «La Judith», que no ha de confundirse con otro del mismo asunto, y de autor anónimo, revelado por Caveda. Y en bable, revuelto con castellano, escribió la poetisa de Oviedo, Escolástica Teresa Corral, un entremes que se representó en el convento benedictino de Santa María de la Vega, en celebración de las dias ó cumpleaños de la Abadesa. (MS.) Y Antonio Balvidares, en el «Entierro del canónigo Reguero» y en las «Exequias de Carlos III» usó correctamente del lenguaje asturiano.

Si así crecía la mies en el siglo pasado, ¿qué diremos del actual, innovador y amigo de literaturas arcáicas y populares? El bable se ha rejuvenecido, y, aunque no alcanza todavía la estatura del gallego, se presenta ya lozano y brioso. A Caveda se atribuye el idilio tierno y delicado «El niño enfermo.» Cuatro años antes de la colección asturiana que en 1839 publicó el dulce poeta, docto literato, y curioso historiador de la arquitectura, esto es, hacia el 35, había demostrado sus condiciones de poeta dramático el gijonés D. José Napoleón Acebal, autor de «Los trataos», y de «El camberu en sín les truches.» Benito Canella Meana, (1840-76), natural de Sobrescobio, ha dado á luz, en bable, «Cantares y romances,» y «El Diañu.» Domingo Hevia Prieto, de San Pedro de los Arcos, es autor de «Amieva.» Y Teodoro Cuesta, *aedo* popular, el Anton de Mari-Reguera del siglo XIX, llega al realismo puro y sano en «El despertar de Pinón.»

Si los que han escrito en bable ó en castellano sobre cosas de Astúrias, hubieran de incluirse todos en esta enumeración, alcanzaría las proporciones de un libro; más á riesgo de alargarla demasiado, no se ha de hacer completa omisión de los escritores que han desentrañado las tradiciones, leyendas, mitos y supersticiones, algunas ve-

ces reveladas en las costumbres de Asturias.

Arias Miranda ha tratado, en varios artículos, de las «Creencias populares» de aquella raza, discurriendo sobre los vaqueros, los familiares, el trasgo y el mal de ojo. A D. Tomás Cipriano se atribuye el libro publicado sin firma en Valladolid, año de 1858, con título de «Creencias populares de Astúrias». Leyendas y consejas insertó en «La Tradición» y en «El Invierno», (-1857-59-) el Sr. D. Gonzalo Castañón y Escarano. Rogelio Jove y Hevia, Fermin Canella y Braulio Vigón han reconstruido, con Aranda y con Rato, la vieja mitología asturiana, más celta que latina, aunque lo repugne algun sabio clasicista, que vé en el mundo greco-romano desde las *xanas* hasta los *nubeiros*.

Antonio Arango y Valdes (Simbad) natural de Pravia, articulista, novelista, crítico y poeta, es un buen explorador de las costumbres, leyendas y fantasías del Principado. Claro lo dicen «El castillo de S. Martín», leyenda; los «Amores disimulados», balada; «Un crímen y una venganza», novela histórica; la «Cueva de Doña Urraca», conseja; «Un día de caza en la peña de Deva», cuadro de costumbres; y otras prosas y versos, algunos de los cuales se encuentran en «Suspiros del alma». (Oviedo, 1859.)

Vése, pues, brotar de las peñas de Covadonga, cuna de la nacionalidad española, una lengua y una literatura, que parecen los orígenes de la lengua y literatura castellana, llamada española por su carácter oficial y su difusión y grandeza. Ya analizan y cultivan el *bable* muchos escritores, amantes de su país, aunque el asturiano de más fama en el actual Parnaso desdeñe las grutas románticas, los valles pintorescos y las montañas de su tierra natal, cuyas tradiciones y formas poéticas no arrancan una sola nota de su violín tudesco. Otros, escribiendo el castellano, trasladan á sus libros algunas notas asturianas, ó persiguen con ojos escrutadores las neblinas cuasi-ossiánicas que flotan en los rios, cabañas y lugares de Astúrias.

Sirva de ejemplo un Pidal, el autor del «Salmo de amor», y de otras rimas. Juan Menéndez Pidal, oriundo de Pajares ó de Villaviciosa, es un poéta asturiano, que, para serlo entera y cumplidamente, solo necesita una cosa, escribir en *bable*. Si no en este dialecto de sus montañas, escribió en castellano antiguo un verdadero romance, que cuenta la desdicha de un caballero que, ál volver de la guerra, encontró muerta á su bien amada, como le auguraban las *danzas temblonas* y los misteriosos

golpes de atambor que le sorprendieron en su camino. De esta preciosa leyenda, que Balbin de Unquera, (asturiano también, y de peregrina erudición), adornó con una carta primorosa en fabla, y el autor de este artículo con unos malos versos en fabla antigua y nueva, no quiero decir más, por mi intervención en los preliminares de la obra; pero no he de omitir las alabanzas que merece la poesía *Lux aeterna*, cuadro empapado en sentimiento sincero y hondo, hijo de las nieblas y de los mitos asturianos. La agonía de la enamorada jóven en la noche romántica del sábado, hablando con su madre, en la alcoba solitaria, acerca del canto fugitivo de los amantes rondadores, y recordando á su Juan cuya voz le parecía oir entre los amorosos cantos de la ronda, y la muerte de la dulce niña al nacer el alba.....

«Cuando moría,
en las cumbres lejanas
amanecía»

son bellezas que alcanzan el vigor naturalista de las más fieles descripciones, el interés dramático de las mejores baladas, y el tono melancólico de la poesía septentrional de Europa. No se quien ha dicho,—y si no, lo digo yo ahora,—que ni en Inglaterra, ni en Alemania, ni en Dinamarca y Suecia,

tenemos los españoles necesidad de buscar la melancolia poética, las brumas ossiánicas, las vagas fantasías, que nos brindan á manos llenas las olas cantábricas, las rias gallegas y las montañas astúricas. ¿Para qué buscar fuera lo que tenemos en casa? Volvamos la atención á nuestros lares, y en la fuente innagotable de la poesía popular refresquemos y vigoricemos la poesía culta que se siente débil y lánguida por apartarse de aquellos manantiales de aguas vivas. Menéndez, siguiéndo las tradiciones domésticas, ha rebuscado y coleccionado en un libro celebrado por literatos de Francia y Portugal, los romances que cantan los asturianos en sus *danzas primas, esfoyazas y filandones.*

Con esta adición, el Romancero general ha ensanchado sus horizontes y la poesía engrosado sus antiguos manantiales.

Córdoba—1887.

CON MOTIVO DE LA LEYENDA

«DON NUÑO DE RONDALIEGOS»

AL INVISO TROVADOR JOAN MENÊNDEZ

EL LIC. MICAEL GOTIÉRREZ DE GUADÁLXUS.

(EN FABLA ANTIGUA Y NUEVA)

En triste nueche inverniza,
á la flama del hogar,
demientre plora é graniza,
sin cesar,
contome sapiente vieja,
joglaresa á las vegadas,
de trasgos rara conseja
é de fadas.
Pantasmas en ella habia,
vana gahurra quizás,
é una sombra que fugía
mas é mas,
atravesando campiñas,
barrancos, gleras, torrentes,
é fornachos é montiñas
eminentes:
escochando repetidos,
en su carrera febril,

vocedos, ayes, plañidos,
ecos mil.
Oyendo atal relación,
de pavura retremaba,
é un gato desde el fogón
me miraba:
del viento la voz siniestra
zumbaba en los techos altos,
y el granizo en la finestra
daba saltos:
aullaba el can ferrojado
en hondo zaguan umbrio,
y el hogar cuasi apagado
daba frio.
Triste ese ruido me asombra,
dije á la vieja, ¿no oiría
ruido tal aquella sombra
que fugía?
Sonriyó con mis temores,
é dijo: mucho te inquietas;
solo oyen esos rumores
los poetas,
que al viento facen plorar,
á la tórtola gemir,
é versos al fontanar
repetir;
y non sospira la aurilla,
ni es la tórtora doliente,
ni habla de la fontecilla
la corriente.

Tan ardita remembranza
con tu pastija canción
á las mientes se me alcanza;
que yo al son
de tus fadados cantares,
algarivo sempiterno,
tornar creo á los mis lares
en hibierno,
y el cuento oir de la abuela,
y el ronco orage que brama,
siendo el gato centinela
de la flama.
¡Oh dotor en poetría,
famado en decires tersos:
bendigo yo la harmonía
de tus versos!
Que en su leyenda percibo
escanto tal y fragancia
que ya entre los goces vivo
de la infancia.
Triste es la nueche inverniza,
mas non cala: te leeré,
é mientre plora é graniza
soñaré.....
soñaré la boca ufana
llevar el vaso polido
dó bebió la *Castellana*
de Valfrido....!

Madrid—188....

POÉTICA DEL ROMANTICISMO.

(GRANADA EN 1840.)

No tratamos aquí de la *Introducción á la Estética*, de Juan Pablo, ni de obra alguna de crítica moderna que analice los elementos de la literatura romántica y derive de los hechos las leyes de la revolución artística.

Mas estrecho es nuestro humilde propósito. Queremos escribir la reseña fiel de las discusiones sobre el romanticismo habidas en el Liceo granadino, célebre sociedad que en 1840 (segundo de su fundación) sentía todas las palpitaciones de la cultura nacional. «La Alhambra», órgano del Liceo, ofrece el resúmen de las llamadas «sesiones de competencia», dedicadas á la manifestación de las bellas artes (poesia, pintura, música, escultura, elocuencia) que renacian en las orillas del Genil, como en toda España, al calor de los nuevos ideales.

Terció en la discusión el señor D. Juan Bautista Salazar, versificador fácil, ingenio festivo, y defensor como viejo y frio que era, del clasicismo ó pseudo-clasicismo de

nuestros padres, muy diferente del clasicismo ¡romántico! de nuestros abuelos.

Otro de los conferenciantes fué el jefe político ó gobernador de Granada, Sr. Cambronero (D. José María), consiliario primero del Liceo, que, apoyado en las vitales fuerzas de la culta asociación, procuró, durante su gobierno, el fomento y desarrollo de los intereses morales y materiales de Granada, y su provincia.

D. Julian García Valenzuela, jurisconsulto, versificador elegante que aspira á la severa magestad del modelo clásico sin llegar á sus límites, ni traspasar los del romanticismo, veía los progresos del nuevo arte, pero no soltaba las cadenas del antiguo.

D. José de Lerchundi, uno de los secretarios de la Sección científico-literaria del Liceo, sostiene el nihilismo retórico, la relatividad del ideal estético, y la libertad revolucionaria que descubre en las producciones del género romántico.

Zúñiga (M. O. de) que escribía de beneficencia mas bien que de literatura, intervino en la polémica, mostrándose flexible y ecléctico.

Sotomayor (Fernando Alvarez) abandonó el terreno de los intereses materiales donde solia intelectualmente residir, y bajó al campo de la crítica literaria, queriendo fijar las

analogías y diferencias clásico-románticas. La unidad de acción y la verosimilitud eran para Sotomayor leyes comunes á entrambas escuelas y el fuego de la pasión alma de la nueva dramática.

Pero el alpujarreño D. Nicolas de Roda, articulista famoso en Granada, pintor de sus costumbres, fiscal de sus vicios y defectos, prosista suelto y claro, á pesar del humor negro que respiran sus cuadros locales, fué el campeón de las libertades y aún de las licencias románticas. Es más nihilista que Lerchundi en la preceptiva. Con genio todo se hace. Ni siquiera admite la unidad de la acción en las obras dramáticas, bastando el interés bien sostenido desde la exposición hasta el desenlace. Para hacer triunfar sus tesis revolucionarias, usa de las armas del teatro antiguo y del teatro moderno, esto es, apela á la *Niña Boba* y á la *Fuerza del Sino.*

Pero la crónica de la discusión nos dirá mejor còmo discurrían los liceistas granadinos acerca del romanticismo seis años despues de su explosión,—(si en 1834 estalló la insurrección artístico-literaria, entre las rudas emociones de la peste asiática y del sistema constitucional.)

El Liceo de Granada celebró el día 3 de Abril de 1840 su primera sesión «de compe-

tencia». La sección de Ciencias y Literatura puso á discusión el tema ó «teorema» siguiente:

—¿El género romántico debe reconocer ó reconoce algunas leyes ó reglas que constituyan la especialidad de su carácter? En caso afirmativo, ¿cuales son estas reglas, todas ó algunas de los preceptistas clásicos, ú otras derivadas del carácter especial del nuevo género literario?—

Se abrió discusión sobre el tema enunciado.

Como preliminar, antes de entrar de lleno en la cuestión, el *Sr. D. Juan Bautista Salazar* leyó una composición en verso alusiva á las proposiciones clásico-románticas. El cronista de «La Alhambra» dice que fué una crítica igualmente severa de ambos rivales. Pero hay datos para creer que el festivo escritor era, como viejo, *laudator temporis acti* y de las letras clásicas. Harto claro dice en unas quintillas *A mi pluma:*

—«Además, ya vieja eres,
y no es propio en la vejez
triste cantar los placeres,
el vino ni las mujeres,
como hicieras otra vez.
Ni con una apostasía
ofendiendo al clasicismo,
divertirte en tu agonía

con la fantasmagoría
del nuevo romanticismo.»

Y por si esto no basta para clasificar al *violoncelista*, allá van esos versos asonantados, que son peores que las quintillas ó las silvas:

—«No es tan grande mi modestia
que me considere inepto
para forjar una obrilla
según el gusto moderno,
con sus tres ó cuatro partes
en diversidad de metros,
sus consonantes agudos,
y la docena de términos
que son hoy tan del conjuro
como esponjados en duelo...»

Acabados los preludios del clásico *violoncelista*, el Sr. *Cambronero* tomó la palabra, y, tratando en serio lo que aquel en broma, manifestó que en esta primera sesión no se proponía llegar al fondo del problema, sino reducirlo á términos precisos, con la seguridad de que bien planteado sería bien resuelto.

Opinó que había diferentes clases de literatura con tipos y carácteres irreductibles, distinguiendo la oriental; la greco-romana; la de la edad media; la del renacimiento,—reproducción de la griega y latina;—y la romántica,—imitación ó renovación de la

medioeval. Notas específicas separaban estas cinco literaturas, siendo visibles las diferenciales del género clásico y del género romántico. Algunos dudaban que existieran esas graves diferencias; pero saltan á los ojos leyendo y comparando las composiciones literarias de uno y otro género. Esa distinción profunda se advierte comparando las obras de Casimiro Delavigne en sus dos épocas, en la clásica y en la posterior, que se reflejan con varia fisonomía en su tragedia las «Visperas Sicilianas» y en su drama los «Hijos de Eduardo.» Frente á la severa unidad y regularidad de la arquitectura romana, puso al Sr. Cambronero la arquitectura gótica «que partiendo de un tipo original, admite tan inmensa variedad en los incidentes,» como sucede al romanticismo.

Concluyó el orador suplicando á los liceistas fijasen su atención en los carácteres diferenciales de las dos escuelas, porque bien determinadas las diferencias, sería fácil hallar las reglas del género romántico, que las tiene seguramente como el género clásico desde Aristóteles hasta Hermosilla.

Al Sr. Cambronero siguió el Sr. *Lerchundi*, que no se conformó con la razonable opinión del docto Jefe Político, sino que rechazó la necesidad de preceptos fijos é

inmutables. Antes de decidir sí el romanticismo está sujeto á reglas, la lógica manda averiguar si existen reglas ciertas y generales que sirvan de norma á toda clase de composiciones; y, como no se halla un tipo esencial de belleza, independiente del gusto dominante en cada época, fuerza es reconocer que no tiene ni necesita reglas la literatura romántica, ni hay ni puede haber más que dos géneros, el bueno y el malo. La diferencia encontrada en las obras de Casimiro Delavigne es la misma que existe entre el acento lánguido del esclavo que gime bajo el peso de sus preocupaciones, y el grito de libertad que vibra y se extiende por el espacio.

D. Juan García Valenzuela siguió en el uso de la palabra á D. José de Lerchundi (secretario de la sección de ciencias y literatura.) El autor de la oda *A Granada*

«Tú que te ostentas apacible y bella»

sostuvo la causa del llamado clasicismo. Las fuentes de la bella literatura (decia) son el sentimiento y la imaginación y de las ciencias la reflexión y el entendimiento. El sentimiento se puede considerar individual y estacionario, al paso que la imaginación, excitada por el instinto de curiosidad, se vá enriqueciendo con la cultura progresiva de las naciones, pero sin traspasar un límite,

que es la cumbre de la montaña, desde la cual inevitablemente se desciende, para volver á subir y bajar de nuevo, como las olas en flujo y reflujo incesante. Los diversos géneros literarios se deben clasificar por épocas ó periodos históricos, que se distinguen unos de otros por notas características. La literatura naciente,—segun el orador,—participa mas de sentimiento que de imaginación, y propende á lo descriptivo y á lo histórico. En proporción de sus adelantos, se separa del primero y se deja conducir por la segunda, convirtiéndose entonces en didáctica é ideal. De esta teoria se deduce que el sentimentalismo y el idealismo marcan y separan dos géneros ó épocas literarias. Lo sentimental caracteriza al romanticismo; lo ideal al clasicismo, y de aquí la tendencia espiritual de este, y material y positiva de aquel. Siendo la espiritualidad, y su aliado el principio religioso, el término y meta de los movimientos progresivos de la inteligencia humana, la imaginación bajo el predominio de las ideas religiosas y espiritualistas, se ocupa en ellas y las revuelve y combina en sus producciones, explicando esto el influjo de lo divino en las obras clásicas. En la misma época, las ciencias que dominan la inteligencia y la sujetan al rigor de los principios, dilataron su im-

perio á los campos de la imaginación, y regularizaron la literatura bajo las bases convenidas de un tipo de belleza ideal. Todavia en el primer periodo de reacción contra el sentimentalismo, se aplicaron las antiguas reglas á los nuevos objetos; pero no tardaron en aflojar sus vínculos, debilitando su autoridad y al fin cayeron en injusto ludibrio y vergonzoso desprecio. Y no es, como decía Lerchundi, la voz del poeta clásico un débil gemido del esclavo que sufre el peso de las cadenas; porque no gimieron en la esclavitud ni en la ignorancia los pueblos de la sabia antigüedad que legaron su espíritu á la posteridad en monumentos de clásica hermosura. No puede sonar el lamento del siervo en los exámetros de la Eneida, ni el grito mágico de libertad en las columnas de Nuestra Señora de París. Si hay belleza en uno y otro libro, no se debe á la perfección ideal de las obras buenas en contraposición á las malas; porque esta diferencia de bueno y malo no se funda lógicamente más que en un tipo invariable y universal de belleza, que no existe, ni puede existir; especie intelectual, general y comun, no cabe en la mente, y típica y universal idea de belleza física, menos aun, como se demuestra por el concepto variado y estólido que los pueblos de América y del Asia forman de la hermosura

natural. Y en medio de tantas y tales contradicciones, no cabe más que la de simpatía ó relación: bello ó bueno es todo lo que afecta á los demás con la energía ó del modo con que el autor se propuso les afectase. Y siendo ese fin el de la literatura, claro está que el romántico necesita obedecer á reglas conducentes á ese fin ó término. No saliendo del teatro, campo principal de la batalla, las reglas son claras y sencillas: la probabilidad es la más general de todas; la unidad de lugar es innecesaria; la de tiempo há de extenderse á las exigencias ineludibles de la acción dramática; y la acción, para no debilitar el interés, es una ley imprescindible.»

Con este inconexo discurso de Valenzuela terminó la sesión crítico-literaria del 3 de Abril y se reanudó la polémica en la noche del 17.

Roda saltó á la arena y rompió una lanza en defensa de su dama, que era la libertad y la belleza del romanticismo. En busca de armas, se remontó á las antiguas representaciones religiosas de caldeos y egipcios, verdaderos dramas, como en su cátedra había sostenido Romea. Del Egipto pasó á la Grecia y citó las obras de Sófocles y Eurípides. Reseñando la dramática de Roma, nada bueno descubrió en la literatura de

Plauto, Terencio y Séneca. Desdeñó á los godos, que no conocieron la poesía; recordó á los árabes, que cultivaron la lírica, pero desconocieron enteramente la dramática; y llegó, al fin de tan largo viaje, á la restauración de las luces, y al siglo XVII, siglo del drama español, hasta el cual no hubo verdadera literatura dramática.

Lope es el primero que la cultiva con admiración universal. Al mismo tiempo, brilló en Inglaterra el romántico Shakespeare y en Francia el célebre Corneille, que tomaron lecciones de la gran escuela española, llamada clásica sin razón bastante. En el siglo XVIII, los franceses establecieron un teatro clásico, cuyas severas reglas docilmente observó Moratin, imitándole, hasta que en el actual, siglo de emociones fuertes, surgió el romanticismo, que atiende á la energía de las pasiones, y no á la regularidad de las formas externas. El clasicismo y el romanticismo son fruto distinto de distintas épocas, porque el espíritu del tiempo es más fuerte que la moda, que el capricho, que el genio de los hombres. Nadie puede volver atrás la corriente. Así como en un siglo clásico, Bourdalue y Masillón predicaban en el templo la doctrina de Jesucristo, y Racine, Moliere, Voltaire (sic) enseñaban ó predicaban en el teatro; así, en un siglo que no

es de doctrinas y fórmulas, sino de ideas atropelladas y de mal domados sentimientos, los románticos van derechos al corazón para conmoverle y á la fantasía para inflamarla.

Nuestro siglo romántico olvida las reglas, las reglas tradicionales de los clásicos, únicas hasta hoy reconocidas. Y esas prescripciones no atan al genio que es legislador de sí propio y dá y no recibe reglas. Teniendo ideas y ordenándolas con vivo interés no decreciente, y aplicándolas bien al teatro, el poeta romántico ha cumplido su deber. ¿Qué importan los ruines abortos del romanticismo? Obras malas y detestables se hallan también en el teatro de los clásicos. Y en la escena española se levantan llenas de vigor y de hermosura producciones románticas, notoriamente desviadas de los preceptos sagrados de la clásica antigüedad.

Esto y más dijo el pintor de costumbres granadinas, y el jurisperito Sr. Valenzuela rectificó en una improvisación brillante, si no exageran los cronistas de «La Alhambra.» Resumiendo el díscurso de Roda, afirmó que los griegos, al avanzar en los caminos de la civilización, regularizaron su escena, conforme á las prescipciones del buen gusto á que se sujetan los pueblos sabios. Los romanos, herederos de las letras grie-

gas, heredaron con ellas los preceptos, que Horacio recopiló admirablemente. Se arruinó el imperio y se abandonaron las ciencias y las artes. Brilló despues de larga noche la aurora del Renacimiento, y en el siglo XVII lució el genio colosal de Lope de Vega, que, si por complacer al vulgo, desatendia las reglas del arte, indicaba suficientemente que las conocía y tenía en cuenta. Y entre el género antiguo y el nuevo, entre el clásico greco-latino, que representa á los héroes y encomia la virtud, y el romántico que no tiene creencias ni persigue un fin moral, ¿cómo es posible la duda? El romanticismo es inferior al clasicismo y como este y más aun pide reglas que lo guien por el camino recto. Más ámplio era el mundo de los clásicos, porque, no contentos en los límites de la tangible realidad, se lanzaban en las creaciones imaginarias de su mitología; y, á pesar de su amplitud y libertad, se sometian á las trabas de su preceptiva, que en una ú otra forma, más elástica ó menos, ha de contener á los románticos. cuyo círculo estrecho es el del mundo material. Siendo, pues, más pequeña la esfera de su libertad, ¿cómo no han de encontrar límite y cadenas?

Ciñendo la discusión al teatro, tal vez se reconozca que la unidad de lugar no es absolutamente precisa; que no obliga tampoco

la de tiempo; pero la de acción no puede romperse, ni las reglas de probabilidad y de buen gusto. Vá mas allá el clasicista en sus concesiones y se atreve á añadir que el olvido de las decantadas unidades, lejos de debilitar el interés dramático, lo aumenta trayendo á la escena los actos mas importantes, y ofreciéndolos á la vista del espectador con más fuerza que en la fria narración de prolijos antecedentes. V. g *La vida del jugador*, resultaría lánguida si se hiciera la narración ó referencia de las vicisitudes del protagonista, mientras que representándose en la escena todos los acontecimientos desde la opulencia hasta la ruina, aquel hombre vicioso, rico y feliz un instante, miserable y desventurado al fin, excita enérgico interés y es una gran figura dramática.

Así habló Valenzuela y no tuvo que hacer muchos esfuerzos D. Nicolás para contestarle cumplidamente. La cuestión del romanticismo (decía) se encierra entre bastidores. Lope de Vega, acusado de faltar á las reglas..... clásicas, no las respetó por dar gusto al público ¡que era romántico! *La Niña boba,* que el gran dramaturgo estimaba como la primera de sus joyas, no guarda uno solo de los preceptos. La moralidad no es patrimonio de escuela determina-

da: los clásicos la menosprecian en las trajedias de *Gabriela de Vergi* y de *Edipo* el incestuoso, mientras que los románticos presentan ejemplos vivos de moral, más eficaces que frios consejos, en dramas como los *Amantes de Teruel* y *Cárlos II*. La superioridad del procedimiento romántico se evidencia en la *Vida del jugador* citada por Valenzuela, con el cual no estaba conforme en la duración de aquella acción dramática, que podía desenvolverse en veinte y cuatro horas, levantándose el héroe virtuoso, siendo víctima del juego al medio día, y por la noche asesino; pero sí aplaudía el patético interes de las situaciones diversas de la *Vida del jugador*, más á propósito que sermones teatrales de gusto clásico para avivar y excitar los sentimientos. Y, en fin, la única regla, la esencial, es la existencia de genio sin el cual se producen solo insulseces y nunca las creaciones dramáticas de los Dumas, Hugo, Delavigne, Hartzembusch y Gil y Zárate.

Zúñiga (M. O. de) se levantó á intervenir en la discusión. Quiso poner en un aprieto al enemigo del drama clásico y le preguntó la manera de hacer una obra teatral que llamase vigorosamente la atención y conmoviese los ánimos sin observar siquiera la unidad de acción. Una buena comedia sin

las unidades de tiempo y lugar ganaría quizás en movimiento cómico; pero un buen drama sin la unidad de acción que concentra el interés en un punto, en vez de hacerle vagar de unos en otros, no se comprende como pueda existir.

Roda salió bruscamente del paso, manifestando que en *Don Alvaro,* drama romántico, se desarrollaban juntas dos acciones, sin predominar ninguna, ni perjudicarse tampoco. El ejemplo prueba la inutilidad de la acción única, (que sin duda confundía Don Nicolás con la unidad de los hechos).

Lerchundi consignó las posiciones de los combatientes. Retirados los clasicistas, por la fuerza de los hechos, de las unidades de lugar y de tiempo, se encierran en su último atrincheramiento: la unidad de acción. ¿Y qué baluarte es ese tan ponderado? Si es la relación ó pensamiento culminante que sin interrupción enlaza las escenas y situaciones varias de un drama, su necesidad es indudable; pero si la unidad consiste en evitar la marcha de dos acciones distintas que sin lastimarse se desarrollen, entónces no hay necesidad del precepto. Prueba al canto: *El qué dirán y qué se me dá á mi,* de Bretón de los Herreros, presenta dos acciones que juntas surgen, se enlazan y desenlazan, protegiéndose mutuamente y soste-

niendo el interés hasta el fin. ¡Débil obstaculo el de las reglas! El génio es más fuerte y al romperlas nos arranca lágrimas de entusiasmo que constituyen su triunfo.

El *Sr. Sotomayor* tomó parte en la contienda. El género romántico y el clásico (dijo) se distinguen perfectamente, aunque en alguna comedia salgan mezclados. La dificultad consiste en señalar sus diferencias específicas. Reglas observaron los antiguos, Hesiodo, Homero, Sófocles, Eurípides, Esquilo,—si bien no se escribieron en cuerpo de doctrina hasta que el filósofo Aristóteles las especificó por la observación de las obras clásicas.—Reglas también necesita y guarda el romántico, aunque nadie las haya deducido de las obras tenidas por buenas dentro del nuevo teatro. La unidad de acción no puede olvidarse, ni confundirse con la unidad de los hechos, siendo de esta verdad una demostración el mencionado *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, que, entre diversidad de incidentes y episodios, tiene un punto adonde se dirige toda la fábula, un fin moral que sobresale y atrae las miradas desde el principio hasta el desenlace. La unidad de tiempo, cuando á ella se falta desmesuradamente, (ser niño y viejo en pocos instantes); y la unidad de lugar, cuando dentro de un acto se viola, reglas

son de importancia. Y otra ley indeclinable para clásicos y románticos es la verosimilitud; y para románticos sólo es precepto esencial hablar enérgicamente al corazón y á las pasiones. De modo que la observación razonada de las producciones teatrales del nuevo gusto, descubre algunas analogías y diferencias que, bien depuradas y ordenadas, llegarian á formar el código literario del romanticismo.

Asi concluyó la discusión. El tema primemero analizado por los oradores del Liceo era la cuestión palpitante. El clasicismo se iba, el falso clasicismo, hijo de Francia, no el clasicismo de Lope, la escuela española que tenía entrañas románticas y mucho de comun con la escuela de García Gutierrez y el Duque de Rivas. Sin ver con toda claridad, veían los mas cultos liceistas algo de los orígenes y dirección del movimiento romántico, su reaccionario amor á la edad media junto con sus ensueños de futura prosperidad. Y si no acertaban al señalar por linderos de la literatura romántica las tablas del proscenio, porque á su vista tenían líricos, novelistas y épicos de melenas románticas, procedian como hombres prudentes al abandonar las famosas unidades que adicionaron los retóricos franceses á la Poética aristotélico-horaciana.

No he de criticar á los críticos de Granada en 1840. Año era aquel de mas cultura literaria que la de Roda ó Valenzuela; pero muy pocos escritores en España revelan los conocimientos del grupo redactor de «La Alhambra», donde aparecen, entre otros, *Alejandro Dumas*, con sus *Impresiones de viaje; Lamartine*, con su poesía á *Napoleón*, elegantemente traducida en verso por la *Peregrina: Grai*, con el *Cementerio de la aldea*, única obra poética que le ha dado fama y celebridad, parafraseada ó imitada por D. José Fernandez-Guerra; el novelista inglés *Swit* con su juicio acerca de las mujeres; *Ludovico Ariosto*, con un fragmento de su *Orlando*, (el asalto de París), trasladado en silva por Augusto de Burgos; y traducciones de *El Constitucional*, de París, de los *Franceses retratados por ellos mismos*, y de otras obras y escritores extranjeros; como *Goethe*, cuya anécdota *La Herradura* irritó el sentimiento religioso ó los escrúpulos monjiles de algunos granadinos.

No es despreciable el caudal de lectura que representan esos hombres, célebres los más por el espíritu romántico que los informa.

La sombra también de Victor Hugo, caudillo del romanticismo francés, se proyectó en las columnas de «La Alhambra», junto á

su gentil intérprete, Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Así tradujo la bizarra poetisa el diálogo de *la Rosa* y *la Tumba:*

Dijo la tumba á la rosa:
—¿Qué haces tú, preciada flor,
del llanto que el alba hermosa
vierte en tu cáliz de amor?
Y la rosa le responde:
—¿Que haces, dí, tumba sombría,
de lo que tu seno esconde
y devora cada día?
Yo perfumes doy al suelo
de ese llanto matinal.
—Y yo un ángel doy al cielo
en cada cuerpo mortal.

Madrid.—1888.

ACUARELAS.

Lo que no es posible.—Escenas del diluvio.—Dos esposos.—Torrepalma.—Diversos géneros literarios.—Capítulo cómico-trágico.—Bien vengas mal...—Caridad.—Los periódicos, el telégrafo, la flor del fango.—60.000 duros.—Diálogos.

No es posible incluir en esta especie de revista semanal la irregularidad lírico-dramática del Teatro Real, donde ha sido magníficamente silbada la segunda representación de *Un ballo in maschera*; ni la irregularidad administrativa de los censos de Barcelona, que ha motivado, segun carta del interesado, la dimisión del Sr. Fernández y Gonzalez; ni el éxito de *La Mariposa*, obra de Cano, que ha desplegado sus poéticas alas, teñidas de cien colores, sobre la escena del clásico teatro; ni la epidemia de casamientos desarrollada últimamente en la coronada villa. No es posible hablar de otra cosa que de inundaciones y lágrimas.

Las provincias del S. E. siguen ocupando la atención pública. Aquel extraordinario crecimiento de las aguas recuerda la catástrofe que se llama en las páginas bíblicas y en las científico-geológicas el *diluvio universal*. Hay en las descripciones de esta gran avenida del Segura imágenes que evocan las más bellas y dramáticas que han soñado los poetas.

Hartzenbusch tiene, suya nó, traducida, una escena bellísima que representa dos amantes estrechamente abrazados sobre la cima de altísimo risco donde espumean las olas del mar que sube y sube, amenazando cubrir todas las alturas. La ola hirviente toca los piés, crece hasta azotar las espaldas, ruge ciñendo el cuello y saltando la cabeza de aquella pareja enamorada. Las manos de los tristes se elevan al cielo demandando auxilio; el cielo, cubierto de mil tempestades, se desgaja en cataratas inmensas; el estruendo de mil truenos desgarra la esfera donde yace el cadáver del sol como muerto de espanto; un girón de espuma flota sobre los cabellos de los amantes... y todo concluye.

En lo alto de un tejado se veian dos jóvenes; él apuesto, hermosa élla, ámbos con

esa belleza que parece heredada de los árabes. Parecian tranquilos, serenos ante el peligro, sin duda confiados en la solidez de la casa, construida para ser nido de sus amores. De pronto, el techo que los sustenta, vacila al empuje de las aguas; los recien casados se dan un abrazo... y desaparecen en el remolino, que se los traga.

Hé ahí un himno nupcial convertido en elegía La lira de más cuerdas y de mayor resonancia no puede repetir los ecos varios de ese poema.

Todas las tintas, desde las suaves del idílio hasta las fuertes del drama, aparecen combinadas en el cuadro de la inundación, que en sus varios términos ofrece muestras de los diversos géneros literarios. El conde de Torrepalma, autor de *El Deucalión*, se antícipó en este poema á la sublime realidad de la catástrofe. Recordemos una de sus descripciones más bellas.

«Sobre la última cumbre, retirada
amante madre, al tierno niño asida,
la planta de las ondas ya bañada,
lo levanta á los hombros afligida;
del miedo y de las ondas perturbada,
en el piélago cae desvanecida,
y aún en la ánsia letal agonizando

vá el hijo entre las ondas levantando.»

. . . . . .

Más ejemplos de los géneros literarios.

Drama.—Venía la pobre niña, hermosa como un arcángel, en un madero flotante sobre las aguas. No llevaba, como Ofelia, vestiduras con que sostenerse sobre el rio y cubrir la desnudez de su hermosura. Iba á morir arrastrada por la corriente, cuyo oleaje turbio le serviría á la vez de mortaja y de tumba. Y para abrigarse del frio de la muerte, y velar su pudor en la hora suprema de la agonía, no tenía siquiera ese manto protector de tantas angustias y de tantos placeres que se llama el *manto de la noche.* Había ojos que la miraban.

Idilio.—Y eran estos ojos los de un gallardo mozo que se arrojó á las aguas; nadó diligente hácia el madero donde la hermosa temblaba de vergüenza y de terror; cubrió respetuoso con su capote aquella ninfa de las aguas; la llevó con afan y gozo á la orilla; miróla temblando de ansiedad y de ternura y...

Este es el desenlace de la *comedia:*

La muchacha, depositada en casa del alcalde de... se va á casar con un guardia civil, su romántico salvador. La orfandad, las

gracias, la desventura de la linda jóven han trocado el drama en idilio, el madero en tálamo nupcial y el sepulcro en vaso de flores. Por eso dice el refran: «No hay mal que por bien no venga.»

Un capítulo cómico-trágico de esta obra.

Unos pobres niños, empujados por su padre, suben á las ramas más altas de una higuera. Desde aquella cima se creen libres de las aguas que rodean el árbol, como las embravecidas del mar circundan un islote. Pero aún allí los persigue la fatalidad: unos pequeños animales, unas ratas, que no quieren morir ahogadas, suben tambien á la higuera y traban desesperada lucha con los chicos. No tienen los pobres valor para resistir las mordeduras de sus huéspedes, y tienen valor para arrojarse á la corriente.

Los niños sufren la misma suerte de su padre.—La lucha por la existencia no da esta vez la victoria á la inteligencia, sino al instinto.

Confirmación del adagio «bien vengas, mal, si vienes solo »

La cruz de un árbol salvó á una mujer de la muerte. La corriente de la furiosa inunda-

ción bramaba impotente á sus piés. Cuando más segura se creia, trepó una culebra el árbol; sintió, al tropezar con la mujer, el suave calor de la vida; comenzó á desarrollar sus anillos al rededor de la mujer asustada; los encogió luego rapidamente, y se quedó enroscada al cuerpo de la infeliz. Aquí la serpiente no sedujo á Eva: la venció por la fuerza.

Llegó la barca salvadora, y los tripulantes tuvieron que romper los anillos de aquella cadena animada. El reptil murió, y su víctima cayó sin sentido, pero viva aún, sobre la barca.—Esta vez la inteligencia venció al instinto.

La caridad hace ostentación de sus bellezas. Pero no es la caridad, disfrazada de filantropía, la que dá con una sola mano para que no lo sepa la otra. La caridad de hoy come, bebe, canta, baila, fuma y hace títeres.

El Imparcial y *La Correspondencia* han establecido piadosa competencia. *El Globo*, que no ha podido inaugurar suscripciones ni remitir telegramas al extrangero, ha solicitado, desde lo alto de un carro, la limosna del pueblo madrileño. Y el pueblo, que mucho se divierte, pero *siente* mucho, ha tenido

dinero, ropas y lágrimas para *El Globo*, *La Correspondencia*, *El Imparcial*, y todos los periódicos, unánimes en estas manifestaciones de caridad.

Bailes, toros, suscripciones, teatros, estudiantinas, rifas, todos los medios se han empleado y emplean con el fin de allegar recursos. Esta es una explosión de sentimientos generosos.

El telégrafo, mudo cuando las corrientes, ménos rápidas que la electricidad, amenazaban las huertas del Segura, el telégrafo se venga de sí mismo haciendo circular por sus alambres palabras de fuego que esparcen lluvia de benéfica luz por todas partes.

¡Qué lástima no ver siempre la humanidad á los destellos de esa luz esplendida! La fraternidad, esto es, la caridad, es flor luminosa y aromada que nace entre el fango. No es figura retórica: del limo arrastrado por las corrientes y depositado sobre vergeles, hoy desolados y yermos, han brotado esas rosas que embalsaman el ambiente de la patria.

Un ciego dá toda la limosna que ha recogido en un día; una jóven se arranca una pulsera por no tener dinero, y la regala á la estudiantina; un obrero se quita la chaqueta

en medio de la calle y la entrega á los que piden para las víctimas de Múrcia; un capellan de regimiento ofrece su traje de gala; un Ayuntamiento, doscientos capotes de guardias municipales... Pero un Sr. Muñoz es el héroe de la fiesta. ¡Da 60.000 duros! ¡Más que todos los Bancos y banqueros españoles!...

—¿Qué es ése? ¿Un guindilla?

—¡Nó, hombre: es un *inundado*!

—¿Y ese cura, que tan mal lleva el traje?

—¡Un *inundado* tambien!

—Pues voy á pedir que me declaren *inundado*. Así no necesitaré engañar al sastre.

—¿Has sabido la hazaña del sacristan y del cura de Nonduermas?

—Alguna atrocidad sin duda.

—Subiéronse á la torre de la iglesia, cerraron la puerta y... dejaron tranquilamente ahogarse á sus amados feligreses.

—¿Y qué castigo han impuesto á esas hienas?

—Ninguno.

—Así andan las cosas en España.

—Efectivamente. Castigo y no pequeño se merecen los que inventaron esa especie ca-

lumniosa, los que en su clerofóbia acogieron y explotaron la fábula, y ahora la dejan circular y no la rectifican.

—Y tu capa ¿dónde está?

—Perdóneme usted. La caridad, el sentimiento, la humanidad me la han arrebatado. Vinieron á casa á pedir una limosna para las víctimas; me conmoví, me enterneci, no tenía un céntimo, cogí esa prenda y la regalé... ¡La caridad es santa!

—Y merece eso y mucho más. Yo temía que muriese en Peñaranda; celebro que acabe en Múrcia. Rasgos de esa naturaleza, hijo mio, no deben repetirse, pero ya que se tienen, deben celebrarse.

—La caridad, la filantropía ..

—Muy bien, hombre. No llores; en cambio de la capa, te compraré un capote ó un saco ruso, y ni tú ni los inundados perderán nada con eso.

—¡Oh!...

(Nota supérflua.—La capa duerme el sueño de la inocencia en la calle del Baño número...)

—La acreditada modista Mad. Honorini ha ofrecido para las víctimas de la inundación

los productos de un día, de su taller.

—Eso prueba que la filantropía no reconoce nacionalidades, ni profesiones, ni sexos.

—Indudablemente. Lo que falta saber, para tributar á quien corresponda los debidos aplausos, es cuál de las artistas es la autora de esa oferta. Existen dos ó tres del mismo nombre; el *Génio Público*, donde he leido esa noticia, no distingue la de la Puerta del Sol, la de Hortaleza y la de...

—Pienso que la última. Más ¿qué importa el nombre? La caridad es modesta. ¿Hay nombre más hermoso que el de Caridad, esto es, *amor*...?

Madrid.—1879.

EL COLORISMO.

Segun los críticos que hacen de las suyas en la prensa periódica, el joven malagueño Salvador Rueda, merced á brillantes trabajos en prosa y en verso, es príncipe ó jefe del colorismo español.

Con este título dado generosamente por los actuales Fígaros y Revillas, declaran dos novedades á la vez: la existencia y legitimidad de la escuela colorista, y la jefatura en cabeza de nuestro querido amigo. Dos noticias son que merecen largo comentario.

Porque, yo lo confieso, aprecio y quiero mucho al autor del *Gusano de luz* y la *Sinfonía del año;* lo quiero y lo aprecio por su honradez intachable, por su laboriosidad sin tasa, por el vivo amor á su familia, y la cariñosa afición á su hermosa patria, que se baña en las ondas azules del Mediterráneo, y se colora y enciende á los rayos del sol andaluz, y palpita y gime á los besos ardientes del *solano,* hijo del *simoun.*

Me gusta el jóven escritor, no solo por

sus condiciones morales, sino tambien por las intelectuales y literarias. Pero reconociendo sus méritos, no me atrevo á felicitarle por sus ascensos en el ejército naturalista, del cual es una división el colorismo, si no mienten señas. Lo quisiera más enamorado y próximo á la verdadera naturaleza. ó dicho tecnicamente, á la *realidad objetiva*, aunque no anduviese por el paseo del Botánico, ó sea por los alrededores del Museo de pinturas.

Porque si Rueda lo que pretende como artista es pintar bien, á la manera de Velazquez, no lo conseguirá manchando aprisa el lienzo con brochazos de colores chillones, fortuitos, revueltos, tumultuarios. Asi caen ellos, donde la casualidad los arroja sobre el lienzo, produciendo el efecto de la lluvia que chorrea, rotas las canales, por las paredes abajo, y las mancha sucia y caprichosamente con líneas enlazadas y prolongadas al modo de tentáculos deformes de colosales moluscos.

Los grandes pintores, los grandes maestros, tanto del arte de Apeles como del arte de Virgilio, pintan á grandes rasgos, sin detalles prolijos, sin matices de vegetación, de indumentaria ó de orfebrería como los modernos. Se equivocó Chateaubriand al negar á las musas de la clásica antigüedad

el vigor descriptivo que. segun Horació, hace á la poesía hermana de la pintura: *ut pictura poesis*. Lo que no quieren, ni el Mantuano ni el Venusino, es copiar fotográficamente y detallar con minuciosidad. Son pintores y hacen pinturas; no hacen inventarios como notarios escrupulosos. Con rapidez lírica. digna de Horacio, su modelo, describe Fray Luis de León, en sus odas, ya la tempestad furiosa: mueve Dios su «carro ligero y reluciente.»

«relumbra fuego ardiente,
treme la tierra, humíllase la gente.
La lluvia baña el techo,
envian largos rios los collados,
su trabajo deshecho,
los campos anegados
miran los labradores espantados...»

ya describe la corriente de agua bulliciosa, que baja de la colina rápida y alegremente:

«desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.»

Y por el contrario, poetas menos clásicos que el Maestro León apuran las más leves circunstancias al describir la fuentecilla ó el aguacero. El preceptista Luzan hizo, en su Poética, esta división en dos clases de pinturas, sin negar á los antiguos, como el autor del *Genio del cristianismo*, el sistema

pictórico de las grandes pinceladas, tan diverso del novísimo de los coloristas.

Rueda, representante de esa especie de naturalismo, derrama en sus cuadros malagueños todos los detalles que imagina ó recuerda, y encima vierte la botella de la tinta para que el colorido salga fuerte y fogoso. Como todos, y aun más que todos los de su escuela, descuida el dibujo y abusa del color. Fabrica admirablemente cromos baratos, como los que vienen ahora de Alemania, esa nación de falsificaciones industriales. Quiere fotografiar y dar color á la fotografía, y su procedimiento es tal que la fotografía se borra y solo queda la mancha colorada. Perdone mi amigo Rueda: *amicus Plato, sed magis amica veritas*. La verdad es que sus manchas son artísticas, pero faltan en ellas algunos colores y sobran otros. Y lo falso no es cosa naturalista, aunque sea natural y corriente mentir y decir y hacer mentiras y falsedades, en este pícaro mundo.

Una cualidad del escritor colorista quiero alabar, la riqueza y franqueza de su lenguaje. El gran novelista montañes, que tanto ha enriquecido el diccionario con voces y giros locales, celebró, admirado, la propiedad y abundancia del poeta andaluz. Este, para ser castizo y pintoresco, no necesita rebuscar vocablos desusados y raros en el

diccionario de la Academia: con oir al pueblo granadino ó malagueño y hablar como él habla, tiene bastante. En el que fué reino de Granada se pronuncia mal y se habla bien. Recibimos tarde el espléndido tesoro de la lengua castellana, y lo hemos conservado religiosamente. Multitud de palabras olvidadas en Castilla, y sustituidas por galicismos, viven frescas y puras en las costas andaluzas, donde encuentran los Ruedas locuciones plebeyas, enérgicas y brillantes, que brillan como los mármoles blancos de Macael, ignorada riqueza de Almería. *El gusano de luz*, y todas las producciones de Salvador, tienen esa limpieza y ese brillo.

¡Lástima que con piedras tales no labre mejores estatuas! La culpa, en puridad, más es defecto del sistema que del artista. Nace de la diferencia que marcó Lessing entre la poesía y la pintura, arte *sucesiva* la primera y *simultánea* la segunda. Cuando en dos trazos se pinta algo, la imaginación recibe de golpe la figura en su integridad una y completa: por ser pocos y vigorosos los rasgos, se graban *simultáneamente;* pero si la pintura se amplía con múltiples líneas, colores y matices, llegan al alma *sucesivamente*, produciéndose la mancha, la confusión, el hórrido efecto ya censurado.

Este vicio radical del colorismo, opuesto

á la ley estética determinada por el gran crítico aleman, puede sumarse á otro que surge tambien de las entrañas del sistema. El naturalismo colorista no se puede llamar, en rigor, verdadero realismo. ¿Qué hace el colorista sino mutilar, descomponer, quebrantar los objetos naturales, arrancando de ellos, por medio de una abstracción, los colores y solo los colores? Prescinde de la esencia, prescinde hasta de la forma, pues solo estima y separa los juegos de la luz en la superficie. En nombre del positivismo naturalista, hace distinciones metafísicas. Es pintor de una abstracción, artista de ilusiones ópticas, filósofo de la forma visible y aparente, idólatra del sol como los incas.

Claro está que esta nota *sabeista* cuadra al malagueño Rueda y no á la gallega Pardo Bazan, que, como tiene en su cielo menos luz y más nubes, no anda tan enamorada del rubicundo Apolo. Pero, si el astro del dia no refleja en sus paisajes galáicos, los alumbran á veces trémulos centelleos de pálidas estrellas, ó miradas tristes de amarillenta luna. Es otro linage de colorismo, más lánguido y anémico...

Pero no tengo el propósito de hacer una crítica general del colorismo, sino apuntar breves indicaciones. Para concluir, diré, como argumento *ad absurdum*, que el flaman-

te sistema de describir tan menudamente, con tanto lujo de matices, es viejo y se ensayó en el siglo XVIII por nuestros versificadores más prosáicos. Dígalo el famoso Salas, encaramado en su *Observatorio rústico*, (Madrid-1797), que es un poema bucólico del natural, rico en armonías, colores y olores de la aldea.

Salicio se exprexa con esta exactitud, que no alcanzó Garcilaso (!)

...«Despierto con descuido
al inocente ruido
del desvelado canto de algun gallo,
animoso relincho de un caballo,
rebuzno de algun burro,
al gorgeo y susurro
del gorrión, vencejo y golondrina,
ó al golpe con que cierne una vecina.
Me incorporo en la cama, donde atento
escucho muy contento
al robusto gañan, que con las yuntas
preparadas y juntas,
uncidas con el yugo bien atado,
arrastrando el arado,
para el cultivo del ameno valle,
pasa cantando por mi propia calle.
Me levanto despues, me desayuno;
y en el libro oportuno,
que hallo más á la mano,
rezo las devociones de cristiano.

Llega luego jugando hacia mi mesa,
y la mano me besa
algun hijo pequeño y agraciado,
que viene acompañado
de otros algunos niños,
y yo á todos les hago mil cariños.
Leo y escribo algo,
y á la calle me salgo;
á la puerta me siento en algun poyo,
enfrente de un arroyo,
y, saludando alegre á las vecinas,
á mis propias ga linas
con regocijo llamo;
ellas á mi reclamo
llegan y me rodean codiciosas,
buscando presurosas
las migajas de pan y el suelto grano,
que les arrojo por mi propia mano.»

Salicio vá despues al nidal y saca los frescos huevos; al mediodia se retira á comer: una rama de limon entra por la ventana y una frondosa parra forma sobre la puerta un dosel...

«en el Marzo feliz sobre una silla,
con la corva cuchilla
por mi mano la podo,
y los sarmientos guio y acomodo:
de racimos se cubre,
que vendimio en Septiembre ó en Octubre:
regalo á los vecinos y parientes,

al médico y al cura y otras gentes...»

. . . . . .

Salgo luego á paseo,
llevando en el bolsillo, con aseo,
la almendra, el higo y pasa,
que saco de mi casa;
y en el agua corriente
de una pequeña fuente,
al pie de un alcornoque ó de un acebo,
alegremente bebo
por un vaso, que llevo prevenido,
de cuerno muy labrado y muy pulido.»

. . . . . .

Basta ya de «rústicas observaciones», que un siglo há se llamaban descripciones poéticas. El colorismo no las sobrepujará en *verismo* de pormenores, ni Ruedas, Bazanes y Munillas tendrán la innoble pretensión de vencer á Salas, el «rústico observador», que huele, como Zola, hasta los abonos del campo:

«El pastor, en la cumbre,
busca, para la lumbre,
las más secas boñigas,
carcomidas de insectos y de hormigas.»

No las busquemos nosotros en el naturalismo, y excitemos á los coloristas á escribir siempre versos como estos de *La Sinfonía:*

«Rondan las abejas los frescos rosales,
echan sus penachos los cañaverales.»

¡Verdad, color, frescura!...

Cabra.—1888.

INDICE.

207

Páginas.

Prólogo. v
Desaparición del verso. (Diálogo). . 9
El Acueducto de Segovia. (Poesía) . 30
El Último Dómine. (Fantasía) . . . 34
En la Venta. (Traducción de Virgilio) 49
Retóricos y Poetas. (Diálogo) . . . 53
Albada. 67
Serena. 69
Crónica semanal 71
Olla podrida. 81
La primer retórica castellana. . . . 88
Soledad. (Elegia). 100
Serventesio 104
Brindis á los poetas cordoveses . . 111
La musa gallega 115
Mi siglo. (Himno). 126
Noche-buena 133
La Copa y la Flecha. 142
Del Bable. 155
Con motivo de la leyenda «Don Nuño
de Rondaliegos 164
Poética del Romantícismo 167
Acuarelas. 187
El Colorismo. 197

BINDING LIST JAN 15 1935

Author Gutiérrez Jiménez, Miguel 1886 LS
Title De omni re, prosa y verso. G 9847d

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED